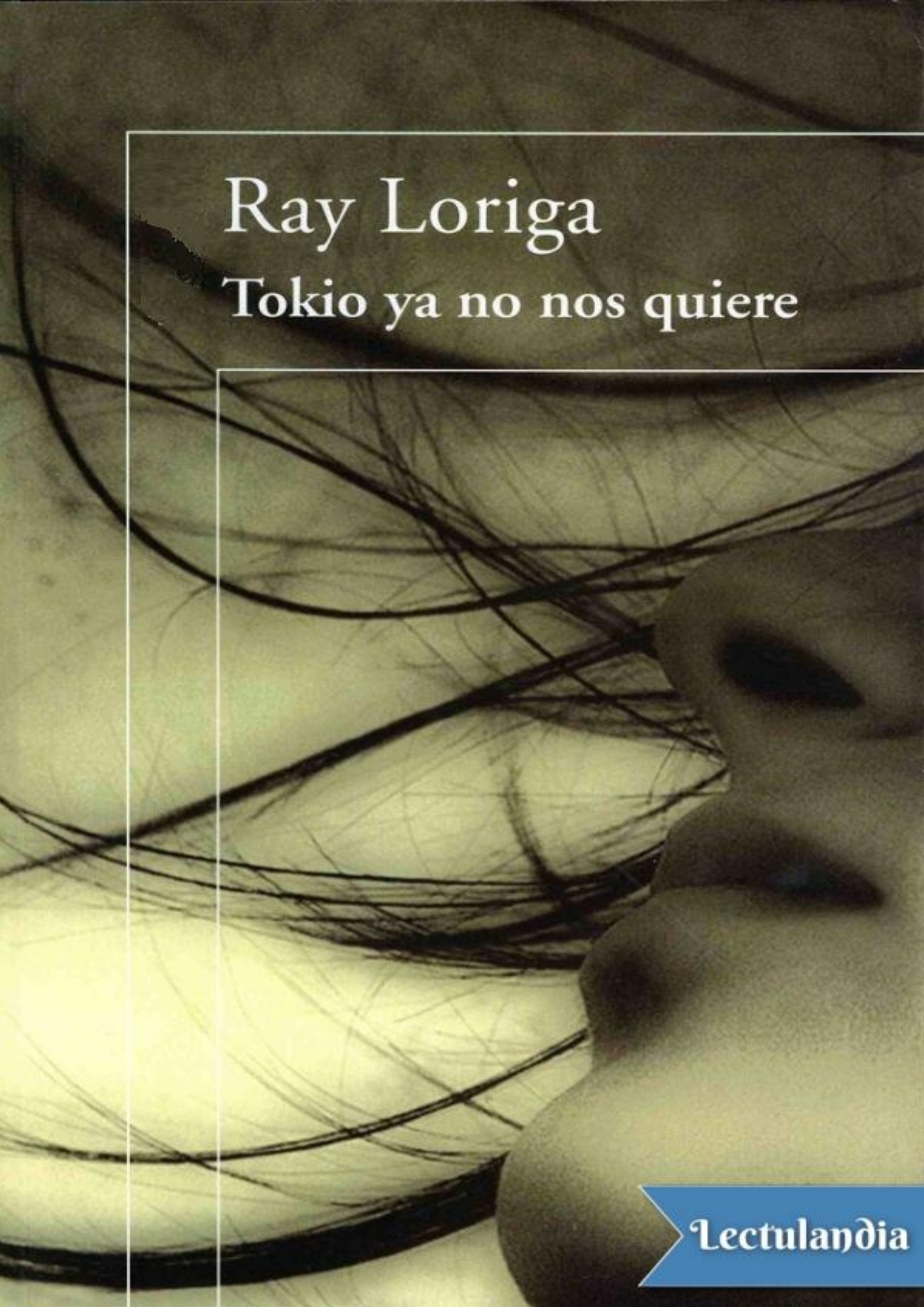
Ray Loriga

Tokio ya no nos quiere



Lectulandia

Un viaje a un futuro no muy lejano en el que una de las drogas legales es un producto químico que permite borrar de la memoria los recuerdos no deseados. En un mundo en el que se ha descubierto la vacuna contra el sida, el protagonista viaja desde Arizona al sudeste asiático envuelto en situaciones en las que el placer es la única norma.

Tokio ya no nos quiere es un libro de viajes, una novela sobre el amor, un relato onírico y lisérgico, un texto contra la memoria y la esperanza, que nos describe un mundo en el que los humanos son extranjeros de sí mismos y el miedo lo ocupa todo.

Lectulandia

Ray Loriga

Tokio ya no nos quiere

ePub r1.1
Achab1951 22.08.13

Título original: *Tokio ya no nos quiere*
Ray Loriga, 1999

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi mujer,
y a mi hijo

1

LA LUZ DE LA PISCINA EN MITAD DEL DESIERTO

No nevaba.

Sí nevaba en realidad, pero era nieve de mentira. Astrud Gilberto cantaba delante de un árbol de navidad, por eso la nieve de mentira. Luego la canción se terminaba.

Desde que los periódicos dicen que el mundo se acaba, siento que las canciones son más cortas y los días más largos. He pasado por tu casa pero me han dicho que no estabas, me han dicho que estabas en otra parte, en Tokio.

Hace años que se fue. Eso es lo que me han dicho. No me sorprendería que fuera cierto.

He visto ese extraño vídeo de la Garota de Ipanema en el canal clásico. Astrud Gilberto cantando sin apenas moverse, la nieve artificial, los daiquiris, la banda, las señoritas alineadas junto al pequeño escenario.

La semana pasada, en la feria, vendieron dos coches antiguos, rojos como manos. Estábamos en Phoenix, Arizona y tu madre escribió algo en la ventana, en el cristal de la ventana y luego lo borró antes de que pudiéramos leerlo.

¿Qué crees que hacen todos ahora que no estás? Se reparten tus cosas, imitan tus gestos, deshacen tu cama.

En la habitación del hotel había flores de plástico, doscientos canales en la televisión, una moqueta verde con peces y todo tipo de dibujos fantásticos, estaba cansado y los ojos se me cerraban, así que dormí tres o cuatro horas y luego me desperté, abrí las cortinas y estuve mirando los aviones hasta que se hizo de día.

Vi a tu madre en Phoenix por casualidad y me dijo que deberíamos llevarte flores y yo dije que no, que no deberíamos. Luego subí al hotel, me di un baño, me dormí un rato y después me quedé mirando los aviones. Tu madre sólo apuesta a la ruleta y jura que gana, jura que gana más de lo que juega y tiene buen aspecto para ser una mujer que ha probado suerte en cinco continentes distintos y que ahora juega sola en Phoenix, Arizona, y escribe cosas en las ventanas con el dedo y luego las borra con el puño. Buena mujer tu madre, y guapa, buenas tetas también, graciosa, alegre. Apuesta y gana, ahí es nada.

A dormir otra vez mi amor y a mirar los aviones.

Nada de flores.

Buenas noches.

A las diez de la mañana he bajado por el periódico pero luego me he quedado en el bar bebiendo una cerveza sin alcohol, un hombre me ha preguntado por ti y le he dicho que estabas muerta, que habías muerto, no es verdad, claro, pero algo hay que decir. Muerta en un accidente. ¿Un accidente de coche? No, de coche no.

En la piscina había dos niñas iguales con bañadores iguales, amarillos. Cuando una se tiraba al agua la otra salía fuera, de forma que siempre estaba la misma niña dentro y fuera del agua al mismo tiempo.

A las doce he vuelto a tumbarme en la cama pero no me he dormido. La habitación estaba helada.

En Puerto Rico pasé tres días en una habitación aún peor, tuve que abrir las ventanas para que entrase el calor. Ésta no estaba tan fría. En el casino de Puerto Rico también vi a tu madre, y en uno de esos casinos flotantes de Nueva Orleans. Ella no me vio. En Puerto Rico, en Nueva Orleans sí. El Mississippi es marrón. No sé por qué pero pensé que sería diferente. Ah, resulta que me llamó el abogado y me dijo que si sabía cómo encontrarte debería encontrarte y decirte que algunos papeles necesitan urgentemente tu firma. Y yo le dije que no sabía cómo encontrarte y que además, probablemente habías muerto en un accidente y eso último alarmó al abogado enormemente y preguntó: ¿Un accidente de coche?, y yo simplemente le dije: No, de coche no.

El Mississippi es marrón porque arrastra a su paso toda esa tierra, porque es un río enérgico y nervioso y largo y ancho y marrón. Un buen río en cualquier caso. Después de hablar con el abogado bajé otra vez al bar y al pasar por la piscina ni rastro de las niñas, así que me tomé un daiquiri o un mojito o las dos cosas y todo empezó a mejorar tan deprisa que estuve por subir a por el bañador y celebrarlo pero luego, no sé por qué, no lo hice y seguí bebiendo hasta las tres o las cuatro, hasta que alguien me propuso ir a visitar las reservas, en realidad, y me pareció buena idea porque yo no sé conducir, lo que por otra parte es casi un pecado en este país, pero sé que hay mucho que ver en Arizona. Así que al rato estábamos en la carretera, los tres, un apache gordito y su novia, una apache gordita, y yo.

Kayenta.

Bienvenidos a Kayenta. Muchas gracias. ¿Es usted extranjero? Sí, sí que lo soy extranjero del todo. Al menos aquí. ¿Es usted soltero? Viudo.

A comer. Así que estamos comiendo y aparece este hombretón grande y moreno con tirantes y patillas y me dice que es español y yo le digo que mira qué bien y él me dice que es familia del Cid, ahí es nada, y yo me sorprendo, me sorprendo de verdad y el hombre casi se enfada y yo le digo que me sorprendo, desde luego, pero que no lo dudo y él me dice que no hay por qué y luego su novia, que es india, saca unas tortillas de maíz y rellenos mejicanos, con pollo, carne mechada y guacamole. Y mis amigos apaches, que no saben quién es el Cid, se lo zampan todo en un segundo y luego piden más, y más cerveza, y luego tequila y luego otra vez cerveza y así hasta que el hombretón nos trae la cuenta y yo lo pago todo.

Volvemos al coche y damos una vuelta por el pueblo, que es un pueblo enano con casas prefabricadas y un mall y uno de esos comedores sociales americanos tan parecidos a los que vimos en el este antes de la caída del comunismo y que aquí se llaman macdonalds.

La pobreza en América es de colores, como la casa internacional del panqueque.

Seguimos camino de Fort Apache y atravesamos unas magníficas montañas y un magnífico bosque y hasta un magnífico lago, fumamos hierba y me preguntan esto y lo otro y yo igual, quiero decir que yo también les pregunto algunas cosas y llegamos hasta la ciudad, pasamos el casino, me acuerdo de tu madre y pienso que estaría bien encontrarla allí, en el único casino apache de la tierra y luego, no sé por qué, estoy seguro de que está dentro y decido que no vamos a parar. La gente nos mira. En realidad unos nos miran y otros no, pero he dicho eso para abreviar y para dejar claro que algunos sí nos miran.

La casa es un poco mejor que las casas de Kayenta pero una birria de todas maneras y el chico me explica que es una birria regalada por la Seguridad Social y yo le digo que eso la convierte en una birria estupenda y lo digo honestamente.

Mis amigos apaches tienen la televisión más grande del mundo y un póster de Gerónimo colgado encima a la derecha y un póster de Johnny Hallyday colgado encima a la izquierda. Fumamos más hierba y bebemos cerveza. Cuando se acaba la cerveza ella va al coche y trae otra caja que debía estar en el maletero y que está caliente, pero no pasa nada, y nos la bebemos también. Cuando se termina la hierba el chico sale y oigo que arranca e coche y se va y al rato vuelve y mientras ha estado fuera mi amiga apache y yo apenas hemos hablado.

Ella me ha preguntado por mi mujer y yo le he dicho que mi mujer está muerta.

Ella se ha puesto muy triste así que le he dicho que en realidad no, que es una broma.

Ella se ha enfadado muchísimo y ha dicho que es una broma horrible y yo no he tenido más remedio estar de acuerdo.

¿Qué habrá sido de aquella chica de Hong Kong que vivía en una tienda rodeada de cubos y bandejas y cestas y palanganas de plástico de todos los colores?

Mi amigo el apache no sabe de qué le hablo. Estamos sentados fumando junto a la presa. Se oyen dos disparos. Cazadores de patos, dice mi amigo. Luego pasa otro indio en una barca. Sonríe. Nosotros también sonreímos.

Se hace de noche y luego se hace de día. La chica ha desaparecido, ahora hay un perro muy grande y dos niños sentados delante de la televisión. Mi amigo me dice que son sus hermanos y que tiene otro hermano mayor que esta en la cárcel. ¿Por qué? Por entrar en una tienda de licores con una escopeta. También tiene una hermana que está casada con un navajo. Al decir navajo pone cara de asco. Los apaches y los navajos, al parecer, no se llevan demasiado bien. Los navajos son vagos, los apaches no. Bueno es saberlo.

Cuando entramos en Phoenix son las cinco o las seis de la tarde.

La chica de Hong Kong, la de la tienda de cacharros de plástico, se sentaba junto a la ventana y en lugar de mirar los colores de dentro miraba los colores de fuera.

Detrás de la caja registradora había una foto de una chica, aún más guapa, vestida con un kimono verde, apoyada en una barandilla blanca sobre la que había un jarrón de porcelana con flores rojas y amarillas. Evidentemente la chica de la foto y la chica de la tienda, sentada, junto a la ventana eran la misma chica.

Esta mañana me he despertado con un grito, al salir al pasillo he visto a un hombre pequeño vestido con un traje de alpaca, he cerrado la puerta y he vuelto a la cama. No sé si el hombre tenía algo que ver con el grito. Encima del televisor hay una foto de una mujer negra desnuda, exactamente la misma foto que tenía la habitación del cocinero de *El resplandor,* ese que cruzaba el país bajo una tormenta de nieve infernal para que Jack Nicholson le clavase un hacha en el corazón nada más entrar por la puerta.

De hecho esta habitación y la habitación de aquel hombre son casi idénticas, las paredes cubiertas con listones finos de madera y la moqueta roja.

La televisión está encendida, en la televisión sale un hombre parecido al hombre que acabo de ver en el pasillo.

Esta mañana todo son coincidencias.

Por cierto, no es verdad que las mujeres me encuentren aburrido porque ayer me subí una mujer a la habitación y no hizo más que reírse. Rondaba los cuarenta y no era guapa pero tenía buen cuerpo, al menos vestida, no llegué a verla desnuda porque habíamos bebido mucho, sobre todo yo. Cuando salió de la habitación todavía se reía y la oí reírse hasta que cogió el ascensor.

De hecho me dormí con su risa y me desperté con el grito.

En la piscina había un montón de gente y me ha extrañado ver solamente a una de las niñas iguales.

No he desayunado, Me he tomado una cerveza sin alcohol y luego otra con alcohol.

Ayer dijeron en la televisión que éste ha sido el más caluroso y al mismo tiempo el más frío mes de enero del último siglo.

La tristeza no tiene fin, la felicidad sí.

Esta mañana he recibido un mensaje de la compañía, quieren que vuelva a Brasil. Dicen que es necesario.

Necesario siempre me ha parecido una palabra exagerada.

Dicen que nuestro hombre en Río ha desaparecido, dicen que necesitan a alguien para el carnaval. La gente siempre hace todo lo que no debe durante el carnaval y después necesitan la ayuda de la química para olvidarlo todo.

He jurado no volver al carnaval.

No recuerdo bien cómo terminaba Orfeo, la película de Marcel Camus, la chica se electrocutaba y todo se volvía rojo. Luego Orfeo, vestido más o menos de romano,

iba al hospital y corría por las escaleras y el hospital estaba lleno de víctimas del carnaval. ¿No fue en el aeropuerto de São Paulo donde me quitaron la maleta y todo el material precisamente por un error de la compañía? Sí señor, allí fue. Me echaron los perros encima por una sospecha infundada, la química vigila y la química se cree que lo sabe todo, pero la química también se equivoca y ahora quieren que vuelva, no señor, a Río no. Me la trae floja el carnaval.

Así que nuestro hombre en Río se ha adentrado en lo que queda de selva con su maleta debajo del brazo. No le han visto venir a ése, tiene química para un año. Luego aparecerá comandando una tribu de vengativos indígenas como aquel pobre que sublevó media Argelia para acabar achicharrado por los integristas en la frontera marroquí. Ya me acuerdo, Orfeo encontraba a Eurídice en la morgue y se llevaba en brazos y le cantaba canciones. Luego le atizaban una pedrada en la cabeza y se despeñaba.

Que te sirva de aviso.

Al final los niños hacían salir el sol tocando la guitarra.

Tucson celebra la feria del diamante, lo cual debería ser bueno. Un viajante de diamantes me ha ofrecido cambiar su maleta por la mía, los dos nos hemos reído mucho.

Hoy es lunes. Trabajará la feria hasta el viernes.

Lo malo de las ferias son las putas. Putas en el ascensor, putas en el pasillo, putas por todas partes, también chicos entrando y saliendo de los bungalows como corrientes de aire. Una vendedora de gemas me ha invitado a cenar, era francesa y tenía una pareja viviendo en su cuarto, un granjero rubio y grande y una mejicana bastante guapa, los tenía allí esperando igual que yo dejo siempre la televisión encendida, hemos cenado, hemos bebido, me ha comprado una dosis masiva de erosión de memoria, hemos subido a su cuarto y a mí me ha tocado el granjero, no ha estado mal, mi hotel está cerca así que por lo menos me he duchado en mi habitación. Al pasar por la piscina me ha parecido ver algo en el fondo y de pronto me he acordado de un tipo que se ahogó en el lago de un campo de golf tratando de recuperar pelotas perdidas para venderlas luego por un tercio de su precio.

Por supuesto en la piscina no había nada.

Tucson está lleno de palmeras y las palmeras siempre me ponen de buen humor.

No sé cuántos vendedores de diamantes hay en el mundo pero están todos aquí. He cerrado otras cinco ventas. MCP en su mayoría, reducción de memoria a corto plazo. Luego he paseado un poco y a la cama, Ah, me he bebido una botella de champán.

No he tenido más remedio que bajar a la piscina para asegurarme de que no había nadie en el fondo.

Mensaje urgente de la compañía. Al parecer mi hermana se ha suicidado con una escopeta de caza. Lo raro es que no recuerdo tener ninguna hermana. En casa se preguntan si asistiré al entierro. Yo me pregunto lo mismo.

El viernes antes de salir de Tucson pasé el control. Negativo. Aun así, como siempre, me puse nervioso. Supongo que soy la clase de persona que al ver en televisión el retrato robot de un asesino se encuentra siempre algún absurdo parecido. El hotel por cierto era de lo más elegante. El baño, azul celeste y la moqueta de la habitación, amarilla. Muy bonito, sí señor. Creo que ya había estado aquí antes pero no hay manera de estar seguro. Me dicen en la compañía que mi decisión de renunciar a la plaza de Río en vísperas del carnaval no es acertada. Qué le vamos a hacer. Por cierto, ¿te dice algo un coche de policía polaco aparcado frente a un cementerio? Es algo que he soñado esta noche y no sé por qué pero me parece que ya lo había soñado antes.

No sería extraño, el mismo hotel, el mismo sueño.

Febrero en Arizona, no demasiado frío siempre que uno se mantenga lejos de las montañas durante el día y lejos del desierto por la noche. Temperaturas más que agradables en Phoenix y bastante jaleo por culpa de la final de la liga de fútbol americano. Gente de todo el mundo y los sombreros más extraños. Nada que olvidar por el momento, así que paso la noche en Sedona camino de Flagstaff y al bajar del autobús con un grupo de turistas ingleses lo primero que hago es tomarme una cerveza bien fría en uno de esos diners de latón que aún resisten desde los años cincuenta. Tortitas y helados de todos los colores y paletos con la mirada perdida a medio camino entre la sospecha y la más absoluta ignorancia. Asesinos miopes como los que vimos en los pantanos de Louisiana, agarrados al final de su rifle con la misma fe de un hombre agarrado a una rama al borde de un precipicio. Otra cerveza fría mientras se pone el sol en la bella Sedona, rodeada de piedra roja, hundida en el cañón rojo, cubierta por un inmenso ciclo rojo. En fin, la perla del desierto. Un pequeño pueblo al pie de río muerto lleno de moteles vacíos, porque el turismo no se anima hasta la primavera, cuando la ruta hacia el cañón del Colorado se convierte en el principal destino de la región. Sólo hay dos cines en Sedona, así que no me cuesta demasiado elegir la película. Me siento en la sala muy dispuesto, pero antes de que un extraño monstruo salido del infierno destroce San Diego, me quedo dormido tranquilamente. Después pasan un montón de cosas extrañas y tremendamente aburridas como todas las cosas que pasan sólo en los sueños, ya sean dragones en el tejado o volcanes debajo de la cama.

Cuando me despierto la película aún no ha terminado pero yo, por supuesto, ya he perdido el hilo, así que dejo el cine por la salida de emergencia y salgo a la calle, que es la calle principal de Sedona y casi la única porque Sedona es uno de esos

pueblecitos atravesados por una carretera que va a otro sitio. Un pueblo de paso cortado por la mitad como una naranja. Ya es de noche y apenas hay luna, las rocas alrededor del pueblo ya no son rojas sino negras como un montón de encapuchados. Cruzo la carretera hasta el diner, que es el único bar que sigue abierto. Me tomo una cerveza y el camarero me pregunta qué tal la película, y yo le digo que bien, por decir algo, y él me dice que esta harto de monstruos y que aún recuerda cuando en las películas salía gente de verdad y también me cuenta que una vez, su mujer, que en paz descanse, recorrió a pie todo el camino entre Sedona y el lago Moctezuma para verlo y que él trabajaba en la construcción del aeropuerto junto al lago y que muchos indios y blancos Se dejaron los riñones trabajando en el maldito aeropuerto para que luego un político de Phoenix decidiera cancelar las obras apenas un año antes de la inauguración.

Por supuesto le pregunto cómo murió su mujer y él, sin ponerse especialmente triste, me dice que su mujer murió en el parto de su segunda hija y que su segunda hija se llama Helen y que la primera se llama Andrea y que sin dudarlo ni un segundo daría su vida por ellas.

Camino de Sedona por la Carretera 17 se ven los restos del aeropuerto abandonado. Hay por lo menos veinte kilómetros entre Sedona y las pistas vacías.

Luego, antes de que me vaya, el camarero que está al otro lado de la barra le dice al último cliente:

Han sido dos años terribles.

El otro hombre, que lleva una gorra de pesca, con anzuelos clavados alrededor de una cinta, y tiene edad suficiente para ser mi padre, no contesta. Sólo baja la cabeza, como dando a entender que sí, que efectivamente han sido días terribles.

Los turistas ingleses se han instalado en el hotel gran Sedona a la salida del pueblo, que es donde paran siempre los grupos porque es más barato y porque al amanecer la vista de las colinas rojas es magnífica. Yo me he quedado en los bungalows del valle, donde van los jugadores de golf o los que ya conocen la vista. Los bungalows son mucho mejores, no sólo la comida y el servicio, también los canales de pago en la televisión y por supuesto las falsas chimeneas. Llamas que suben y bajan al otro lado del cristal con sólo apretar un botón en el mando a distancia. Todas las casitas simulan chozas de adobe pero una vez dentro hay que andarse con cuidado para no caerse dentro del inmenso jakuzzi. Una botellita de whisky y a la cama. En la televisión he visto a un hombre llorando en el juicio de su hija asesinada. El hombre estaba contando algo sobre la niña, ha dicho su nombre, Molly, seis o siete veces pero al llegar a una palabra no ha podido seguir. El fiscal le ha preguntado si faltaba algo en la habitación de la niña. El hombre ha contestado que al principio no notaron nada pero que después, revisando entre los juguetes y la ropa de la niña, habían sido incapaces de encontrar su… ahí es donde no ha podido más y

se ha puesto a llorar y ha llorado tanto que el juez ha tenido que suspender temporalmente la vista.

Por supuesto me duermo pensando en qué sería lo que aquel pobre hombre no era capaz de decir y por qué no lo encontraron.

Cuando me despierto aún estoy pensando en lo mismo.

¿Qué tal en Flagstaff?

La pregunta no puede ser más inocente pero a pesar de todo no contesto porque no me gusta hablar con desconocidos Si no hay dinero de por medio. Así que la buena mujer, que por lo demás es una vieja india encantadora, aparta la mirada mientras bajo del autobús y se pone a repeinar a una niña que seguramente es su nieta y que está sentada tranquilamente jugando con una de esas pequeñas consolas de bolsillo. Y estoy en Hollbrook mirando el río Colorado desde el puente, junto a la estación de autobuses, a pesar de que debería estar en Winslow, treinta millas más al este, seguramente porque me he quedado dormido en el autobús o porque estos pueblos del desierto son todos iguales. Por cierto, en Flagstaff no demasiado bien. Un negocio rápido con una pareja de indios coconinos y un encuentro sorpresa con un agente de control de la compañía que me ha recordado que la buena gente del grupo de gestión anda preocupada por lo que ha denominado zonas muertas en mi agenda y por la inconsistencia de mis explicaciones. Arizona es un estado muy grande. Eso es lo que le he dicho y él ha contestado que por supuesto lo comprenden pero que no disponen de más gente por el momento y que además una cosa no tiene nada que ver con la otra. Lo cual, desde luego, puede ser cierto. El control, a pesar de sus sospechas, ha dado negativo y todos los registros de química y ventas estaban claros, así que al final la cosa se ha suavizado un poco. Ánimo y constancia. Ésas han sido sus últimas palabras, mientras subía a un coche japonés con los cristales tintados en la puerta de mi hotel. Después he cogido el autobús hacia el aeropuerto de Winslow pero me he pasado de largo y he acabado en Hollbrook, de nuevo en zona apache, cerca del bosque petrificado, lejos de casa. La compañía se preocupa por las ausencias injustificadas, desapariciones temporales de agentes en activo que reaparecen al poco tiempo y siguen cumpliendo sus encargos como si nada. La compañía debería saber, a estas alturas, que con química como ésta en las manos todo tiende a ser más o menos injustificado, y que olvidar es, por mucho que se resistan a aceptarlo, una parte inevitable de este oficio, tanto como las lesiones de muñeca en la carrera de un jugador de tenis profesional o el olor a humo en la vida de un bombero. Vuelta a Winslow en cualquier caso porque me quedan seis horas para coger el avión, por supuesto no sale otro autobús hasta la noche así que paso la tarde follando con una india en el Sahara inn. La chica en realidad es mitad apache y mitad mejicana y no follamos toda la tarde. Lo hacemos en menos de veinte minutos y paso el resto del

tiempo mirando la piscina.

En el avión una mujer ha tratado de hacer una compra pero le he recordado la prohibición de comerciar con material ajeno al de las compañías aéreas. No se lo ha tomado bien. Dice que en los aviones todo lo dan cortado, no sólo la química, también las películas, el alcohol y los sandwiches. Probablemente tiene razón. Por cierto, ¿soy el único que se da cuenta de que los aviones vuelan cada vez más bajo? Casi consigo leer la matrícula de un descapotable rojo que cruzaba la frontera mejicana.

Por supuesto al llegar a Tijuana he visto a tu madre subida en la trasera de una camioneta rodeada de braceros mejicanos, todos borrachos, todos cantando, todos alegres. Si me ha visto ha hecho como que no se daba cuenta. Parece que la buena mujer sigue ganando.

Tijuana se extiende en el desierto como una mancha de aceite en una pista de hielo.

Gran éxito comercial. Aquí hay un grupo de alemanes que se están hinchando a construir hoteles. Todos muy sólidos y serios, muy Bauhaus. Así que a olvidar, señores. Cada uno lo suyo, como siempre. Franz quería olvidar un amor y Otto quería olvidar una promesa hecha a la ligera. Los alemanes son malísimos guardando secretos, lo cuentan todo, sea lo que sea, después de tres cervezas. Pobre Otto, los ojos fijos en los zapatos. Unos zapatos absurdos además. Rojos y blancos, como zapatos de golf, pero sin pinchos. Otto debería olvidarse primero de esos zapatos. Me preguntan muy preocupados si es química fiable y yo les respondo que es la única química fiable. Lo dicen porque al parecer un amigo de un amigo en la vieja Europa olvidó el nombre de su perro mientras trataba de olvidar una cancioncilla que se le había pegado a la cabeza y que no podía dejar de tararear a sol ni a sombra. Muy divertido, sí señor, pero no se preocupen, esto es tan seguro como matar a un canario con un bate de béisbol. Así que unas cuantas cervezas más y los diez alemanes se pierden en la noche de Tijuana dispuestos a seguir bailando y olvidando y mañana, por supuesto, más hoteles.

Felicitaciones de la compañía por un negocio asombroso, asombrosamente rápido y asombrosamente limpio. Bonificación y tu nombre, mi nombre, ya está sonando para algo más grande, coordinador, control de suministros, cualquier cosa. Ahora bien, no hay que olvidar mi expediente. No Señor, ni mucho menos, y mi expediente dice que las puertas de los despachos más hermosos están cerradas para mí, porque la compañía nunca, y eso quiere decir nunca, olvida. Lo cual no deja de ser curioso, teniendo en cuenta que borrar recuerdos es precisamente nuestro negocio. En cualquier caso y por el momento, felicitaciones, bonificaciones y buenas noches.

Sueño que estoy jugando al póker. Nunca he jugado al póker así que por supuesto

pierdo. Tu madre consigue colar una pelota de baloncesto en la ruleta y acierta al mismo tiempo todos los números.

Me despierto pensando en una chaqueta, no soñando con ella sino pensando en ella, una chaqueta azul, de lana, colgada de una percha dorada en una cabaña de madera y en la percha de al lado una corbata a rombos rojos, amarillos y verdes, rombos muy pequeños y unas de esas gomas con garfios que se utilizan para sujetar trastos en la baca del coche. No creo que sean mi chaqueta ni mi corbata. A lo mejor es sólo una fotografía. Nunca he tenido una corbata. Al menos no puedo imaginarme con una.

Son las cuatro de la mañana.

Pobre Otto. Menudos zapatos.

Sale el sol así que voy a dar una vuelta y a comprarme algo y me compro una camisa azul metálico. No la envuelva, porque me la llevo puesta, guardo mi camiseta vieja en una bolsa de papel y sólo al quitármela me doy cuenta de que tiene algo escrito y lo que tiene escrito es: PIENSA EN MÍ, y debajo hay una fotografía de una playa aunque en la playa no hay nadie. Resulta tan estúpido que por un momento pienso que debe de ser verdad que es el demonio quien tira los dados y luego por supuesto nada más salir de la tienda, meto la bolsa con la camiseta dentro en un cubo de basura y me juro no volver a ponerme nada sin antes leerlo primero. Me como unos huevos rancheros y enseguida me arrepiento y me pido un café pero no me lo tomo y me pido una cerveza y por supuesto el camarero me trae una cerveza mejicana. La dejo junto al café y esta vez pido una cerveza alemana. No hay problema. Me la bebo despacio y fuera hay un viento terrible que ha venido de dios sabe dónde y pasa un tipo frente a la ventana sujetándose el sombrero con las manos y una mujer aferrada a un niño que de verdad parece que va a salir volando. Al otro lado de la calle hay una chica mirando cómo se vuelan los unos y los otros, muy seria, como si el viento no fuera con ella. Me bebo también la cerveza mejicana, que ya está caliente.

No ha pasado ni media hora y estoy bailando con una mulata en uno de esos sitios oscuros donde las mujeres bailan muy cerca de ti y se frotan y pagas otra vez cada vez que empieza una nueva canción.

Una mulata bajita y gordita muy simpática que se llama María me dice que vaya con ella al reservado y yo le digo que no porque tengo la sensación de haber estado allí antes, no allí exactamente pero sí en un sitio muy parecido o tal vez incluso allí después de todo. María insiste pero yo prefiero seguir bailando a pesar de que intuyo y enseguida compruebo que soy un bailarín malísimo. Para convencerme, María, promete no romperme el corazón y ante esa oferta no tengo más remedio que subir con ella las escaleras y mientras subo me despido con la mano de los que están abajo

y me doy cuenta de que estoy borracho y también me doy cuenta de que llevo puesta una estupenda camisa azul que no recuerdo haber comprado.

—¿De qué estamos hablando entonces?

Cuando me despierto veo al pobre Otto con sus feos zapatos sentado en una silla delante de la cama y María por supuesto ya no está y da la sensación de que Otto ya lleva un buen rato hablando solo.

—Estamos hablando de una gente extraña que de todas Ias formas nunca nos ha querido aquí y estamos hablando de hombres que están lejos, muy lejos de casa y en eso usted no puede sino estar de acuerdo, porque usted también es hijo de la vieja Europa.

Llegado ese punto no tengo más remedio que estar de acuerdo por más que su Europa y la mía sean probablemente europas distintas. Deje que me incorpore, amigo Otto, y luego por favor deje que me vista, porque nuestra pequeña transacción comercial no nos ha preparado a ninguno de los dos para tanta intimidad. Y dicho esto me pongo los pantalones y la estupenda camisa y las botas y compruebo que la cartera sigue en su sitio y un segundo después de hacerlo me siento un miserable por haber dudado de la pobre María.

—Y si usted me ayuda podré volver a casa y ser el mismo que era antes de ser lo que soy ahora.

El bueno de Otto ya esta de pie junto a la puerta y mirándole no sé decir lo que es ahora pero me temo que se trata de algo aún peor de lo que era antes, así que empiezo a sumar dos y dos y mientras le sigo por el pasillo hasta otro de los pequeños reservados tengo la sospecha, es más, la certeza, de que lo que me voy a encontrar al otro lado de la, puerta es una pobre chica mejicana muerta.

Seguro que fue algo como esto lo que me sacó de Río.

Qué triste sopla el viento en la lejana tierra del extranjero. Pobre Otto. Sobrio arquitecto alemán y disparatado asesino de domingo. Así están las cosas. No llore, amigo mío. Valor. No perdamos los nervios. Sin que tenga nada que ver ni venga al caso me salta a la cabeza la imagen de un chico cubano, muy guapo, muy bien construido, haciendo con los dedos la uve de la victoria. Pero volvamos con Otto. Las cosas de una manera u otra volverán a su cauce. Valor.

Algunas pequeñas escenas olvidadas aparecen ahora, como el chico cubano.

O algo escrito en la pared junto a la puerta del baño: CABEZAS DE POLLO MUERTO.

Otras en cambio no se recuperan nunca.

Volviendo a lo que estábamos, conviene aclarar que en las situaciones desesperadas el beneficio, como es natural, se multiplica. Un buen hombre como Otto no puede volver a Munich con algo así en la cabeza y ya no estamos hablando de juergas con los socios o de una amiga especial que se queda en Tijuana esperando cartas que nunca llegan, estamos hablando de sangre en la alfombra y de no dejar que

los niños vean la sombra del monstruo en la mirada perdida de papa Otto. El precio para olvidar el horror es un precio muy alto, suficientemente alto para alegrar a un tiempo a la compañía y al agente, y aquí aparece lo que la compañía llama primas invisibles. Así que Otto me sigue al hotel y se espera muy tranquilo mientras yo subo y bajo de la habitación. Y tras un acuerdo más que satisfactorio Otto se lleva química suficiente para olvidar las tres últimas semanas. Por supuesto cuando sale del baño ni siquiera me conoce y por supuesto ni siquiera me saluda.

Ahí va Otto, tan contento.

Adiós muy buenas.

Salgo al jardín y me siento junto a la piscina y es tan tarde que en la piscina ya no hay nadie.

Un rápido baño a primera hora. La piscina aún vacía y el agua helada. Un viejo conocido, olvidado por supuesto, insiste en desayunar a mí lado. No veo por qué, pero no consigo negarme. Me habla de cosas que me resultan vagamente familiares, cosas que a cualquiera, en realidad, le resultarían vagamente familiares. ¿No es repugnante la manera en que la gente salta del pasado y se sienta en tu mesa y desayuna a tu lado, como si el haber cruzado tres palabras contigo en un bar hace dos mil años les diera algún derecho? ¿No es estúpida esa fe que la gente deposita en el pasado, como si el pasado fuera más cierto que el presente o el futuro? Mientras me bebo un zumo de naranja, él va y viene, saltando sobre el bufé del hotel, llenando platos de cosas absurdas como ensaladas de remolacha y pasteles de cangrejo. Me dice que está contento de verme, pero es evidente que no siente lo que dice. La gente habla sin pensar, sobre todo mientras come. Me cuenta que esta aquí por negocios. No es tan estúpido como para no darse cuenta de que no sé quién es, pero no está dispuesto a humillarse repitiendo su nombre. Algunas personas creen que uno debe guardar sus nombres y sus caras como si fueran tesoros. El hombre se despide, pero antes de marcharse agarra el cuerno de un croissant de entre los restos de su desayuno y me pregunta por ti. Por supuesto le digo que estás muerta y él no se atreve a preguntar más. Deja el trozo de croissant en la mesa, como prueba de respeto, supongo, y se marcha con esa cara que ponen los que piensan que la muerte o la sola mención de la muerte nos hace al instante un poco más importantes. En cualquier caso, el encuentro resulta deprimente así que al volver a la habitación, saco del minibar una botellita de champán y me tomo un par de luces blancas, alegres derivados de anfetamina, suaves como un paseo por el parque una vez superada la mínima tensión inicial. En el correo electrónico, un mensaje de la compañía y un nuevo listado de ventas. Al menos un asunto difícil con erosión de MLP memoria a largo plazo, para el que no estoy preparado. Los pedidos pueden pasarse una semana rebotando por el centro de gestión así que mando un mensaje de vuelta directamente

al corazón del monstruo, distribución y suministros. Parece que andan cambiando gente y que no todo el mundo sabe aún en qué consiste su trabajo. Piden perdón, por supuesto, y prometen entregarme el material lo antes posible, que no será en ningún caso antes de mañana.

Las sábanas son azules, rayas horizontales azules sobre blanco, y en cambio la almohada es naranja. Fuera sólo hay una pequeña palmera contra una pared amarilla en la que está escrito AIRE, AGUA. Seguramente ponía algo más pero el resto de las letras se ha caído. Por supuesto hay una mujer en la cama y por supuesto no recuerdo su nombre. Lleva una camiseta como las que se ponen las estudiantes para dormir pero no es una estudiante, tiene por lo menos cincuenta años. El cuerpo de una mujer de cincuenta años toma sus propias decisiones, detrás de cada movimiento hay una huella, una línea en la piel o una marca. El cuerpo tiene su propia memoria. Afortunadamente el cuerpo de esta mujer toma las decisiones correctas. En la camiseta esta impresa la foto de una cantante mejicana muerta. Debajo de la foto está la fecha de su nacimiento y también la fecha de su muerte. Una cantante mejicana muerta a los veintiocho años. Que dios la bendiga.

En la televisión hay un hombre llorando junto a un edificio derrumbado. Cuando salgo de la ducha la mujer ya se ha ido.

En la televisión hay un predicador hablando en un templo vacío. Una de esas sectas de un solo hombre que están tan de moda en la costa Oeste. Por alguna razón que se me escapa la gente que vive cerca de la playa necesita renovar su fe con más frecuencia que la gente del interior. Junto a la cama hay una biblia cerrada y una botella de vino abierta. El dueño de la secta de un solo hombre dice: Nada de lo que yo diga puede ayudarle.

Reviso la cuenta de la habitación en la pantalla del televisor y me encuentro con un número alarmante de llamadas al extranjero. No reconozco los números. Algunas personas se follan a otras para poder llamar gratis. Afortunadamente la compañía paga las llamadas sin hacer preguntas. He marcado uno de los números y no ha contestado nadie. Luego he marcado otro y ha contestado un niño medio dormido. No sé qué hora es en Buenos Aires. Le he dicho al niño que vuelva a dormirse pero el niño al parecer ya no tiene sueño. Me ha dicho que su padre va a llevarle hoy al fútbol, a ver al Boca Juniors en la Bombonera, ni más ni menos, y que es la primera vez que va al estadio y que está tan nervioso que apenas ha dormido en toda la noche y que ahora no hay nadie en casa y que su perro está enfermo y que hablaría mucho más conmigo si tuviera tiempo, pero que aún tiene que hacer un montón de cosas como regar el césped y escribir un e-mail a un amigo que esta en Rosario de vacaciones. Antes de colgar le he preguntado el nombre de su madre y él me ha dicho

que su madre se llama Vinn Lee.

Resulta extraño que la gente que para uno apenas importa signifique tanto para otros, como el nombre de un caballo ganador en las manos de otro apostante, al final de una carrera.

Hay un poco de cocaína en la mesa y un par de ampollas de GPP. Me he metido la cocaína y he guardado las ampollas en la maleta. He sacado una cerveza del minibar. Luego he revisado los mensajes de la compañía. Un buen montón de pedidos, casi todos en Tucson, y una circular acerca de los últimos avances de nuestros brillantes químicos. La precisión de los nuevos inhibidores ha sido probada con éxito en grupos ciegos de voluntarios. Para fin de año prometen acabar con la resistencia de los neurotransmisores más rebeldes. Nada que uno quiera recordar será olvidado. La eterna promesa. Mientras tanto seguiremos quemando el pajar para encontrar la aguja. Eso no lo dicen, por supuesto, pero eso es algo que cualquier agente devastado sabe. Con la misma certeza con la que un dentista sabe que todo lo que no va a doler termina doliendo.

Mientras desayuno tortitas, un helicóptero de inmigración aterriza en el párking de un seven eleven y tres agentes vestidos con trajes baratos se ponen a cargar mejicanos. Le enseño mis papeles a uno de los agentes y después me pido un zumo de naranja. Como he visto que el hombre miraba con empeño las tortitas le he ofrecido una y el tipo la ha cogido mirando a un lado y a otro como si estuviera aceptando un soborno. Luego me ha dicho: Hemos pintado una línea bien gorda ahí abajo pero parece que esta gente no la ve. He deportado a alguno de éstos dos veces en el mismo día.

Cuando ha llegado el zumo de naranja el helicóptero ya estaba en el aire. Los mejicanos van pegados al cristal de la ventanilla como un montón de niños con las narices pegadas al escaparate de una juguetería vacía.

A las tres y media he cerrado un negocio con el dueño de un concesionario de coches japoneses. Tiene una pierna de grafito y quiere olvidar que antes tenía en su lugar una pierna sana. Es mucho mejor si no sabes lo que has perdido. Eso es lo que me ha dicho. Me ha enseñado una foto de su mujer aunque por supuesto yo no se lo he pedido. La gente tiene la manía de enseñarte sus cosas con la misma estúpida alegría con que los magos sacan del sombrero conejos que nadie quiere ver. Mi amigo me ha dicho también que perdió la pierna en un accidente de coche, no en uno de sus coches, por supuesto, en estos coches no puedes perder ni un número de teléfono. Son máquinas perfectas. Me he sentido en la obligación de decirle que no sé conducir, para que el hombre dejara de esforzarse. Un vendedor es siempre un vendedor y un vendedor sin una pierna es aún un vendedor entero. Perdóneme usted pero está en la sangre. Lo ha dicho sin mucha fe porque los dos sabemos que sea lo

que sea lo que está en la sangre, en la sangre no puede haber nada de eso. Luego me ha contado que enterró la pierna después de sufrir un rechazo tras un intento de injerto. No consigue entender cómo puede uno rechazar una pierna que es suya. Pero, en fin, enterró la pierna y también quiere olvidar dónde está enterrada. No sabe usted lo estúpido que se siente uno enterrando una pierna.

No lo sé, desde luego, pero puedo imaginármelo.

En una cafetería francesa, en lo que sería el centro de Tucson si Tucson tuviera centro, una mujer afroamericana de unos treinta me pregunta si quiero hacérmelo con ella. La cafetería no es francesa en esencia, quiero decir que no hay nada francés aparte del nombre de algunos platos en la carta y un neón de la torre Eiffel en el exterior. Nos tomamos una cerveza antes de salir. Alrededor de la cafetería hay un enorme campo de golf lleno de ancianos y un ejército de caddies mejicanos cargados con esas estúpidas bolsas llenas de palos. Dos o tres millones de ancianos en Arizona, vienen hasta aquí desde todos los estados de la unión atraídos por el clima y por la magnífica oferta de órganos para trasplantes y prótesis dentales al otro lado de la frontera mejicana. La mujer no está nerviosa, al fin y al cabo, follar con extraños es lo que anda haciendo todo el mundo estos días. Antes de salir la mujer me pregunta si no me importa que traiga un amigo. Al segundo aparece un árabe vestido con un pantalón de peto. No sé si me apetece hacérmelo con un tipo que lleva pantalón de peto así que le digo a mi amiga que no sé si me apetece hacérmelo con un tipo con pantalón de peto y ella me dice que él sólo va a mirar. Mi amiga me dice también que el tipo le da ciento cincuenta dólares si le deja mirar cómo se jode a un blanco. El tipo trabaja en una fábrica de neumáticos a las afueras de Tucson. Sólo es uno más en la cadena, por la pinta que tiene, ciento cincuenta dólares deben de ser para él un buen montón de dinero. Un buen montón de neumáticos.

Cuando salimos al párking, detrás de la cafetería, me alegro sinceramente al darme cuenta de que ya la tengo dura. Mi amiga va delante, buscando un sitio discreto entre las camionetas aparcadas, detrás voy yo y detrás de mí viene el árabe. Los tres muy callados. Como si fuéramos a desenterrar gatos muertos. Mi amiga tiene un buen culo y unas hermosas tetas. Por mi parte he de reconocer que en momentos así, follando con extraños, siempre quisiera uno tener una polla más grande. Por la misma razón por la que al llegar a una fiesta siempre se arrepiente uno de no haber comprado un regalo mejor, Nada más llegar al fondo del párking, entre una furgoneta de helados y uno de esos monovolúmenes familiares que tanto le gustan a la gente por más que luego nadie tenga hijos con que llenarlos, allí mismo digo, la chica se arrodilla en el suelo, me la saca y comienza a chupármela con ese entusiasmo que sólo le ponen las chicas que no son muy guapas. El árabe se asuma muy animado y como veo que se me pega mucho al culo, le mando que se ponga al otro lado. Mi

amiga se apoya en el monovolumen y después de unas cuantas maniobras consigo metérsela por detrás. Por supuesto el árabe ya se ha desabrochado el peto y tiene una buena cosa negra en la mano. Mientras el tipo se la machaca, al otro lado de la verja del párking aparecen dos viejecitos con sus palos de golf y sus gorras y esos absurdos pantalones que parecen imprescindibles para empujar la pelotita hasta el agujero con eficacia Por supuesto mi amiga piensa en dejarlo pero como el árabe le dice que si paramos ahora no hay dinero, decidimos seguir, así que sigo dándole mientras los jugadores de golf se sacan sus no demasiado despiertas pollas y empiezan a trabajarse una erección con tesón y paciencia. Al rato, los dos viejos son tres y al rato son siete. Mi amiga empieza a cabrearse y el árabe le echa la culpa al barullo de los ancianos, que al parecer no le deja concentrarse. Como ve que me voy desanimando, el árabe ofrece otros cincuenta dólares, a los que uno de los ancianos, que ya está casi a punto, añade otros veinte. Al final nos corremos. No todos, claro. Se corre el árabe y tres o cuatro viejos y un caddy mejicano. La mujer por supuesto no se corre y yo por supuesto tampoco. De los doscientos veinte dólares, me caen al final cincuenta, aunque lo cierto es que uno no hace estas cosas por dinero. El árabe se abrocha el peto. Los viejos recogen sus palos de golf y la mujer se pinta los labios ante el espejo retrovisor de la camioneta de helados. Antes de irse el caddy mejicano me da un cigarrillo.

Me lo fumo pensando en los viejos días del virus y en cómo han cambiado las cosas.

Cuando termino el cigarrillo ya no queda nadie en el párking.

Para alguien que ni siquiera sabe conducir, un párking es un sitio muy triste.

Aparece un comerciante belga muerto en su habitación de hotel, las venas abiertas sobre un mapa de carreteras de Arizona, por supuesto ninguna nota, ninguna señal, ningún mensaje. La televisión encendida, la cama abierta, un muestrario de telas de plástico para la fabricación de gabardinas industriales de esas que usan en los mataderos, nada más.

Me levanto contento, dispuesto a trabajar, reviso los pedidos, me doy una ducha, me visto y antes de salir veo en la televisión la noticia del vendedor belga muerto. La policía cree que se trata de un suicidio. En realidad están seguros. La policía sabe que la gente se suicida en las habitaciones de los hoteles. Primero sale la habitación, pero el muerto ya no está, sólo se ven el mapa y la sangre, luego aparece una toma del exterior del hotel y me doy cuenta de que es el edificio al otro lado de la calle. Me asomo a la ventana y veo los coches de policía y la prensa frente a la puerta de entrada. Hay una docena de curiosos alrededor de la piscina.

Por la tarde cierro un negocio con una pareja en una de las colonias de casitas junto a la autopista 16. La carretera que une Tucson con San Diego. La mujer es rubia

y tímida y el hombre es moreno y un poco más decidido, aun así se nota que nunca han comprado química antes y que no saben muy bien el efecto que puede tener y resulta que los dos tienen miedo de olvidar el nombre de sus hijos porque sus hijos están en un campamento de verano y no tienen más que siete y doce años y uno es un niño delgado y la otra es una niña tímida como su madre y a los dos los quieren mucho y por supuesto quieren ser capaces de reconocerlos cuando vuelvan a casa.

No hay nada de que preocuparse, así que les digo que no hay nada de que preocuparse y los dos descansan la espalda en el respaldo del sillón, aliviados, y después me ofrecen una cerveza que acepto y pego un trago mirando de reojo la casita, tratando de imaginarme qué demonios han hecho estos dos este verano que no tienen más remedio que olvidar antes de que los críos vuelvan del campo y las cosas vuelvan a ser como antes.

Una vez terminado el negocio, el hombre me acompaña hasta la puertecita del jardín y la mujer se queda en la ventana mirando hacia afuera pero sin mirarme a mí ni a su marido, sin mirar tampoco el césped ni la pequeña piscina hinchable, mirando el camino frente a la casa por el que de momento, gracias a dios, no viene nadie.

Mientras subo al taxi el hombre me dice:

—No se imagine usted nada.

Luego se gira y mira a su mujer en la ventana como si temiera haber dicho ya demasiado.

Déjame que te diga cómo veo las cosas. Phoenix por la noche es un mundo aparte. Los travestís cubanos llenan los alrededores del zoo al norte de Tempe Park. Mujeres altas colgadas de somníferos de vaca, guapas como estrellas de cine atropelladas, que la chupan junto a la jaula de un oso por el precio de una hamburguesa. Llevan abrigos de pieles sintéticas encima del cuerpo desnudo y mantienen alejados a los niños locales a tiros. Los niños locales se pelean por hacerlo gratis en los coches mientras sus madres y sus hermanas se tiran a los turistas al otro lado de Salt River, en los hoteles de Broadway. Anfetaminas de todos los colores bajando por la avenida central, llamas negras de los laboratorios indios de mesa volviendo locos a los hinchas de fútbol, policías a caballo, policías a pie, policías vigilando desde el cielo, iluminando las calles con la luz azul de los helicópteros, la tripa de los aviones raspando la torre de telecomunicaciones, bares japoneses de karaoke llenos de colombianos armados, iglesias llenas de predicadores borrachos y fieles violentos y, por supuesto, también un montón de gente tranquila durmiendo en sus casas blancas de Paradise Valley.

Una venta sin sobresaltos cerca del aeropuerto y estoy en Tempe buscando algo limpio para bajar dos ampollas de LTC que me tienen sujeto desde ayer como alguien al final de una escalera sin los tres últimos peldaños, una escalera incapaz de tocar el

suelo. Me bebo una cerveza en una taquería mejicana. En la televisión hay un hombre mirando una cruz en llamas. En la calle hay un chapero con una cazadora roja de seda con un dragón bordado en la espalda. Esto es lo que pienso. Si algún día puedo salir de todo esto, de las ventas, de la química, de las anfetas y la morfina, de los estimulantes infantiles, de los polvos accidentales, del ruido de los helicópteros, si algún día consigo dejar todo esto y juntar a una pequeña familia en una de esas casas blancas del valle o lejos de aquí, en la vieja Europa, o donde sea; si algún día lo consigo, probablemente será ya demasiado tarde, porque hay algo dentro de mí que se arrastra hacia fuera, como la mano de un hombre dormido en una barca que se descuelga hasta tocar el agua.

Le compro un puñado de pastillas a un mejicano vestido con traje y corbata que vende biblias en un puesto callejero. Luego cojo un taxi hasta el hospital y recojo una bolsa de niveladores de euforia y antidepresivos. Los celadores nocturnos bajan al párking todas las noches para sacarse algo extra que les equilibre el sueldo. La venta nocturna se anima con la sirena de las ambulancias.

Hay tanta gente en la calle que parece fiesta, pero no lo es. En cualquier caso las fiestas y las bombas en un país extranjero vienen a ser lo mismo, o sea, nada.

Nos detenemos un momento en un supermercado abierto toda la noche pero una vez dentro decido no comprar nada. Simplemente me quedo quieto entre las hileras de cajas de comida antes de volver al taxi. Algunas cosas me asustan como recuerdos pero no puedo saber qué es lo que hay al otro lado, siento el temor de quien recibe un sobre vacío o una llamada en mitad de la noche de alguien que finalmente no dice nada.

De vuelta en el Holiday inn reviso el correo electrónico, lleno los últimos partes de la compañía y hago un par de pedidos a la central. Magníficos informes, buenas ventas, felicitaciones. Por supuesto pregunto cuánto falta para la llegada de otro agente a la frontera mejicana. Prometen respuesta inmediata. Éste es un estado demasiado grande para tener que andar bajando a Nogales un día sí y uno no. Al parecer, el tipo que tenían en el norte de México apareció muerto en el desierto de Sonora. Dicen que los vigilantes del recuerdo le cortaron el cuello pero no hay manera de estar seguro. A la gente le encantan esas historias pero aún nadie ha podido probar que esa pandilla de fanáticos sean más peligrosos que los miembros de la convención de abducidos.

Los abducidos se reúnen en Phoenix una vez al año para intercambiar detalles sobre sus experiencias a bordo de naves extraterrestres. Lo que ellos llaman la primera inteligencia.

Saco una botellita de champán del minibar y me siento en la terraza a mirar los aviones.

En noches así siempre se anda uno preguntando cuánto ha olvidado y cuánto de

todo esto va a recordar en el futuro. Después los antidepresivos detienen todos esos malditos neurotransmisores y uno ya no se pregunta nada.

Siempre he estado enfermo, dice el hombre sentado junto a ventana, y al otro lado de la ventana hay otros enfermos paseando en sillas de ruedas o andando despacio sin ayuda o con ayuda de bastones.

No puedo recordar el nombre de las enfermedades, pero recuerdo el dolor. Como alguien que ha perdido la casa y aún guarda la llave.

El hombre es un viejo vendedor de seguros. La residencia está llena de ancianos y enfermeras pero por lo demás parece un alegre hotel de lujo. Hay un buen montón de sanatorios de esta clase alrededor de Tucson. El clima es agradable durante todo el año y a los ancianos les preocupa el clima más que al resto de nosotros.

—No estaría aquí si no tuviera un buen seguro. Este sitio cuesta una fortuna.

El hombre no es rico. Su encargo no le da más que para olvidar un mal sueño. Por supuesto no suelo atender pedidos tan pequeños pero el viejo traía una recomendación de la compañía y además estaba en la zona y en cualquier caso hay algo en los hospitales que siempre me alegra el día. El silencio y la limpieza, seguramente. En un sanatorio se puede pensar. Si es que uno tiene que pensar en algo.

—La gente le coge apego a las enfermedades —dice el viejo vendedor de seguros, que tiene un carrito con una botella de oxígeno a su lado.

Detrás de él, más allá de los enfermos, esta la piscina.

—Está cerrada. Cuando construyeron esto iba a ser un hotel, pero estaba demasiado lejos de la ciudad, así que decidieron convertirlo en un sanatorio. Alguien ha decidido que nosotros no necesitamos una piscina.

—Todo el mundo necesita una piscina.

—Eso digo yo, pero al parecer ellos no piensan lo mismo.

Después el hombre permanece un buen rato en silencio. Estamos sentados uno frente al otro. Entre los dos hay una mesa baja de cristal con dos cócteles verdes. Los ha pedido él, aunque apenas ha tocado el suyo. Yo en cambio me he bebido el mío entero.

—Ésta es una vida fácil —dice el hombre finalmente—. Un dolor es una ocupación, puedes abandonarte a él sin ningún remordimiento. Es todo lo que tienes que hacer. Perseguir el dolor que viaja entre los nervios hasta el cerebro. Aislarlo ahí y vigilar después cualquier movimiento. Perseguir el efecto de los calmantes también, como la lluvia. Ver qué se lleva a su paso y ver qué queda.

En su habitación mi amigo tiene una docena de monitores. En todos los monitores hay caballos, carreras de caballos. Cientos de caballos corriendo alrededor de su cama; en el escritorio, un pequeño ordenador y una botella de tequila.

—Desde aquí controlo las apuestas, a todos estos viejos les encanta perder dinero.

Trabajo con los ancianos de Sun City y también con los Snowbirds de Quartzsite.

Me siento en la cama y me quedo mirando los caballos. Quartzsite y Sun City son dos de las mayores comunidades de ancianos del país. Los Snowbirds son una banda organizada de viejos que viven en caravanas y pasan todos los inviernos en el desierto junto al estado de California.

—Deja eso, chico, cuando no has apostado todos los caballos parecen el mismo.

Mientras dice eso se acerca al cajón de su mesilla de noche y saca un puñado de pastillas.

—Sol de bolsillo. Antidepresivos. Lo mejor de lo último. Coge las que quieras. No es como esa cursilada que toman las secretarias en California. Con éstos puedes quedarte dentro de la bañera cuando se ha ido el agua y dios sabe que no hay nada más triste que eso.

Me tomo dos y me guardo el resto.

Por supuesto nos bebemos un par de tequilas. El viejo cuenta algo sobre una mujer muerta hace muchos años. Habla de ella como si aún estuviera en alguna parte, al final de una cuerda muy larga, como si él pudiese sentir cada pequeño movimiento al otro extremo de la cuerda. Como si se hubiera adentrado en una cueva y el otro esperase fuera.

Ya es de noche. Hace tiempo que tenía que haberme marchado, pero aún estoy sentado sobre la cama. El viejo está en el baño, así que estoy solo rodeado de caballos. Por alguna razón, cuando uno se sienta en el sillón de un despacho, al otro lado de la mesa, o en el asiento del conductor de un autobús, o cuando sencillamente se prueba uno la gorra de un policía o sujeta el cuchillo de un carnicero, se siente por un segundo como si fuera esa persona, como si pudiera ser ese otro durante toda una vida. Así es como me siento, sentado en la cama, pensando qué clase de vida es ésta. Cuando el viejo sale del baño, la cama, la habitación, todo alrededor, vuelve a ser suyo.

—Ahora me han metido en uno de esos tratamientos de procaína. Dicen que el recuerdo del dolor va cerrando traumas en el cuerpo. Te inyectan esas ampollas de procaína por todas partes tratando de liberar los demonios. Te inyectan en cada una de las cicatrices, en todas las marcas, se supone que la piel también es capaz de perder la memoria.

Nos bebemos otro par de tequilas mientras un caballo llamado *Castro* le saca una cabeza al favorito en el hipódromo de Santa Mónica. Sesenta a uno.

—Mierda, odio las sorpresas. Siempre hay alguno de estos viejos que apuesta a perdedores fijos. Alguna gente es capaz de apostarle a un caballo de tres patas.

Después el vendedor de seguros retirado me acompaña hasta la puerta de la residencia, una verja negra con lanzas y escudos, digna de una vieja estrella de cine. Mientras me subo en el taxi el hombre se despide con la mano.

—¿Qué tal esta su viejo? —pregunta el taxista. Dando por hecho que ese hombre es mi padre.

Mejor. Mucho mejor.

El sol de bolsillo empieza a hacer su trabajo, las cartas más tristes no llegan nunca a su destino. Así es como funcionan los antidepresivos. Carteros despistados que se olvidan de entregar las malas noticias. Las neuronas se convierten en casitas valladas con jardines verdes y buzones intactos.

Entramos en la autopista 10 y nos sumamos al atasco dominical con absoluta obediencia. Por supuesto no tenemos ninguna prisa. Frente a la reserva de San Javier hay un camión volcado. En el suelo, a los pies de un neón gigante con cuernos de la cadena best western, hay un hombre cubierto con una manta. El viento agita la manta. Veo aparecer y desaparecer la mano del muerto una docena de veces. Cuando el taxista mira por el espejo retrovisor lo único que ve es a un hombre tranquilo, dueño de una perfecta sonrisa.

Tu madre dice que se me da bien este negocio. Dice también que nadie sabe a ciencia cierta por dónde andas. Puede que estés en Tokio pero también puede ser que no. Tu madre gana siempre, por asombroso que eso te pueda parecer. Sabe algo acerca de la ruleta que los demás ignoran.

Por cierto, durante estos últimos días ninguna actividad comercial y en el correo un mensaje urgente de la compañía. Desconfianza después de lo que llaman claros, es decir, días vacíos, sin comunicados, ni registros, ni nada. Días que se me escapan como gusanos dentro de una caja de zapatos agujereada.

Paso la tarde bebiendo mezcal. Todo oscuro fuera, aunque no todo el tiempo. De cuando en cuando, la luz de los flashes de los cazadores de ovnis ilumina el desierto.

—¿Qué tal esta su mujer?

—Yo no tengo mujer.

—Sí que la tiene. O al menos la tenía. Una chica preciosa. ¿No fue en Phoenix donde bailaban ustedes alrededor de la piscina, en aquella fiesta en casa de un productor de cine mejicano?

—Yo no bailo.

—Bueno, ella sí bailaba. Ella bailaba descalza alrededor de la piscina. Había gente desnuda por todas partes. Estábamos puestos de anfetaminas y TT y vino francés. También había un mariachi y hasta un tigre que se paseaba entre la gente como un invitado tímido. No se olvida una fiesta como ésa.

—Está muerta.

—¿Muerta?

—Sí. Muerta. Ya no baila. Ya no hace nada. Está muerta.

—¡Dios mío! Era una chica estupenda.

—Sí, eso parece.

—Muerta. Dios, hay que joderse.

—Sí, hay que joderse, sí. No queda más remedio.

—El señor se lleva siempre a los mejores.

—Eso dicen. Ahora, si no le importa, tengo que salir de Phoenix antes de que cierren las oficinas, después el tráfico se pone imposible.

—Perdóneme. Es que no podía imaginarme, quiero decir que ¿cómo iba a imaginarme…? Ha debido pasarlo usted muy mal.

—Muy mal, sí, horriblemente mal, pero qué le vamos a hacer. Ahora está en el cielo, y ya sabe usted que de allí ya no se vuelve. En fin, si me da usted lo mío, podré largarme de Phoenix y empezar a pensar en otra cosa.

Mi cliente, que, por lo demás, es un educadísimo hombre de negocios, me acerca un sobre con el dinero y se despide seis o siete veces mientras espero un coche a la puerta de su oficina.

Cuando por fin llegamos a la autopista 17, ya es demasiado tarde. Hay una larga hilera de coches detenidos que vuelven a sus casitas de las afueras después de un duro día. Estamos todos cansados. Unos saben por qué y otros somos incapaces de acordarnos.

Malas noticias en la cárcel del estado. Nada nuevo por otra parte.

En la cárcel del estado, a las seis, atan a un tipo a una camilla estúpidamente parecida a una cruz y le aplican seis inyecciones letales. Veneno suficiente para matar a un hombre seis veces. Por supuesto, los helados, las flores, los paquetes de cereales, los niños, las madres, los coches en la autopista, las antenas parabólicas, los buenos días, las buenas noches, las averías, las neveras, los abrazos y las multas, todo, absolutamente todo lo demás, sigue igual que siempre. Todo tiene la misma forma y alguien se sienta a esperar a la puerta de un multicine y luego mucho más tarde se levanta enfadado porque la persona que esperaba no ha venido.

Por extraño que parezca, hay gente que es absolutamente incapaz de entrar sola al cine.

Llego a Winslow a las seis y me tomo una cerveza en un elegante salón español. Un restaurante decorado con esas robustas sillas torneadas de los asadores segovianos. Todos los camareros son mejicanos.

Después salgo a dar un paseo. Aún no es de noche, pero las farolas ya están encendidas. Dicen que en los primeros días de la silla eléctrica, las luces de la ciudad parpadeaban un segundo durante las ejecuciones. Parece justo, aunque fuera por un momento todo el pueblo estaba obligado a pensar en lo que estaba pasando dentro.

No es la primera vez que trabajo cerca de la cárcel, también creo haber trabajado alguna vez dentro aunque por supuesto no hay manera de estar seguro.

Hoy han matado a un vendedor de aspiradoras que violó y estranguló a tres mujeres, tomó fotografías de todo el asunto con una cámara digital y las distribuyó luego por internet a medio mundo. La operación había resultado un éxito, al menos un millón de personas entraron en su página web. El fiscal del estado se ha propuesto llevarlos a todos a juicio como cómplices de asesinato.

Es realmente bonito ver atardecer sobre el desierto rojo de Arizona.

A las siete en punto tengo una cita con un tipo pequeño y nervioso, que resulta ser un testigo del estado. Uno de esos notarios a los que les pagan por asistir a las ejecuciones y apuntar cuidadosamente quién dice qué, cómo unos miran al suelo y otros, en cambio, miran al muerto a los ojos y cómo unos lloran, mientras otros aplauden satisfechos. Al llegar, he visto desde el taxi a más de cien personas esperando en el parque. Las ejecuciones se amontonan. El número de apelaciones se ha reducido a la mitad en Arizona y aún menos. La máquina no da abasto.

El hombre, mi cliente, ha presenciado noventa y tres ejecuciones. No quiere guardarlas para siempre porque teme que tanta desgracia termine por reventarle la cabeza, así que mientras el sol se pone en la cárcel de Winslow, mi amigo se sacude la memoria con la química prodigiosa, que ignora igual a los vivos y a los muertos.

—¿Cómo ha ido hoy?

—Bien, como siempre en realidad, porque están friendo a tanta gente que todo se ha vuelto monótono, los grupos de protesta, los familiares de las víctimas, los abogados, la prensa, ya es todo lo mismo. La muerte es nuestro asunto.

Así que mi amigo quiere olvidarlo todo, porque el fin de semana se echa encima y la muerte le está arruinando el sueño y, por supuesto su vida sexual ya no es lo que era y, después del corredor de la muerte, el sexo es el único pasatiempo de la región. Aquí se folla más que en todo el estado. Es un dato estadístico. Por supuesto la química está rigurosamente prohibida dentro del corredor. No quieren a un asesino sentado en una celda con la cabeza vacía. No sería justo para él. No sería justo para las victimas. Los crímenes deben ser recordados.

—Hay que olvidarlo todo —dice mi amigo, que se ha pedido un batido tan grande como para esconder el cadáver de un perro dentro—. Todos los días. Los de antes y los de después. Las cinco y las siete, todas las horas, pero sobre todo las seis.

—¿Por qué siempre las seis?

—No lo sé. Supongo que todo tiene que tener un orden.

Primero se termina su batido. Luego pedimos cerveza. Ya es de noche. En el parque los árboles se agitan y la gente se revuelve. Unos se van y otros sólo acaban de llegar. Unos llevan biblias, otros pancartas escritas a mano con la letra de un idiota. Una de las pancartas dice:

HACEDLES DAÑO.

Los cumplidores de promesas cantan canciones. Los cumplidores de promesas no son fanáticos, son blancos que creen. Levantan cruces y banderas. Sujetan a sus niños en brazos. Sonríen. Están preparados. Nadie sabe bien para qué. Los pies en la tradición, los ojos en el futuro.

La canción de los cumplidores de promesas también dice:

NO ES VENGANZA, ES JUSTICIA.

Bebemos cerveza y comemos pasteles. Mi amigo delgado se impacienta. Su mujer se llama Sonia. Su mujer es mejicana. Su mujer le espera en casa con la cena lista. Así que le paso lo suyo y recojo mi dinero.

—De todas formas ya no me necesitan. Hace ya dos años que retransmiten las ejecuciones por televisión. Tienen treinta millones de testigos.

En eso mi amigo lleva toda la razón. Sin embargo, él sigue mirando.

—Es un trabajo honesto, bien pagado. Tenemos dos hijos.

—Enhorabuena. Ahora si no le importa tengo prisa, mi autobús sale dentro de una hora.

Nos levantamos juntos. No me ha dicho el nombre de sus hijos y en el fondo me alegro porque a mí el nombre de los hijos de la gente no me importa.

Mientras espero un taxi, pasa un grupo de protesta. ENEMIGOS DE LA MUERTE. Eso es lo que pone en sus camisetas.

La cárcel esta iluminada como un estadio de fútbol. Los helicópteros suben y bajan y dan vueltas alrededor. Los equipos de televisión terminan de recoger sus trastos y se largan. Cuando se apagan los focos, se ve de nuevo la luz de las velas. El ruido de las hélices todavía cubre el murmullo de la gente que reza.

Una hora después subo en el autobús camino del desierto. Son más de las ocho. Seguramente mi amigo ya se ha sentado a cenar, tan contento como un vendedor de zapatos.

Al pasar por las reservas los niños indios me saludan con la mano.

Tres horas hasta Tucson. Un avión pasa por encima del autobús y aterriza sobre la arena. Los viernes el aeropuerto se satura y los aviones aterrizan donde pueden. Por supuesto despiertan a los indios y a los coyotes.

El fabuloso mundo de los fetichistas del pie resulta aún más fabuloso de lo que pudiera imaginarse, y mientras le chupo ambos dedos gordos a un tiempo a una risueña colombiana que no debe de haber pinchado más de trece velas en la tarta de su último cumpleaños, no puedo dejar de pensar qué clase de persona le citaría a uno en un sitio como éste y qué clase de recuerdos trata de borrar un tipo semejante. Y en cualquier caso, si algo me ha enseñado este extraño trabajo es que no debe uno andar

juzgando los motivos ajenos si no quiere acabar pillado en las mismas trampas. Hay que reconocer además que se piensa admirablemente bien con los pies de una mulata en la boca y que de pronto hasta las zonas más oscuras se revelan con la claridad con que se ven las flores iluminadas únicamente por la luz de una piscina en mitad del desierto.

Mi cliente, que resulta ser una mujer europea, italiana seguramente, me cuenta que pasarse las tardes asomada a estas pequeñas cabinas de cristal en las que las chicas se tumban desnudas, dejando sólo los pies al alcance de los fetichistas, le ha proporcionado a ella misma momentos de asombrosa claridad y que por supuesto son esos momentos los que ahora tiene que olvidar a cualquier precio.

Decido finalmente no aprovecharme de su desesperada honestidad y le vendo un paquete regular al precio oficial, lo que ella agradece presentándome a una dulcísima coreana con los pies pequeñitos como polos de limón.

—Más de una vez he volado desde París para venir a besar estos pies, dice mi cliente antes de marcharse sólo dios sabe dónde.

Paso allí el resto de la tarde la mar de entretenido. Las chicas acercan sus pies a las lenguas de los fetichistas a través de pequeñas ranuras en la cabina de cristal, y los fetichistas guardamos el silencio respetuoso que invade los confesionarios, mientras nos entregamos al fervor de las religiones verdaderas.

Al salir, ya de noche, me agarra por supuesto la misma vergüenza que te atrapa siempre al salir de una iglesia y por supuesto el mismo desconcierto.

Amén en cualquier caso.

Y justo cuando parecía que el sol de Arizona empezaba a derretir la nieve en las montañas de Sierra Vista y el río Rico regaba con entusiasmo las plantaciones de girasoles a las afueras de Santa Cruz, el desagradable asunto de la puta mejicana asesinada aparece una y otra vez sobre los manteles de flores en las cantinas, sobre la superficie azul de las piscinas, sobre la pintura metalizada de los cadillacs y por supuesto se arruina la fiesta y se pierde el sueño.

El autobús de Nogales se retrasa por culpa de un nuevo accidente aéreo. Un avión de pasajeros se ha derrumbado esta mañana en medio de la autopista 19. Todo el tráfico norte sur detenido. La habitual desolación en los telediarios y yo me quedo mirando la carretera como se miran las cosas que hace un minuto tenían sentido pero que ya no lo tienen. Como una botella vacía o un billete roto. Helicópteros sobrevolando toda la mañana, sustituyendo el servicio de autobuses. He dejado pasar dos, porque no tengo prisa y porque no quiero volar por encima de una hilera de muertos extendidos por toda la autopista. Así que me siento en la casa internacional del panqueque y me bebo una cerveza y espero rodeado de sirope y mermelada, intranquilo como alguien que después de oír el golpe contra su coche no es capaz de

encontrar al animal muerto. Éste es un trabajo extraño. Fotos de inmensos panqueques bañados en nata y chocolate decorando las paredes y cientos de hombres y mujeres terriblemente obesos delante de cientos de panqueques. Las sillas y las mesas pintadas de rosa, las paredes y el techo pintados de azul celeste, flores de plástico en los maceteros, una anciana camino de Sun City esconde un perro en el bolso, hay un retrasado mental amenazando a una camarera con una cuchara de plástico, hay al menos dos ancianos con un solo brazo y la fuente de la entrada se ha quedado sin agua.

Dios no sabe que esto existe.

Un camarero se acerca y me dice: Me llamo Rosa pero no soy mejicana. Luego añade: No debería comer esta mierda, la gente enloquece comiendo tortitas. Demasiado azúcar en la sangre. Los que no están ciegos están locos.

Rosa, que por lo demás es un hombre robusto de unos cuarenta, con tatuajes en los brazos, me invita a salir al párking, detrás del imperio del panqueque, frente al imperio del pollo frito del viejo coronel, luego se quita el delantal y la gorra y salta dentro de una vieja camioneta, prepara dos rayas de coca sobre el asiento de cuero y enrolla un billete de un dólar. Luego me enseña la foto de dos niños sentados en sillas de plástico plegables junto a un cactus. No sé qué decir. Luego él dice: No hace falta que diga nada. Cierra la camioneta, se pone el delantal y la gorra y vuelve al trabajo. Un guardia de seguridad saca arrastrando al retrasado mental armado aún con su cuchara de plástico. La cocaína de Rosa es buena. La casa internacional del panqueque brilla como una montaña de azúcar. El hombre de la cuchara llora sentado en el suelo del párking. Ahora por supuesto necesito más cocaína. Una sola raya no sirve de casi nada. Te deja como un cristo sujeto con un solo clavo.

Por cierto uno de los niños de la foto tenía una escopeta de caza y el otro sujetaba un conejo muerto.

En Kaibab, cerca del gran cañón del Colorado, hay un valle donde la bruma se arrastra a ras de suelo y es una bruma helada y rápida, y es tan raro que uno no tiene más remedio que parar el coche y andar de un lado para otro, y aunque es el gran agujero el que atrae a los turistas, es este extraño valle el que te asusta no poder olvidar.

El conductor sigue dentro del coche, con la calefacción encendida y la radio apagada. Mientras camino por el valle no se escucha más que esa bruma blanca arrastrándose por el suelo como un ejército de fantasmas enanos.

¿La dentadura? Bien, gracias, y por supuesto me niego a sonreír porque los dentistas esperan las sonrisas de los demás con la ansiedad con la que un prestamista le echa una mirada a los números rojos de tu cuenta bancaria.

Mientras la mitad de los jubilados de América cruza la frontera para pagarse un

arreglo decente y barato en México, mi amigo el dentista bebe vino francés en la suite real del más antiguo y noble de los refugios de montaña de este lado del mundo, construido con madera de roble por colonos franceses justo al borde del cañón, tan elegante que se olvida uno de que está en Arizona. Mi amigo me dice que los dentistas mejicanos están tirando los precios colocando dientes de caballo ridículamente blancos.

—Una dentadura no es como la puerta de una nevera. Eso es algo que la gente no acaba de entender, dice mi amigo, que está metido hasta el cuello en el jacuzzi con una copa de vino en la mano, mirando la nieve sobre los árboles y el gran agujero negro bajo los árboles.

Después de hacer la entrega, durante todo el camino de vuelta a Phoenix, la bruma blanca del valle de Kaibab es lo único que me preocupa y cuando llego a la reserva de los indios hualapai para el siguiente negocio, aún me preocupa lo mismo. Por alguna razón no parece imposible que esa bruma pueda quedarse conmigo para siempre. El más viejo de los indios me cuenta una historia absurda acerca del incendio de un bosque hace más de treinta años. Lo perdí todo en ese incendio, dice el viejo, y por lo que a mí respecta es como si el fuego aún siguiera encendido. Por eso le necesito a usted, porque un incendio apagado puede seguir quemándole a uno toda la vida.

Después de acabar con los indios, mi coche me lleva hasta el aeropuerto en el valle dorado y, mientras espero a que el avión despegue, me imagino por un momento siendo el dueño de una vida distinta. Imagino una casa cerca de una ciudad pero aun así lo bastante lejos y nadie en el jardín y nada que merezca la pena olvidar ni nada que merezca ser recordado.

Y amanece en Tijuana y yo estoy solo y la moqueta de la habitación es azul y las cortinas amarillas y hay que volver a pasar el control y esta vez, como es lógico, da positivo aunque no sé bien por qué y eso desde luego también es normal, porque sólo después de olvidar eres completamente inocente y por eso mismo, definitivamente culpable.

A esperar noticias de la compañía. Mientras tanto paseo por primera vez por las calles de Tijuana y por primera vez como siempre estoy perdido.

Algo extraño en los últimos días. Despierto durante toda la noche. Taquicardia, por supuesto, y cada paso dentro de la habitación es el primero y el único y la primera cerveza del minibar acaba con todas y con las pequeñas botellas de whisky y ginebra y todo lo demás y para cuando recibo por fin el comunicado de la compañía, es ya el sexto y han pasado los días, tres semanas, y por supuesto estoy de nuevo suspendido.

Esta mañana un agente muy simpático me ha retirado la maleta y todos los registros. Ha dicho: Lo entiendo y ellos también lo entienden, a su manera. Luego me

ha hablado de un alemán constructor de hoteles y de una mejicana muerta. Pero todo eso no me dice nada. Me pregunta si estaría dispuesto a aceptar una plaza en Brasil y le digo que preferiría no hacerlo pero que por supuesto, si no hay otra opción, adelante. Siempre hay otra opción. Eso es lo que él ha dicho. Por ahora me recomiendan descanso, antes de pensar en un nuevo destino. Perfecto. Adiós, amigo, adiós. Cuando ha dicho amigo parecía que lo decía de verdad. Ya todo puede ser. He pasado el resto del día en la habitación y toda la noche en la calle.

Sé que no es la primera vez que estoy suspendido. Hay algunas cosas que no pueden olvidarse, como el ruido de los aviones o el frío en las manos.

Noticias. Han considerado ingresarme y después han considerado mandarme de vuelta a casa. Pero al parecer aún no han decidido nada definitivo. Poco a poco me siento mejor. Rápidamente en realidad. Mejor por la mañana y aún mejor por la tarde. Dos días más en Tijuana. Ayer México ganó a Brasil en la copa América. La gente está contenta. Fiesta nacional. He besado a una chica en la calle. Banderas, música y tequila. En la piscina había un hombre extraño con unos zapatos absurdos, como zapatos de golf pero sin pinchos, y el camarero me trajo un daiquiri, atención de la casa.

Cuando el cielo se oscureció y aunque no eran más que nubes, tuve la sensación de que todo se terminaba y la sensación de haber sentido lo mismo un millón de veces antes.

También llueve en Tijuana y cuando llueve en Tijuana mejor te buscas algo que hacer. Por eso, cuando un mejicano gordo vestido con una camiseta blanca y pantalones cortos dentro de un coche viejo y negro me pregunta si quiero pasear con él, digo que sí. Al entrar en la autopista nacional, la misma que lleva hasta el DF, el mejicano empieza a tocármela por encima del pantalón y yo me dejo hacer. Luego le pido que ponga la radio y sale una canción que no conozco, pero aun y así me pongo a tararearla, porque es algo de los Fabulosos Potros y todas las canciones de los Potros son iguales. La autopista va hasta el DF pero nosotros no vamos tan lejos. A veinte kilómetros de Tijuana paramos en una colonia de casitas prefabricadas. Sigue lloviendo cuando entramos y mientras el tipo se desnuda saco una cerveza de la nevera y me quedo junto a la ventana mirando cómo el agua pasa por debajo de la casita que está sujeta con pilares de madera como un insecto gordo con las patas finas. Alrededor de las casas, que son todas la misma, hay rosales. Al otro lado de la carretera hay una gasolinera pero llueve tanto que casi no se ve. Se ven los camiones entrar y salir, eso sí. Camiones inmensos de los que recorren la autopista Panamericana.

El mejicano lleva uno de esos corsés de autocastígo que sujetan dos grandes ballestas llenas de delgadísimas lanzas, afiladas como agujas, que se clavan en la piel. El corsé tiene una tuerca que permite controlar la profundidad a la que se clavan las lanzas. El mejicano todavía no sangra. Las puntas se clavan en el pecho, la espalda y la ingle, alrededor de los huevos. El mejicano me mira y se la toca y yo le miro a él, sentado junto a la ventana.

La autopista Panamericana recorre el continente desde Chile hasta Canadá. Los camiones son grandes como petroleros. Algunos llevan sus propios helicópteros de vigilancia. Nadie que no esté loco se mete ya en la Panamericana. Los camiones lo aplastan todo. El tráfico particular está prohibido desde que un autobús lleno de misioneros se estrelló contra un convoy de cisternas de leche. Dicen que los predicadores flotaban en la leche como troncos en el río.

El mejicano gira la tuerca y las lanzas avanzan un milímetro, empiezan a salir pequeñas gotas de sangre bajo algunas de las puntas. Entonces me pide que le bese, pero yo no muevo de la silla. Hay una canción que se llama *Mi corazón estúpido*, que dice:

Hay una línea entre el amor y la fascinación.

Cuando salgo de la cabaña ya ha dejado de llover.

Por la mañana, de vuelta en la piscina, todo parece nuevo, como si la vida de un millón de insectos empezase precisamente hoy. Un agente de la policía mejicana me pregunta por un constructor de hoteles alemán. Algunos días son así. Por supuesto no sé de qué me habla así que me pido una piña colada, aunque sé que no me gusta y pido otra para el agente, aunque él por supuesto la rechaza.

—Estamos obligados a preguntar.

—Pregunte usted entonces.

—Los camareros dicen que les vieron por aquí, a los alemanes. Dicen que hablaron con otro europeo.

—Yo soy europeo, sí señor, pero es que habla uno con tanta gente que resulta imposible acordarse.

Luego el agente me enseña una foto y es la foto de una chica mejicana.

—No sé quién es.

Es una chica guapa con las tetas muy grandes. Lleva una camiseta pequeña con la cara de Brigitte Bardot.

—A ésta sí que la conozco.

El policía sonríe.

—Supongo que si la hubiera visto se acordaría. Una chica así no se olvida.

Por supuesto, en eso, no puedo estar de acuerdo.

—Créame usted, todo se olvida.

Después el agente se va, así que dejo la piña colada a un lado y me pido una cerveza.

En ese mismo momento recuerdo una canción que Astrud Gilberto cantaba a dúo con su hijo Marcello, de seis años.

No tenías por qué ser tan guapo, te hubiera querido de todas formas.

La memoria es el perro más estúpido, le lanzas un palo y te trae cualquier otra cosa.

Noticias de casa.

Destrozados por la muerte de mi hermana. Una mujer que no recuerdo. Mi madre, a la que sí recuerdo, viajó desde Caracas hasta Madrid para asistir al entierro. Mi madre volvió a Venezuela, con los suyos, tras divorciarse de mi padre. Mi padre es un magnífico pescador y un hombre abatido. Un hombre cansado como dice él. Mi madre fue presentadora de un circo. Amiga de los domadores de leones y del lanzador de puñales. En el entierro todos preguntaron por mí. No sé a qué se refieren cuando dicen todos. Cerca de Madrid mi padre tiene una pequeña casa de campo junto a un río. Pesca anguilas de tamaño considerable. Mi madre creció en Caracas. Su vida alegre del trópico no encajaba con la vida triste y seca de Madrid. Buena bailarina mi madre, tango, boleros, joropo. Iba y venía con el circo. Luego el circo se acabó y creo que ella también, al mismo tiempo. No puedo recordar a mi hermana, me pregunto sin embargo qué acerca a la gente al cañón de una escopeta y qué nos mantiene al resto alejados. La compañía por su parte amenaza con devolverme a las drogas de recreo. Volver con los niños, a las discotecas, es probablemente el más negro de los futuros. Debería mandarles a paseo pero mi situación, después de las últimas suspensiones, es crítica. Ésa es la palabra que ellos utilizan. Necesitan a alguien en Berlín y mi crítica situación no me permite elegir. Soy un agente bajo sospecha. Un vendedor a punto de perder todo el camino andado. Por supuesto todo depende de mí y por supuesto se tienen en cuenta mi eficacia y mi valía. Por lo demás, trabajo duro y buena suerte. Con eso termina el mensaje. Así que enciendo el televisor, busco el canal de música y saco una cerveza del minibar. Por alguna razón me miro las manos durante un rato y luego me asomo a la ventana y veo pasar los helicópteros. Junto a la cama hay una fotografía de una familia en un bautizo. La madre sujeta al niño junto a la pila bautismal. Probablemente es la fotografía más extraña que he visto nunca en una habitación de hotel. Aparte de eso, me siento bien, ligeramente preocupado ante la idea de volver a los estimulantes y a la música infinita de las discotecas, a las quinceañeras desquiciadas y a los torpes pequeños fascistas borrachos. Estoy tan cansado como mi padre. Como si el cansancio fuera una enfermedad hereditaria. Sigo bebiendo hasta que amanece, luego apago la televisión y me duermo.

Mi padre me contó que a veces tiene que esperar durante horas, junto al río, hasta que finalmente pasa algún desconocido al que poder enseñarle sus espléndidas anguilas.

Ni un paso más después de la línea.

Recuerdo haber leído eso en el ala de un avión. Poco más. Recuerdo una fotografía de un niño sentado junto a su padre sobre unos troncos. Por supuesto tan sólo me imagino que el hombre es el padre, tal y como lo imaginé entonces.

Se me acerca una chica en un bar, una chica mejicana. Resulta que vive en San Diego y que esta aquí de paso para arreglar un asunto. Ésa es la palabra que ha utilizado. No le he preguntado nada pero ella insiste en explicármelo todo. Un hermano astronauta, una madre que no se fía del espacio, un perro tuerto, un hijo en camino y un novio descuartizado por un ventilador industrial. En fin, una de esas historias absurdas que hacen tan entretenida la vida de la gente.

Seguimos hablando y bebiendo durante un buen rato y luego vamos a mi hotel y nos bañamos en la piscina. Ella lleva un bañador azul celeste muy pequeño y nada bien. Subimos a la habitación y se desnuda y tratamos de hacerlo, pero a mí no se me pone dura. Me la chupa un poco y parece que va a funcionar, pero finalmente no funciona y ella se sienta en la cama y se fuma un cigarrillo.

—¿Te he contado que mi hermano es astronauta?

Sí que me lo ha contado.

—El primer astronauta auténticamente mejicano. Ahí es nada.

Luego se viste y se va. En cuanto sale por la puerta abro la ventana y tiro la ceniza fuera y lavo el cenicero en el baño. Me tumbo y me duermo y escucho con asombrosa claridad las campanas del infierno y cuando por fin despierto tengo la sensación de que han pasado diez años, pero sólo han pasado dos horas y están llamando a la puerta.

2

AGUJAS AZULES

Así que estoy en Bangkok, sentado en la terraza del hotel oriental viendo pasar los barcos por el Chao Pra Ya, el río que bordea la parte antigua de la ciudad, cuando dos tipos con trajes blancos y máscaras de oxígeno, se acercan en uno de esos botes alargados de madera, llegan hasta el embarcadero, saltan a tierra y antes de que me dé tiempo a invitarles ya están sentados a mi mesa hablando de dinero. Aquí la gente es muy nerviosa y casi todos llevan esas máscaras por la acumulación de dióxido de carbono y todos quieren estar de vuelta antes incluso de haber llegado. Por supuesto les digo que se tranquilicen un poco y que se tomen un par de whiskies y por supuesto yo invito. Uno se pide un agua de coco, el más grande, así que me imagino que es el guardaespaldas, y el otro, un tailandés criado en Suiza, joven pero no nuevo, pide un vino francés, cambia el paso, pide excusas y deja la máscara junto a la bombona que cuelga a un lado de la funda del ordenador. Estupendo. Hablamos un poco del calor, del nivel del río, al parecer ha crecido más de lo previsto durante los últimos monzones y finalmente hablamos de dinero. Él sabe que la química que manejo es buena, así que acepta el precio estándar de la compañía, al que hay que aplicar una sustancial rebaja por el volumen de compra. Mi amigo representa a un poderoso grupo financiero, gente importante que no sale a las tres de la madrugada, a recorrer los sex shows de Pat Pong, buscando mierda de última hora. Por supuesto que lo entiendo. Le cito a las doce en el mercado de las flores. ¿Por qué el mercado de las flores? Porque es un sitio precioso. Mi amigo se ríe y luego me dice, justo antes de irse, que echa de menos Suiza, como si eso tuviera algo que ver conmigo o como si fuera posible echar de menos Suiza. Cuando llega la cuenta, los dos están ya en el bote con sus máscaras y sus trajes blancos camino de algún otro negocio. Les veo cambiar de bote a la altura de Chinatown, suben a una de esas lanchas de lujo que parecen de caoba y que probablemente lo son. Pago mi cerveza y el agua de coco y el vino francés. Hay edificios de seis plantas en Bangkok que no cuestan tanto como una copa de vino francés en la terraza del oriental. La camarera me sonríe. No todas las mujeres de Asia te miran a los ojos pero las mujeres de Tailandia sí lo hacen. La sonrisa de una mujer tailandesa consigue que te sientas mejor inmediatamente. Como el final de las lluvias o el principio del verano.

En el hotel recojo un extraño mensaje en el correo electrónico.

VUELVE
K. L. Krumper

No reconozco el nombre. Pasa con cierta frecuencia. Mensajes equivocados o mensajes correctos que van a dar con la persona equivocada o simplemente mensajes incompletos de gente que no puedes recordar.

De vuelta en la calle después de una ducha, cojo un tuc tuc y entro en un cine

refrigerado. La película ha empezado hace rato, el tipo que está a mi lado me dice en inglés: Ya han muerto muchos. Cuando termina me doy una vuelta por los enormes centros comerciales llenos de estudiantes vestidos de uniforme. Donde en otra ciudad habría una persona, en Bangkok hay seis, por la calle caminamos tan juntos que parecemos todos amigos. La ampliación del monorraíl sigue adelante, lo que supone que encima de la vía que está encima de la autovía que vuela sobre la calle, habrá un cuarto nivel. Mirando desde abajo, el cielo queda cada vez más lejos.

He llegado pronto al mercado de las flores porque no hay ningún lugar como éste en el mundo y porque conozco a un tipo aquí que pasa algo del viejo opio a cambio de una pequeña erosión de memoria. La compañía nos tiene cogidos por los huevos pero siempre hay una manera de raspar algo del frasco. Metafóricamente hablando. Flores para los muertos y tranquilas sonrisas de opio para los vivos. Si el mundo revienta algún día, el mercado de las flores de Bangkok tendrá sin duda alguna los mejores escombros. En uno de esos breves sueños de opio que parecen una vida encerrada en un joyero, he visto a un niño sentado junto a una máquina de chicles en la estación de autobuses de una ciudad que podría ser Tokio. No estoy seguro de la ciudad y sobre todo no estoy seguro del niño. Cuando por fin llega mi elegante tailandés, ya estoy despejado y al tiempo pasmosamente tranquilo. Estamos sentados en un pequeño café, pequeño quiere decir una mesita plegable y dos sillitas de playa instaladas en la calle, rodeados de flores y de motos y de tuc tucs y ahora también de guardaespaldas porque mi amigo se ha traído dos neveras nuevas aparte del que ya conocía y me los ha presentado a todos, eso sí, como si fuéramos a jugar un gol regateado. Me da el dinero y yo le paso una bolsa Adidas rectangular negra del tamaño de un antebrazo pequeño o de una polla grande. El hombre se la guarda sin mirar siquiera dentro porque para eso es un caballero. Pedimos un té. Le dejo que me cuente algo acerca de sus negocios, algo que a los dos nos parece aburrido, luego tengo la sensación de que quiere contarme algo más y tal vez beber cerveza y relajarse y quitarse la mascarilla y hasta los zapatos y, quién sabe, a lo mejor cantar viejas canciones, porque ya no hacen muchas canciones hoy en día, así que le propongo que nos libremos de los matones, y nos vayamos a pasear por los karaokes de Sukumit. Me pide perdón, por los matones, y después los despide uno a uno con el mismo tacto con el que me los había presentado. Salimos del mercado atravesando diez o doce millones de coronas de muerto y ramos y flores para ofrendas a los dioses y collares y mantos y adornos de esos que se ponen los luchadores de thai boxing antes y después de cada pelea.

—Me llamo Feunang.

Feunang se mete dentro de una enorme limusina blanca nada más decir su nombre. Yo me subo detrás y, no sé por qué, tengo la sensación de que no quiere oír el mío. Arriba y abajo por Sukumit, dejando de lado los karaokes y los tristes

espectáculos porno, Pussy Smoking, Pussy Ping Pong, lanzamiento de bananas y una gordita muy graciosa que escribe WELCOME con el coño en una pizarra (Pussy Writing). Decidimos entrar en uno de los doscientos go-go bars de Nana Plaza, las niñas de la calle intentan agarrar a Feunang pero Feunang camina entre ellas como un fantasma. No hay mucha gente en la sala de baile, así que las chicas bailan casi todas alrededor de nuestra mesa, chicas filipinas, tailandesas, vietnamitas, todas demasiado guapas y todas muy lejos de casa. Feunang ha pedido una botella de Cliquot. Bebemos champán en silencio. Feunang está triste, yo estoy contento porque supongo que va a pagar él y porque hacía tiempo que no bebía champán. Por supuesto no hay manera de saber cuánto, los días desaparecen enteros tragados por la erosión de memoria. A veces sólo la sensación de haber estado, de haber bebido o de haber visto permanece. Como un *déjà vu* constante. Pero volvamos a Feunang porque Feunang tiene problemas, sus propios problemas, y mientras miro su cara pálida, extrañamente pálida para un tailandés, y sus manos largas y elegantes, tengo la sensación de que probablemente terminaré la noche en su cama y también la sensación de que probablemente me guste.

Puede ser que hayamos estado juntos antes.

—No lo creo, dice Feunang.

Aunque es imposible saberlo.

Me despierto en una cama blanca, inmensa, con dosel y mosquitero, en una habitación grande, blanca también, con una pared de cristal desde la que se ve todo Bangkok o mucho Bangkok, por lo menos, en el último piso de las Gem Towers, la torre más alta del mercado de las gemas.

K. L. Krumper.

El nombre me viene a la cabeza.

VUELVE.

El mensaje también me viene a la cabeza. Luego los dos desaparecen con la misma facilidad. Feunang está fuera, en una habitación. Está desnudo y está hablando con su madre. Cuando me acerco a la puerta me invita a entrar.

—Ven, pasa, tal vez ella quiera conocerte.

Perfecto. Voy a ponerme antes los pantalones, no va uno a conocer a la madre de nadie con los huevos colgando, por lo demás sólo hay un problema. La madre de Feunang está muerta.

—Ha dormido conmigo, mama. Es muy buen chico.

—Eso se ve, siempre, en los ojos. Acércate. No te asustes.

No estoy asustado, pero sí estoy impresionado. Había oído hablar de los programas de reencarnación, pero creo que nunca antes había visto uno. Los

programas de reencarnación se elaboran a partir de millones de datos y pautas de conducta de una persona viva. Cuando alguien teme su muerte, todos la tememos supongo, pero cuando alguien teme su muerte y tiene dinero para pagar uno de estos programas, se somete a infinidad de registros de memoria y patrones de comportamiento, notas, diarios, pruebas grafológicas, exámenes neuronales, fotografías, análisis, recuerdos, vídeos caseros, cualquier cosa. Con todo ese material se crea un programa que puede sustituir a la persona querida después de su muerte, Como una de esas máquinas de ajedrez que acabaron con los campeones rusos. Un programa de reencarnación crea reacciones humanas naturales basadas en los instintos, los recuerdos, las bases genéticas, en fin no sé una mierda del tema pero viene a ser algo así como la vida después de la muerte, no para los que se han ido, a ésos el programa ya se la trae floja, sino para los que se quedan.

Una manera de no perder a los seres queridos o, en el caso de muchas empresas, una manera de seguir contando con las brillantes decisiones de cerebros insustituibles.

Dicen que algunas grandes corporaciones siguen dirigidas por financieros muertos hace años y que más de un presidente se hace aconsejar por el programa reencarnación de un antecesor ilustre. También he oído que un bailarín muerto dirige el teatro de la ópera de París. Por supuesto es ilegal y por supuesto no hay manera de saberlo. Legalmente sólo un familiar directo, el solicitante original del programa, puede acceder al mismo mediante confirmación de identidad por la huella del iris. Claro que legalmente yo estaría vendiendo dosis controladas de reductores de memoria en lugar de arrancarle a la gente los recuerdos a patadas.

Volviendo a la madre de Feunang, la pobre mujer está metida dentro de un pequeño monitor en blanco y negro, parecido a esos monitores de vigilancia del seven eleven.

—Es sólo una imagen de referencia, dice la madre de Feunang, que a pesar de estar muerta es una mujer preciosa.

—Una imagen preciosa en cualquier caso, una mujer preciosa, quiero decir.

—Gracias.

La madre de Feunang sonríe y Feunang sonríe también.

La madre de Feunang dice:

—Así que habéis dormido juntos.

Primero miro a Feunang, pero como parece que da su aprobación, soy yo el que responde.

—Pues sí, señora, parece que sí.

Luego la madre de Feunang dice:

—Feunang tiene un cuerpo muy bonito.

Lo cual no puede ser más cierto. Los dos están muy orgullosos, madre e hijo. Los

dos se parecen mucho y los dos son muy guapos. Ella es casi tan joven como él.

—Cuando murió, tenía la edad que yo tengo ahora, treinta y dos. Yo entonces tenía quince. Preparamos juntos el programa. Ella sabía que iba a morir. Yo también lo sabía.

Me sorprende que hable así delante de su madre. Ella parece acostumbrada pero aun y así está triste. Los dos lo están.

Ella disimula mejor, como todas las madres.

Después de un momento de silencio las madres salen siempre enteras.

—Hala, volved a lo vuestro. Los chicos tienen que estar juntos.

Feunang sigue triste, no parece decidido a marcharse.

—Anda, tonto, ve con tu amigo. Dejadme tranquila de una vez, tengo mucho que pensar. A veces los chicos no entendéis nada.

Cuando volvemos al dormitorio le pregunto a Feunang si ella sabe lo que es.

Feunang parece sorprendido.

—Por supuesto, ella sabe que es mi madre.

Dejo a Feunang solo con su pena y su madre y cruzo el apartamento camino del ascensor. Como está todo oscuro me tropiezo dos o tres veces hasta que una chica, desde el otro extremo del salón, enciende la luz. Es la hermana de Feunang, tan guapa como él, igual que su madre.

—Soy la hermana de Feunang.

—Yo soy su amigo.

—Sé quién eres, os he oído y os he visto juntos. Os he visto hacerlo. También sé que no eres su amigo, sé que eres el que ha venido a arrancarle a mamá de la memoria.

Yo sólo vendo la química, lo que cada uno se saca de dentro no es asunto mío. Así que la miro muy serio y le digo exactamente eso.

—No te enfades. Ya va siendo hora. Lleva toda su vida pegado a ella. Esa máquina lo está matando. Esa máquina mantiene quieta la pena como un insecto clavado en la pared con un alfiler.

—¿Usted no habla con su madre?

—No; yo no hablo con el programa, prefiero dejar que la muerte haga su trabajo.

Después me acompaña al ascensor y esperamos juntos, en silencio, hasta que llega.

Luego sólo dice:

—Adiós y buena suerte.

Después de mirar por la ventana y ver la feria y los cantantes, justo debajo del hotel, todo lo demás desaparece. Por supuesto la ventana está abierta, lo que hace que la temperatura en la habitación sea bastante agradable a pesar de la humedad. El resto

del hotel está lógicamente helado. El pasillo helado, el ascensor helado, el inmenso vestíbulo helado. Al llegar a la calle, la temperatura vuelve a ser agradable. A pesar de la humedad. La feria está instalada en una explanada frente al hotel. Un solar entre los grandes edificios, los hoteles y los centros comerciales. Seguramente una obra detenida por falta de presupuesto, porque todo el solar ha sido ya vallado y hay materiales de construcción, abandonados hace tiempo, junto a la entrada. La feria no tiene más que unos viejos coches de choque y una hilera de máquinas. Videojuegos, videofotografías, videomensajes, videolecturas del futuro. Los niños hacen cola para dejar mensajes grabados. Muchos son mensajes de amor. Tu imagen y tu voz se quedan registradas y cualquiera puede seleccionarlas luego en el menú. La hija del pastelero es la chica más guapa de la calle Sukumit. Te vi junto al puente elevado cuando esperabas el autobús del colegio. Esas cosas. Los niños se dejan mensajes unos a otros y se ríen como locos.

Detrás de las máquinas esta la entrada para el auditorio. Dos camiones enfrentados y una cortina, hacen de puerta. El auditorio no es más que la misma explanada, con un escenario al fondo y un montón de sillas de plástico frente al escenario. Después de pagar, un niño me da una silla mientras una chica no mucho mayor me ofrece una cerveza fría. Cojo las dos cosas y me siento detrás de la última fila. Los cantantes son todos hombres y todos comparten la misma orquesta. Seis músicos subidos a un decorado de cartón, recortado y pintado, que figura que es el mar. Las olas del mar. Entre el decorado y el cantante están las bailarinas. Diez o doce chicas vestidas con trajes absurdos, brillantes, demasiado grandes y demasiado estrechos, como si las más bajas llevaran los trajes de las más altas y las flacas los trajes de las gordas. Cada cantante canta una, dos o tres canciones, dependiendo de la respuesta del público. Las bailarinas no son siempre las mismas. Hay dos grupos que se van alternando. Mientras unas bailan, las otras se cambian los disfraces. La ropa también se repite cada dos o tres números. El público no sólo aplaude o ignora al cantante. Si el tema o la interpretación es un éxito, el cantante se acerca a borde del escenario, entonces las chicas de las primeras filas se levantan y le van colgando collares de flores alrededor del cuello. Un buen cantante puede acabar con treinta o cuarenta collares en el cuello. A veces ni siquiera se les ve la cara, cubierta de flores, aun así los tipos siguen cantando como si nada. Por supuesto, mientras me asombro con los cantantes, las flores y las bailarinas, voy y vengo a por cerveza y me bebo un par de ampollas de LMB. A pesar del ruido del tráfico alrededor de la orquesta, del ruido de la orquesta en el escenario y del ruido de los niños en la feria, el LMB me mantiene tranquilo, considerablemente fijo, en un estado de moderada alegría y mínima ansiedad. Clavado en el suelo. Como un buzo con botas de plomo caminando por el fondo del mar.

Cuando me harto de las caras de todas las bailarinas y de las canciones de todos

los cantantes, salgo del pequeño recinto cercado por los camiones. Al otro lado, las hileras de máquinas ya están casi vacías. Me acerco a una de las videocabinas y ojeo el menú de mensajes. Por supuesto hay uno mío. Selecciono mi foto en la pantalla y al segundo sale la grabación. La fecha es de hace aproximadamente un mes. En la pantalla estoy yo, mirando sin decir nada. Detrás de mí hay una chica pero no puedo jurar que vaya conmigo. Seguramente estoy solo. La chica en cualquier caso está de espaldas. Llevo puestas las gafas de sol y es de día. Un día soleado. No reconozco la camisa pero tengo la chaqueta en la maleta, en mi habitación. Una chaqueta azul con cremallera. Una chaqueta de cartero o de electricista. Una chaqueta de segunda mano. Sigo mirando mi imagen en la pantalla, pero mi imagen en la pantalla no dice nada. Se queda ahí, en silencio, hasta que su tiempo se termina. Mi tiempo en cambio aún no ha terminado. Puedo seleccionar otro mensaje, así que vuelvo al menú y elijo el mensaje inmediatamente posterior. En la pantalla aparece la chica que estaba detrás de mí en la grabación anterior. La chica es por supuesto una extraña. Ahora y antes. Deja un mensaje en tailandés y tira un beso al aire. Ni ella ni el beso tienen nada que ver conmigo.

Salgo de la feria pensando en el tiempo que llevo en Bangkok, sin saber cuánto puede ser. Preocupado por la idea de haber sufrido una erosión de memoria reciente y quién sabe si alguna suspensión.

Cojo un tuc tuc para ir al centro pero me quedo atascado nada más salir a la avenida Koncheming. El tráfico en Bangkok es con toda probabilidad el peor del mundo. Una hora y doscientos metros después dejo el tuc tuc y bajo andando hasta el río. No hay otra manera de moverse en Bangkok durante la hora punta y aquí la hora punta dura desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada. Mientras espero una lancha, debajo de los focos de los helicópteros que iluminan el río, veo pasar las barcazas de madera con familias enteras de pescadores camino del mercado de medianoche. La calma ha desaparecido. Mi imagen en la videocabina me intranquiliza lo suficiente como para beberme otras dos ampollas.

Cuando llega la lancha ya estoy mejor, así que le digo al piloto que me dé una vuelta por el río. Subimos hasta la ciudad sagrada, pasamos frente a la terraza del oriental. Hay un millón de turistas cenando en las dos orillas. Tremenda actividad en el helipuerto del sofitel. También docenas de aviones dando vueltas a la espera de una pista libre en el aeropuerto. Todavía una ventana iluminada en el último piso de las Gem Towers. El edificio más alto del mercado de las gemas. La música nefasta de las orquestas de hotel sonando por todas partes y detrás de las terrazas y de los rascacielos, la luz de un incendio. El hospital de Rakamui envuelto en llamas.

Le pregunto al piloto si sabe algo.

—Han evacuado a todo el mundo pero no han podido con el fuego. Lleva horas ardiendo. No va a quedar nada.

Volvemos al hotel por la red de canales. El LMB me mantiene felizmente alejado de la gente así que no tiene sentido acabar en uno de los bares de putas del Pat Pong. Cualquier contacto es ahora un contacto no deseable. Al abrir la puerta, la televisión esta por supuesto encendida. La imagen del hospital en llamas parece mantener caliente la habitación.

Saco una cerveza del minibar y luego otra. Dejo que detrás de los últimos pasos del LMB entre despacio el sueño. Por supuesto es el aire caliente que entra por la ventana abierta el que mantiene la habitación a una temperatura agradable.

Me duermo tranquilamente mirando el edifico envuelto en llamas.

Paso la mañana en el club de tenis. Haciendo negocios con un grupo de cirujanos ingleses. Tres. No sé si tres es un grupo. En cualquier caso hablan y actúan como una banda. La hija de uno de ellos ha tratado de matarse. No me queda claro de quién es hija porque los tres hablan a la vez y están nerviosos y me explican algunas cosas tres veces y otras ninguna. Hace un día estupendo. Todas las pistas están llenas. El ruidito de las pelotas y las vocecitas de los tenistas me ponen enfermo. Físicamente enfermo. No me gusta el tenis. No me gustan los tenistas. Me fastidia encontrar pelotas amarillas dentro de esos estupendos botes alargados que podrían servir para cualquier otra cosa.

La hija del cirujano apareció muy de madrugada flotando en la piscina. Afortunadamente cuando la sacaron aún estaba viva. De lo cual me alegro sinceramente. La chica no iba bien en el colegio pero eso no lo explica todo, también está el cambio de continente, los nuevos amigos, la comida tailandesa, tal vez, de esto no están seguros, un hombre mayor, occidental desde luego, implicado en el asunto. Implicado y asunto son exactamente las palabras que ellos han utilizado. La química en cualquier caso no es para ella sino para su madre. La mujer del cirujano. Fue ella quien descubrió el cuerpo de su hija flotando sobre el agua azul de la piscina. Por supuesto pensó que estaba muerta. Por lo pronto han vaciado la piscina pero no es suficiente, porque la buena mujer sigue mirando el agua, que ya no está, como si estuviera y como si aún flotase sobre ella el cuerpo de su hija.

Los médicos me dan un sobre cerrado. Lo guardo sin abrir, Luego me dan las gracias una docena de veces. Llevan puestos sus trajes de tenis y cada uno sujeta su raqueta y las raquetas se mueven cuando hablan como las patas de un animal estúpido.

Antes de irme les pregunto por el hospital. Me cuentan que al parecer el incendio fue provocado, aunque enseguida añaden que por ahora sólo es un rumor. También me dicen que el fuego empezó en la planta de neurología, y que llevan dos semanas esperando un nuevo destino.

Dos semanas me parece mucho tiempo. Quiero decir que para mí no han pasado

dos semanas. La preocupación se suma al ruidito de las pelotas y al poco estoy convencido de que no puedo soportarlo, así que me siento en un banco bajo el sol, frente a las pistas. Mirando a toda esa gente vestida de blanco tirando y devolviendo, pegando y fallando pelotas amarillas, siento que la sangre se evapora al mismo tiempo que los rayos de luz, sólidos como dos tenedores, me atraviesan los ojos hasta el cerebro y más aún hasta salir por la nuca y por supuesto me desmayo.

Las palmeras, los jugadores, las líneas pintadas en el suelo de las pistas, todo se va de golpe.

Como pasa siempre en estos casos, el dichoso ruido es lo último que desaparece.

Son las seis en el aeropuerto de Bangkok y todo el mundo anda desolado por la tragedia. Es el cuarto avión que cae sobre el río en menos de tres semanas. Se habla de una regulación más severa para el tráfico de helicópteros. Por lo pronto todos los vuelos están retrasados. Las pequeñas habitaciones cápsula del aeropuerto no dan para tanta gente. Los turistas se desesperan en colas interminables. Gracias a mi tarjeta de la compañía, consigo una cápsula en la zona vip. Hay una mujer tumbada en el suelo, llorando. Una mujer que ha perdido a alguien en el accidente. Por supuesto los servicios de emergencia del aeropuerto tratan de hacer algo por ella, pero seguramente no hay nada que hacer porque la buena mujer sigue pegada al suelo. Ya he visto eso antes, después de un accidente aéreo la gente se abraza literalmente al suelo para llorar su pérdida. Resulta más que razonable. Mal ambiente en la sala vip. Así que me bebo un par de cervezas y me voy a dormir. Sueño que estoy sentado en un bar bebiendo tranquilamente un vasito de bourbon y una cerveza negra. Un tipo a mi lado se levanta, camina hacia la juke box más decidido que derecho y pone una canción irlandesa. Una de esas canciones tristes que suenan tan bien cuando uno esta bebiendo solo en un bar y no tiene nada que hacer ni adónde ir en un futuro próximo. A las diez me despierta una simpática chica tailandesa desde la pantalla que cuelga del techo de la cápsula. Me dice que mi vuelo está listo para embarcar y que el tráfico aéreo se va agilizando. También me cuenta que hay un tifón sobre Malasia, pero que al parecer el tiempo en Vietnam es estupendo. Salgo de la cápsula y cruzo diez pasillos hasta la puerta de embarque. En el avión un hombre trata de comprarme algo para un niño. Me niego por más de una razón. En primer lugar, está, evidentemente, la prohibición regular que impide la venta en vuelo. Además de eso y mucho más importante, la protección de las neuronas de los menores se ha convertido en la única ley inviolable. Al menos dentro de las compañías de acción legal. Sobre todo después del escándalo de los niños dormidos de Kosa Mui. Cientos de niños encontrados en los prostíbulos de la costa a los que se les quemaba la memoria a diario para mantener la inocencia sexual que requerían los exquisitos turistas sexuales europeos.

Después de que el tailandés me ofrezca un montón de dinero que por supuesto rechazo, me siento en la obligación de denunciar el caso, pero finalmente decido no hacerlo porque el tipo me convence de que el niño es su hijo y de que sólo quiere librarle de un amor desmesurado por un perro labrador arrollado por un tuc tuc.

Un perro que lo era todo para él.

Eso es lo que dice su padre y la verdad es que miro al crío y está triste como un demonio. Tiene los ojos pegados n la ventanilla. Hay un avión tan cerca del nuestro que se ven las caras de los pasajeros tan claramente como ellos ven las nuestras.

El niño dice:

—Quiero que todos los aviones se estrellen.

Luego cierra los ojos, como se hace cuando uno espera que se cumpla un deseo.

Cuando los abre el otro avión ha desaparecido.

Tres horas después aterrizamos en el aeropuerto de Ho Chi Minh. Por estúpido que parezca, cuando el aparato se detiene en la pista me siento extrañamente contento. Por un momento parecía perfectamente posible que un niño tan pequeño tumbase un avión tan grande.

Máquinas de alquitrán en el paso de las nubes.

Están asfaltando la carretera entre Hoian y Hué, en la costa de Vietnam. La mujer que va a mi lado es vietnamita, el hombre es uruguayo, todos le dicen Darwin. El chófer es un vietnamita criado en los Estados Unidos. El coche es negro y grande. Alemán, creo. Todos nos estamos besando. El chófer no, claro, sólo la mujer y Darwin y una niña de unos quince años que pensé que era su hija pero que al parecer no lo es. No recuerdo cómo ha empezado. Darwin es un químico asombrosamente bueno que maneja TT y grapas y toda clase de euforias y niveladores, también cielo rojo checo del que no se encuentra desde el incendio de Praga, El chófer mira de vez en cuando por el espejo retrovisor y dice: *¡Oh, boy!*, pero enseguida vuelve a poner los ojos en la carretera porque las curvas rozan los acantilados y, por si esto fuera poco, hay máquinas de alquitrán en el paso de las nubes.

Hay un zepelín en el cielo.

La mujer de Darwin se cierra la camisa, se asoma por la ventanilla y señala al cielo, donde efectivamente hay un zepelín sobrevolando la bahía de Hoian frente a China Beach.

—Vienen a por ti, Darwin.

La niña se viste también, Darwin y yo seguimos desnudos. No estoy seguro de entender lo que pasa. Darwin me alcanza los pantalones.

—Vístase. Creo que ya hemos terminado con esto.

Luego me ofrece una copa de champán y un par de pastillas verdes diminutas.

—Son muy suaves pero son rápidas.

Efectivamente, a los diez segundos de tomarlas siento el cuerpo como si lo

tuviera dentro de un disfraz de papa noel. Caliente, alegre y tranquilo.

—Mi mujer piensa que todas las cosas que vuelan viene por nosotros. Hace seis años que dejé los laboratorio Ahora sólo me dedico al entretenimiento. Pequeñas ayudas para equilibrar nuestros días.

—Es muy raro encontrar a un químico como usted en la calle.

—Él no está en la calle.

Es su mujer la que contesta. El zepelín se ha desviado de nuestra ruta.

—Siento haberle asustado. Desde que dejó el laboratorio andan detrás de él. Es demasiado bueno para dejarle ir.

La mujer tiene diez años más que Darwin, es una mujer fuerte. Quienquiera que venga a por ellos no lo va a tener fácil.

—Podemos volver a intentarlo luego.

La niña sonríe. Darwin sonríe. Yo sonrío dentro de mi traje de papa noel imaginario.

Un químico realmente bueno. De los que ya no quedan. Los laboratorios acaban perdiendo a todos los mejores con sus controles y su avaricia y sus drogas para quinceañeros. Demasiado rápido y demasiado fácil.

—La mejor química se desarrolló en los años del sida, ahora se pasan el día follando, es más barato y más divertido. Tienen esos estimulantes de corto alcance y esas ampollas azules, que son como caramelos. Lo único interesante es lo que llevan ustedes. Los cazadores de huellas mnemónicas. Pero avanzan demasiado deprisa, están quemando neuronas indiscriminadamente. No es tan fácil como quieren hacer creer. Los límites del recuerdo son imprecisos. No se olvide de eso, si es que puede.

Al otro lado del paso de las nubes se extiende la jungla hasta Hué. Al pasar por delante de las cabañas en la falda de la montaña vemos las pequeñas habitaciones iluminadas por la luz azul de los televisores. Ya es de noche. La niña y la mujer duermen abrazadas en el asiento trasero. Darwin trabaja con su ordenador, el chófer va cantando en voz baja. Por extraño que parezca en todas las habitaciones, en todas las cabañas, la televisión está sintonizada en el mismo canal. El monitor del coche no funciona así que no sé de qué canal se trata. Un informativo. Por un segundo en todas las pantallas aparece la imagen congelada de una mujer occidental. Por alguna razón una imagen congelada siempre te hace pensar en alguien desaparecido o en alguien muerto.

Una fotografía de esa mujer ilumina por un momento la jungla y después desaparece.

Nadando en la piscina del hotel rex, un edificio fantástico que sirvió de base para los oficiales americanos durante la guerra y que ahora se llena de extranjeros y comerciantes vietnamitas del norte. Cada vez que saco la cabeza del agua oigo esa

música fantástica, mambo seguramente. Hay gente bailando alrededor de la piscina. Francesas espléndidas y alemanas gordas. Las bebidas se derraman al ritmo de la música. Ya estoy fuera, dentro de mi albornoz, cuando unas mujer le pregunta a gritos al camarero cuál es el título de la canción y el camarero responde también a gritos: *Cha cha cha du loup!*

Que seguramente quiere decir Cha cha chá del lobo.

Cuando empiezan a bajarme las luces blancas, meto la mano en el bolsillo del albornoz y saco un par de amarillas, que no son más que ingenuos colchones donde apoyar el cuerpo después de una buena sacudida. Las luces blancas se han hecho tan populares en Vietnam que los turistas de las playas de Bangkok bajan hasta aquí para llenarse la cabeza de alegría. Las luces blancas nacieron en los laboratorios camboyanos, pero ahora, la producción y sobre todo la venta son básicamente un negocio vietnamita. Por supuesto hay luz blanca en Europa y en América, pero por supuesto no es lo mismo. Sacar la droga de aquí es tan difícil como mearse en la tumba de Ho Chi Minh y puede que aún más peligroso. Hace menos de una semana fusilaron a tres niñatos holandeses que llevaban dos botes de sopa llenos de ampollas. Lo he visto en la televisión esta misma mañana. También he visto el entierro de un luchador de sumo japonés que se ha suicidado por amor y un centenar de estúpidos depósitos de plutonio flotando por el espacio, pero todo esto no tiene ahora ninguna importancia. Meto la mano en el bolsillo del albornoz y me trago dos amarillas. Empieza a anochecer. El último bañista sale de la piscina y al rato el agua se queda quiera.

En la habitación una chica vietnamita me dice desde el monitor de televisión que tengo seis llamadas y como son muchas me extraño, pero luego resulta que son todas de la misma persona. Preparo una cita para mañana con mi impaciente amigo.

Me bebo una botellita de whisky del minibar y después una cerveza. El rastro de la luz blanca se ha esfumado. Me tumbo sobre la cama. Dejo un puñado de amarillas en la mesilla de noche. Las amarillas tienen un electo limitado pero más que agradable sobre el sueño. En el correo electrónico un solo mensaje:

VUELVE
K. L. Krumper

Empieza por la mañana. Con la imagen de un hombre sentado a una mesa en un café de Berlín. Tiene el aspecto de un recuerdo pero es necesariamente otra cosa. Probablemente una visión. Un hombre sin memoria ve constantemente imágenes del futuro. La nostalgia desaparece y en su lugar se instalan un millón de adivinanzas. Los nuevos amores, las nuevas ciudades, los nuevos ríos, los nuevos puentes.

A lo mejor mañana. El hombre sentado a una mesa en un café de Berlín pide la cuenta, paga dos cervezas y se marcha. Está a punto de coger un abrigo de un perchero junto a la puerta pero finalmente se da cuenta de que el abrigo no es suyo. Cuando sale a la calle siente el frío de enero en la cara y luego inmediatamente la lluvia. No recuerda haber imaginado el mismo frío y la misma lluvia, pero no hay manera de saberlo. Al pasar frente a un escaparate se detiene a mirar un vestido de novia y sin pensar nada al respecto cruza la calle, entre los coches, y se dirige a un estanco. En el estanco por supuesto compra un sello. Después busca un buzón y en el buzón echa una postal. En la postal, al otro lado de un texto breve, escrito a mano, hay una fotografía de Las Vegas. Del hotel flamingo de Las Vegas. Es una carta que ha escrito hace tiempo aunque no recuerda haberlo hecho. Todo lo que dice la postal es: «Pienso en ti todo el tiempo».

De vuelta al hotel, la habitación esta demasiado caliente así que abre las ventanas e intenta dormir. Sigue lloviendo. Son más de las dos de la mañana. Encima de la mesa tiene un billete de avión y un pasaporte. En la televisión hay una niña cantando, una niña asiática vestida de plata. Con un vestido plateado. Por alguna razón la imagen y el sonido de la televisión no coinciden. La imagen pertenece a un canal y el sonido a otro. Lo que oye es la voz de un hombre recitando en alemán los resultados de la bundesliga. A las tres sigue despierto y sabe que son las tres porque hay un reloj despertador junto a la cama. Oye algo en la habitación de al lado, una mujer hablando en voz baja, probablemente rezando. La mujer habla en francés y él no entiende francés. Es entonces, mientras trata de seguir la oración en un idioma extranjero, cuando se da cuenta de que el camarero del café le ha llamado por su nombre al despedirse y eso le inquieta tanto que se olvida de todo lo demás y empieza a pensar sólo en eso.

Aún está pensando en su nombre dicho por un extraño cuando amanece.

Distrito 25.

Nada que hacer el resto del día.

Después de cerrar una rápida operación con un político local, le digo al taxista que dé unas cuantas vueltas, porque hace bueno y porque el tráfico en las colinas es ligero y los chalets tienen inmensas piscinas llenas de chicas preciosas. Por supuesto, perros y alambradas también y guardias armados con gorritas de béisbol caladas hasta las cejas. Los millonarios vietnamitas no esconden sus tesoros, los protegen con ayuda de ejércitos privados, compuestos en su mayoría por antiguos mercenarios de Laos. Gente capaz de comerse a miembros de su propia familia. La vida en las colinas de Saigón es una fiesta sin invitado sorpresa. Los nuevos centros comerciales

de Cholon, los bancos extranjeros del distrito 1, las espectaculares reformas del aeropuerto internacional de Tan Son Nhat, toda la prosperidad del nuevo Ho Chi Minh, salen de estas piscinas. Del agua verde de los ríos en los que esta nación vive sumergida de cintura para abajo, no sale más que arroz. Es del agua azul de estas piscinas de donde sale la nueva riqueza del nuevo Vietnam. Y es a estas piscinas donde vuelve.

Un extraño dolor en la espalda, un dolor familiar sin embargo. Un dolor que no es nuevo. Por un segundo cierro los ojos, o eso creo, aunque luego me doy cuenta de que los ojos siguen abiertos y es el mundo, todo alrededor, el que se ha ido. Una desconexión momentánea. Pequeños flashes de oscuridad. Seguramente un problema neuronal. Sólo un segundo. Le pido al taxista que baje la música de su monitor y por supuesto el taxista no me hace caso.

Los veteranos de guerra cantan canciones de amor.

Eso es lo que me dice el taxista.

Uno de esos horribles grupos de cantantes octogenarios sentados en sillas de ruedas.

No se puede luchar contra ésos. La deuda contraída con los viejos héroes no está aún pagada. Cuando los bravos niños guerreros de los túneles de Cu Chi cantan, los extranjeros no tienen nada que opinar al respecto. Así que respeto y por favor deje usted la televisión como está. La música sale por las ventanillas abiertas del taxi, cruza las arboledas tranquilas y se cuela en las fiestas. Allí por supuesto se tropieza con la música violenta de órgano recién llegada de los clubs de Tokio. Las canciones de amor de los veteranos de guerra se deshacen sobre los rosales y eso por supuesto no hay quien pueda evitarlo.

Por cierto, no se me escapa que sobre estos barrios los aviones cogen más altura, respetando el sueño de la gente importante, supongo, y hasta los helicópteros hacen extraños giros y sofisticados lupings para evitar que las servilletas de papel se vuelen en los porches, que los juegos de té se agiten y que las damas se despeinen. Claro que también puede ser que el brillo del sol reflejado en las piscinas despiste a los pilotos. Los perros en cualquier caso agradecen los dibujos de los helicópteros en el aire agitando el rabo y aullando, muertos de contento.

En casa de mi amigo el político, un educadísimo criado filipino me ha servido cuatro martinis mientras esperaba a su jefe, sentado junto a la piscina en la que desgraciadamente no había ni chicas ni nadie. Sólo un jardinero pequeñito que tomaba muestras de las plantas y las guardaba en bolsitas de plástico como si fuera un científico loco o uno de esos detectives de las películas que pretenden agarrar a un criminal recogiendo pelos de la alfombra. Cuando por fin ha llegado mi cliente, no he podido concentrarme en lo que decía, por el calor o por los martinis o a lo mejor porque los días soleados me impiden prestar atención a las cosas reales. No he podido

evitar, sin embargo, escuchar la palabra *suerte* al menos dos veces a lo largo de nuestra breve conversación. Me pregunto de qué demonios estaría hablando.

Suerte es una palabra que nunca debería utilizar el dueño de un jardín tan grande. Suerte es una palabra que debería quedar reservada para los que aún están esperando.

Le pido al taxista que detenga el coche frente a una casa blanca llena de absurdas escalinatas y torreones, una casa que parece construida por un arquitecto de seis años. Hay un montón de gente en el jardín. Hombres de negocios con las camisas remangadas y las corbatas intactas y chicas en bikini alrededor de la piscina. Las chicas suben y bajan del trampolín. Unas se lanzan muy decididas y otras fingen que tienen miedo para resultar más encantadoras. Los hombres de negocios beben y meten las manos en el agua y salpican a las chicas y todo tiene el aspecto de un parque infantil lleno de idiotas. Los hombres, todos, nos esforzamos siempre mucho por caerles simpatiquísimos a las putas, como si más allá del intercambio comercial hubiera también un poco de fascinante seducción y hasta de festiva alegría, escondida por alguna parte. Es tan triste como entusiasmarse con una pelea amañada, tan ridículo como dispararle a un pato muerto. Eso es lo que estaba pensando cuando por alguna razón el taxista decidió por su cuenta que ya era suficiente, arrancó el coche y me dijo sin mirarme:

—Y ahora, ¿adónde?

Por supuesto no supe qué contestarle.

El niño está sentado cerca de la ventana. Vigilando la escalera que sube entre las palmeras hasta el segundo piso. Las habitaciones de abajo están tan cerca de la piscina que el agua, a veces, salpica las cortinas, porque la ventana está abierta, porque al parecer el aire acondicionado se ha roto, porque seguramente el dueño del motel se ha gastado el dinero de la reparación en putas. Eso es lo que me cuenta Hai mientras saca una biblia de debajo de la cama. Hai es un chica alegre, pequeña, delgada, flaca, que pasa coca y que tiene tres o cuatro hijos que le echan una mano, vigilando la puerta, la escalera, el pasillo y la piscina, porque el dueño del motel además de gastárselo todo en putas tiene la manía de llevarse buenas tajadas de coca y dinero, a cambio de su silencio. Por supuesto Hai ha tratado de matarlo al menos una vez empujándolo por la barandilla, pero el tipo, que es un musculoso viejecito, antiguo conductor de ciclós, había caído en la piscina y había salido muerto de risa y como si nada.

—Su silencio no vale una mierda —dice Hai mientras sacude la biblia para que caigan las papelas.

—Nunca traería aquí a la policía. Tiene esto lleno de putas.

El niño se ríe cada vez que su madre menciona a las putas. Hai por supuesto se enfada.

—Cuida que no venga nadie y deja de reírte, esto es un negocio. Se distraen con nada, los críos. Se ríen de nada como los tontos.

Hai abre una de las papelas, mete las otras dos en la biblia y la vuelve a guardar bajo la cama. Luego pone un buen montón de coca sobre el cristal de la mesilla de noche.

—Mire a ver si esto no es bueno.

Acerco el montoncito al borde del cristal empujándolo con el dedo meñique. Luego me agacho para metérmelo. El niño me mira muy atento.

—Muy buena, sí señora.

Al pasar junto a la piscina veo al resto de los niños, pasándoselo estupendamente con su sofisticado sistema de vigilancia. Hay uno subido a una palmera. Se agacha cuando pasan los helicópteros y en cambio estira los brazos tratando de tocar los aviones. Unos y otros están demasiado lejos.

El distrito 6 no es un buen sitio para pasear pero no se pilla nada bueno en el centro. Un poco de buena cocaína siempre tensa los huesos de la espalda y despierta los sentidos, terribles bajadas por supuesto, nada que ver con la química infantil, suave y agradable de las discotecas de la gran avenida. Sin embargo mientras paro un cicló, aunque me iría mejor un taxi, pero es igual, mientras paro un cicló porque hace demasiado calor para esperar al sol, no puedo evitar sentir la fe en las viejas sustancias renaciendo con el entusiasmo del principio del verano.

Voy pensando en las citas de la semana. Casi todas en la ciudad, aunque una al menos cerca del río Perfume a la salida de Hué, la ciudad que corta el país por la mitad, la zona más castigada por todas las guerras. Voy pensando en las visitas a la ciudad prohibida de Hué, de la que no queda casi nada, y cómo uno se sienta mirando un solar vacío cubierto de hierba imaginando un templo o la magnífica biblioteca quemada por los franceses. Enseguida, sobre la imagen del inmenso palacio invisible aparece otra cosa: la imagen de una mujer y un hombre tumbados en un sofá debajo de una luz verde en una habitación de hotel. El hombre tumbado sobre ella, con la cabeza entre sus piernas de manera que no sé quién puede ser, y ella sonriendo a la cámara. Una de esas fotos que se hacen con el disparador automático dándole una importancia exagerada a la vida de uno. Saludando al futuro. Una máquina del tiempo que funciona en una sola dirección. Por supuesto no hay relación ninguna entre la cocaína y las imágenes. La cocaína sólo sirve para que la imagen no llegue a fijarse, salte y finalmente desaparezca.

Al cicló le cuesta casi media hora llegar al distrito 2.

Me bajo frente al continental, me pido una cerveza y me voy directo al baño. Agarro un buen montón con los dedos y lo empujo directamente por la nariz. Salgo del baño como si fuese a rematar un córner. Con las mismas ganas, pero no son ganas de nada, sólo ese entusiasmo inconcreto y nervioso de la cocaína. Me bebo mi

cerveza saludando a la colonia extranjera que ya está esperando el baile de la tarde.

El camarero, que al parecer es un viejo conocido, mira preocupado a un lado y a otro, la orquesta no ha llegado y hay ya un montón de gente alrededor de la pista de baile.

Pasado de cocaína, mal nivelado por las grapas, apuntalado por el TT y definitivamente destrozado por el venenoso licor de arroz vietnamita.

Paso la noche sonriendo y apretando los dientes alternativamente, mirando a las chicas en la pista de baile, incapaz de emprender ninguna acción. Reventado por destellos neuronales incontrolados y desde luego no deseados, descoordinación del habla en no importa qué idioma y finalmente una pelea absurda por culpa de un conocido ya olvidado que se empeña en cobrar una deuda de la cual no tengo constancia y que por supuesto no aparece en mi registro. Las erosiones de memoria han creado esta caótica situación en la que morosos y acreedores se revuelven como lagartijas incapaces de encontrar el principio o el final de sus deudas. Después de un par de empujones y de un puñetazo al aire, mi amigo decide que no tiene la certeza suficiente y ante mi más que creíble desconocimiento del asunto, decide dejarme en paz y se marcha con un grupo de alegres vietnamitas que llevan ya mucho rato trabajándose una mesa llena de solitarias viudas danesas. Para celebrarlo, me pido una botella de champán, porque dos buenas ventas esta misma mañana me han dado un pasaporte a la frivolidad respaldado por un montón de pequeños billetes en los bolsillos. Y decían que la música disco había muerto, si no esta sonando *Love to love you baby*, de Donna Summer, que baje dios del cielo y me sierre las piernas.

Antes de cerrar los ojos, quién sabe si para siempre, reviso la fecha de hoy en mi agenda electrónica.

Ho Chi Minh. Doce de septiembre. Tercer año del nuevo milenio.

Están locas estas extrañas viejas francesas que dejan que los años les pasen por encima pensando en tiempos mejores y odiándose por ello. Como si envejecer fuese cuestión de principios. Visten de negro y bailan en las terrazas. Estamos en el continental y la mujer francesa me cuenta una historia que tiene por lo menos cien años. Una historia que este país ignora. Eso es lo que ella dice. Al parecer ya hemos trabajado juntos pero no hay manera de saberlo. Un americano que anda siempre por aquí con la camisa abierta como un telón del que fuera a salir un actor importante, saca a la mujer a bailar y bailan. Y bailan tan bien que por un momento todo el mundo se para a mirar, y yo me siento extrañamente orgulloso, tal vez porque cuando la canción termina la mujer vuelve a mi mesa y me sonríe y todos se dan perfecta cuenta de que ella esta conmigo.

Seguimos bebiendo en el salón del continental hasta que un estúpido agente de la secreta vietnamita se acerca a la mesa y me dice que ande con cuidado. Aunque sinceramente no sé de qué demonios me habla. Probablemente me confunde con un vendedor de pastillas, porque la mujer francesa y yo no hemos parado de tragar amarillas, que al fin y al cabo son las menos idiotas de todas las anfetaminas de última generación, manejables, rápidas, cortas, valientes y absurdas como bengalas.

Antes de que pueda explicarme, el agente salta a otra mesa para seguir molestando a los vendedores locales. Pero mi amiga ya se ha asustado, así que me propone una visita a su mansión para mañana y me promete mandarme a su chófer bien afeitado al mediodía para que podamos cerrar un acuerdo tranquilamente. Por supuesto accedo y al poco ella también se marcha, caminando por el centro de la pista de baile como una reina por las ruinas de un palacio. Una mujer elegante y seguramente un buen negocio.

Antes de acostarme paso por la piscina del rex. No hay nadie, así que nado desnudo. Después, en la habitación, me quedo un buen rato viendo las noticias. Resulta que un astronauta mejicano ha muerto en un simulador de vuelo. La noticia me fastidia de una manera que no puedo entender. Por supuesto tienen un vídeo de la cabina del simulador envuelta en llamas. Se ve salir al astronauta mejicano y se le ve arder en el suelo como una cerilla. Cuando por fin me duermo estoy seguro de soñar con el astronauta pero en vez de eso sueño con dos mujeres desnudas y un montón de animales extraños, cebras con cabeza de alce y diminutos elefantes que duermen al lado de un circo.

El hombre conduce un viejo coche ruso hacia las afueras de Ho Chi Minh. Las chicas salen de las fábricas con sus estupendos uniformes azules, sonriendo como niñas a la salida del colegio. Rodeados de bicicletas, avanzamos despacio camino de la carretera nacional. Puestos de comida a lo largo de todo el camino y una banda de música celebrando una fiesta caodaoísta, cruzando ruidosamente una de las nuevas gasolineras inglesas. Es absurdo el amor que esta gente le tiene a la música. Los caodaoístas se han recuperado de los tristes días de la guerra, han reunido más de tres millones de fieles en los últimos años y tienen un magnífico ejército escondido en la jungla, ganando terreno en el negocio del opio, porque los camboyanos han sido incapaces de manejar con talento una guerra civil que dura ya un siglo. Peor para ellos. Y hace una tarde preciosa y el tipo que conduce, un vietnamita gordo, cosa bastante rara por cierto, me dice que ya casi estamos. Una hora después llegamos al ferry que cruza el Mekong hacia Tien Li. En el ferry salgo del coche para ver el agua y respirar y saludar a los niños que cambian dulces por bolígrafos.

El conductor me pregunta qué me parece el rio, así que le digo muy honestamente que el Mekong es mi río favorito y el hombre se alegra como el dueño de una huerta.

No mucho después, en una de las antiguas plantaciones francesas, la mujer, mi cliente, me dice que ya ha olvidado todos los otros ríos pero que aún recuerda el Sena, así que hablamos del Sena un buen rato. De los puentes y de los paseos junto al agua y me doy cuenta rápidamente de que no hay nada más triste que hablar de un río que no puedes ver. Bebemos té y vino francés, pero apenas comemos nada. La mujer me invita a pasar la noche.

La mujer tiene cerca de sesenta y cuando se desnuda a mi lado, me siento como alguien que entra a rezar en una iglesia derrumbada. Su cuerpo podría haber estado bien hace dos décadas pero ya no hay manera de saberlo. Nos besamos desnudos pero no follamos. Cuando ella se duerme, cojo mi dinero y me marcho.

No sólo los ríos, todo, absolutamente todo, hay que olvidarlo.

Siempre hay algo que lleva a la gente a creerse afortunada. Mi amigo es un comerciante de Kyoto que subió al último vagón del último tren que salió de la estación de Kobe antes de que estallara la bomba de gas sarin, por eso cree que la vida le sonríe y hasta le llama por su nombre. Por supuesto hay un asunto desagradable relacionado con los prostíbulos infantiles del sudeste de Tailandia que está más que dispuesto a olvidar. Mi amigo dice que esos niños son demonios, que sus cuerpos son cuerpos de demonio y que sus ojos son ojos de demonio. Los niños bailan y beben y se arañan con cuchillas de afeitar y se besan y se mean encima unos a otros y mi amigo ya no sabe si no hubiese sido mejor dejar pasar el tren de la estación de Kobe, porque los niños locos de Tailandia le están arruinando y la vida se le va entre la música de las discotecas y los bailes absurdos de los chicos vestidos sólo con sus calzoncillos americanos cuando no totalmente desnudos. Mi amigo cree que ésta no es manera de vivir y puede que tenga razón, así que le doy su encargo y salgo del pequeño restaurante francés, junto al puerto, sin terminar de cenar, porque a veces las historias de los demás se amontonan en mi cabeza después de abandonar las suyas. La gente, con demasiada frecuencia, siente la necesidad de que las cosas no se pierdan del todo, como el que quiere deshacerse de algo pero no se atreve a quemarlo y lo deja en la calle para que otro lo recoja.

Así que me pongo a pasear tranquilamente por el bulevar Ham Nghi tratando de no recoger nada de lo que lo demás no quieren, pensando en los encargos de mañana, y notando a los vendedores de relojes que salen del mercado y bajan hasta el mar persiguiendo a los turistas. Los relojes dentro de sus maletas señalan todas las horas del mundo porque no hay dos que den la misma hora ni dos que tengan la misma fecha en el calendario.

La prensa local destaca el asunto de los tres empresarios rusos encontrados muertos en la habitación de un hotel de Hanoi en lo que se ha considerado un suicidio ritual. Tres hombres vestidos con traje de chaqueta sentados alrededor de una mesa

con las manos cogidas y las venas abiertas. No es el primer caso. Al parecer ciento cuarenta han muerto de manera parecida en lo que va de año. Todos hombres de negocios. Siempre en habitaciones de hotel.

Paso la noche invadido por la euforia de la química local, llamas blancas de Laos cargadas de pequeñas depresiones momentáneas. Enanos escondidos con puñales detrás de la carpa del circo y una chica alemana que al parecer conocí en Berlín me pregunta qué hago aquí y sinceramente no sé qué contestarle y luego nos vamos a beber tequila a la terraza del rex y bailamos alrededor de los osos de cartón y estamos tan borrachos que, a pesar de su santa paciencia, nuestros amigos vietnamitas no tienen más remedio que sacarnos del hotel a patadas, así que acabamos frente al río tomando vieja cocaína cortada a la puerta del hotel flotante, contando los aviones que aparecen y desaparecen entre la jungla como perros amaestrados.

Mónica, que es una buena chica alemana en viaje de negocios, me enseña las tetas y son dos buenas tetas y me jura que son suyas y luego me la chupa hasta que me corro dentro de su boca y ella se traga la mitad y el resto lo escupe y pide perdón como el que se deja sólo un poco de lo que han puesto en el plato. Después nos besamos mucho porque creo que siempre esta bien besar a una mujer que acaba de chupártela o a cualquier mujer en realidad o a cualquier hombre que pase contigo el tiempo suficiente.

Mónica me cuenta muchas cosas de Berlín, pero en general son cosas que no me importan. Me dice que la policía ha limpiado la estación del zoo como se limpia el suelo de la cocina después de un asesinato y que los turcos se han hecho fuertes en la vieja estación del norte y que desde allí han organizado la defensa armada contra los nuevos grupos de la vieja ultraderecha.

Berlín como tantas otras cosas es algo que conozco pero también algo que he olvidado.

Las bajadas y las subidas de la cocaína nos desconciertan porque no conseguimos encontrar el ritmo y para cuando voy a darle fuego ella ya no tiene un cigarrillo en la mano.

Mónica mete los pies en el río y la corriente es tan fuerte que tengo que sujetarla para que el río no se la lleve entera y dentro del río, en mitad del delta, hay una torre iluminada y dos helicópteros sobre la torre con las luces azules de los vuelos nocturnos encendidas y Mónica deja que el agua le quite un zapato y se lo lleve y un poco más de cocaína nos hace estar atentos por un momento y luego otra vez abatidos y despistados.

La gente de esta tierra le tiene al río, al agua de todos los ríos, una fe exagerada.

Y esta todo tan bonito. Los niños, las niñas, los puestos de bananas y de cerveza y la bahía de Halong con sus tres islas y sus millones de montañas hundidas en el mar como la cola de un dragón mal escondido, está todo tan bonito y en cambio no vale nada para nada.

Salgo del hotel tan contento, casi corriendo, casi cantando, y al rato en la calle el calor me supera y empiezo a sudar y me ahogo y tiemblo y finalmente me desplomo.

Me despierto en un puesto de la cruz roja junto a la playa, atendido por una enfermera vietnamita que se parece a una novia. No a cualquier novia sino a una en concreto A una chica que celebraba su boda vestida de azul en la terraza del hotel Huong Giam de Hué. Las novias vietnamitas no se casan de blanco, se casan de azul o de verde o de amarillo o como les da la gana. Y que más da si al final todos acaba y uno pasea y sube y baja y mira al cielo a ver si amaina, los niños sentados a la mesa obedientes como patos y los días esperando caer sobre ellos como asesinos en una cuneta. La madre esperando. El padre esperando. Nadie vuelve por el camino junto al río. El palacio de Hué en llamas, abrasado por los soldados franceses. Las bombas sin explotar en el salón de las casas, las bicicletas rotas en el garaje y los pianos abiertos en los salones de los barcos hundidos.

Y llueve y se hace tarde y toda la tristeza del mundo no cambia nada.

Me despierto en un puesto de la cruz roja junto a la playa atendido por una enfermera vietnamita que se parece a una novia. Me dice en inglés que acabo de sufrir una crisis epiléptica. La palabra epilepsia no me dice nada. Pero reconozco el dolor en la espalda, el fogonazo de luz negra y también la sensación de despertar en otro sitio, en otra vida. Probablemente siempre he sido epiléptico. No hay manera de saberlo. El puesto de la cruz roja no es más que una tienda de lona y la lona está abierta así que desde la camilla veo el mar y las montañas de Halong. Hay un escenario en la arena frente al mar rodeado de gente, y en el escenario, una chica muy pequeña cantando en japonés. La chica lleva un vestido mojado, todos están mojados. El público también y la arena. Le pregunto a la enfermera cuánto tiempo he estado inconsciente. No lo sabe seguro, tal vez más de diez minutos. Diez minutos tiempo más que suficiente para que el monzón inunde una ciudad y después desaparezca. La chica no lleva zapatos.

—Son las fiestas.

Al principio no sé de qué me está hablando. Se sale de un ataque de epilepsia como se sale de un accidente de coche. Todo lo normal se extraña y sólo se acepta lo extraordinario.

—Son las fiestas de Halong Bay. Vienen grupos de todo el país y también algunas

bandas japonesas de Okinawa.

Le pregunto a la enfermera si han encontrado una maleta. Me dice que no. Que ni siquiera llevaba pasaporte. Luego me dice que descanse.

También me dice que es domingo aunque yo no se lo he preguntado.

—Los domingos siempre viene mucha gente a la playa pero nunca pasa nada. Llevo aquí tres meses y usted es mi primer paciente. ¿Está usted de vacaciones?

—No lo sé. No lo creo. Tenía una maleta.

—Aquí nadie le ha quitado nada. Son todos gente honesta, pescadores. Los piratas están al otro lado de la bahía, más allá de las montañas. Los piratas ya no bajan por el puerto.

No sé si habla en serio. Le pregunto si habla en serio y dice que sí.

Luego le pregunto si está casada.

Y también dice que sí.

Al volver al hotel he encontrado la maleta junto a la cama.

La habitación helada, por supuesto. Por culpa del aire acondicionado, absurdo, de los trópicos. Cinco grados, menos aún, tan frío que una merluza se mantendría perfectamente fresca sobre el televisor durante seis o siete años.

Un nuevo mensaje de Krumper, el mismo texto.

VUELVE.

Nada más.

La imagen de una mujer vestida de amarillo con unas extrañas coletas recogidas en espiral se ha instalado en mi cabeza después del ataque con la arrogancia de alguien que ocupa un piso vacío. Puede que sea Tokio la ciudad detrás de la mujer, puede que sean las luces de Sinjultu.

También un mensaje de la compañía. Dos servicios sin cumplir en los últimos días. Dos ventas perdidas. Ninguna explicación. A la espera.

Les envío inmediatamente la respuesta e incluyo por supuesto el parte médico. No hay contestación inmediata. Ahora soy yo el que espera.

Sinjuku, en el Centro de Tokio, edificios iluminados y una mujer mirando hacia otro lado, no hacia mí sino detrás de mí.

Luego las luces de Sinjuku se van apagando.

Vienen entonces otras imágenes como un viejo televisor que al encenderse tarda un tiempo en volver a encontrar la forma de las cosas.

Las cosas ya tienen forma y la mujer por supuesto se ha ido.

Llueve fuerte y llueve poco, y para un lado y para el otro y verticalmente, con una

perfección absurda, en fin, que menos de abajo arriba, llueve de todas las maneras posibles. La compañía me ha obligado a un examen neurológico en profundidad. Al parecer los cuadros epilépticos se relacionan a menudo con el desvío de partidas para consumo propio. He dado negativo en los dos últimos controles, pero eso por supuesto no quiere decir nada. También están preocupados por mi salud, eso dicen. He leído la frase dos veces, como si estuviera escrita en sánscrito. La compañía sólo se preocupa por la compañía. Ya han perdido más de un agente con una partida importante. La compañía sólo quiere asegurarse de seguir abrasando la memoria en solitario. No quiere agentes libres cargados de química sacada de sus propias despensas.

El caso es que vuelvo a Bangkok para un examen neurológico en profundidad y han bloqueado el material y todos mis encargos hasta ver si estoy en condiciones. No estoy suspendido, sino aplazado. Soy un hombre aplazado andando por las calles de Bangkok con una cita en el bolsillo para dentro de tres días con una reputadísima neuróloga de la sección asiática de la compañía. Estupendo. Así que vámonos al cine y a beber y a bailar hasta que todo esto se aclare y me devuelvan mi maletín y me dejen en paz de una vez.

Por cierto, mensaje en el correo electrónico de un tal K. L. Krumper, del cual creo no haber oído hablar.

El mensaje dice:

VUELVE.

Y en efecto eso es todo lo que dice el mensaje.

Me doy un baño en la piscina cubierta del sofitel. Cuando estoy debajo del agua no pienso en nada. Si acaso un poco en el tal Krumper y su extraño mensaje. Cuando salgo, a través de la bóveda transparente, veo pasar los botes por el río. Las larguísimas lanchas y las motos acuáticas y diez o doce helicópteros. Un tipo a mi lado, un holandés inmenso que se llama algo así como Gliuvan, me cuenta que aún recuerda cuando Bangkok sólo levantaba un palmo del suelo, antes del monorraíl y antes de las seis autovías aéreas, antes de los centros comerciales atravesados por pasadizos de cristal, antes incluso del aire acondicionado.

Me cuenta todo esto sin pena ninguna, luego se tira al agua y nada hasta un lado y luego de vuelta y otra vez más, hasta que sale resoplando y coge su kimono y me dice adiós con la mano y se larga.

Yo me quedo pensando en lo raro que es encontrar a alguien que aún recuerde tanto.

El segundo día de espera lo paso entre el cine y el thai boxing. Me levanto tarde, porque ayer al final entre unas cosas y otras no pude dormir bien y estuve bebiendo en Sukumit hasta que un bailarín filipino se empeñó en cortarme el dedo índice con unas tijeras de podar. En fin, algunas noches son peores que otras. Ningún mensaje en el correo electrónico. Ni Krumper, ni la compañía, ni nada. Así que me largo del hotel y me meto en un multiplex y primero me veo *Silver Surfer, the movie* y luego una muy mala de gente hospitalizada que llora, una americana de esas que hacen para ver si les dan un óscar y hay un actor famosísimo que no recuerdo haber visto nunca que hace de anciano de setenta años pero que en realidad sólo tiene diecinueve. A las estrellas de Hollywood les encanta enfrentarse a estos retos imposibles pero luego son muy pocos los que consiguen atarse los zapatos y decir una línea sencilla como «póngame usted otra cerveza» sin que suene a cuento. Aguanto media hora, Luego me salgo, compro una cerveza en la calle, la escondo en una bolsa de papel, me vuelvo a meter en *Silver Surfer, the movie* y me la veo entera otra vez. Buenísima. Siver Surfer vaga por el espacio y lo pasa fatal y está triste como un demonio, pero si vas a tocarle los cojones te lanza un rayo y te saca de la galaxia. Cuando salgo ya son las tres, así que me cojo un tuc tuc y me largo a Ratchadamnoen para pillar la primera pelea.

Las mejores peleas son las del jueves en Ratchadamnoen, eso lo sabe todo el mundo, así que, cuando llego, el estadio esta lleno hasta la bola. Compro un programa en la puerta y cojo un asiento de ring. Las sillas de ring son diez veces más caras pero las buenas apuestas están siempre a este lado de valla metálica. Fuera están la chusma y los turistas. Chusma es una palabra absurda, lo sé, una expresión de la guerra de los bóers, una expresión que sólo utiliza un holandés al otro lado de un fusil de caza pero, en fin, empieza la pelea. Apuesto 100 baths a un luchador pequeño pero en forma o muy musculado. Un buen potro. Los luchadores de thai se mueven como potros. Levantan la rodilla y bajan la cabeza como caballos jerezanos. Mi amigo pasa algunos apuros que hacen que empiece a calentarse el ambiente, pero al final del último asalto pone en la lona al otro chico con un barrido. El chico se levanta, pero ya ha recibido tanto que vuelve a caer enseguida con un golpe de rodilla en los riñones. Aún estoy contando mi dinero cuando salen los de la segunda. Dos desconocidos, apuesto a uno de ellos, al más feo, y pierdo. La tercera no me gusta, hay un luchador que viene inflado, protegido por un antiguo policía de Liverpool que se está forrando entrenando luchadores y amañando peleas. No me gusta el juego sucio así que me acerco al bar a por una cerveza. La gente grita entusiasmada cuando el pupilo del inglés manda al otro pobre al suelo pero es una película que ya he visto. Gano en la cuarta y en la quinta, pierdo en la sexta y vuelvo a ganar en la última. Mi hombre se la lleva por decisión de los jueces. Por supuesto hay mucha gente que no está de

acuerdo pero eso pasa siempre Recojo mi dinero y me largo. Mi apostadora habitual no está nada contenta. Creo que hacía mucho que no pillaba una racha tan buena. Aunque no hay manera de saberlo.

—Creí que eras un hombre sin suerte.

Eso es lo que me dice mi apostadora, una vieja consumida por el ambiente negro del thai boxing.

—La suerte no tiene nada que ver. Sólo hay que mirarles a los ojos.

Si esto es todo lo que hay, mejor seguimos bailando.

Siempre hay limusinas esperando a los ganadores, a la salida del estadio. Me subo en un Daewoo blanco tan largo que el conductor ya estará allí cuando yo aún esté llegando.

El conductor me pregunta si me gusta la música. Luego pone la radio y suena una canción de Cole Porter.

Si esto es todo lo que hay, mejor seguimos bailando.

Al pasar cerca del mercado de Mehuang, junto a la red de canales, veo a un hombre sentado en el suelo quemando una carta.

Por alguna razón me temo que aun después de abrasar la memoria, ésa, precisamente ésa, será la imagen indestructible. La que esté más cerca de la última.

El resto del camino es tan absurdo como subir a la noria a un niño muerto.

Bebo champán francés dentro del coche, Sigo escuchando las canciones, estiro las piernas y piso las flores. Mi amigo el conductor me pide muy educadamente que no le joda la decoración. Esta gente se toma muy en serio las flores y hace bien. En Bangkok las limusinas van siempre llenas de flores, todo en Bangkok está lleno de flores en realidad y por supuesto eso no mejora nada.

El coche larguísimo me deja en Sukumit y luego poco a poco desaparece.

Las chicas bailan canciones de moda sobre las pasarelas de plástico. Me bebo una cerveza alemana y luego una japonesa y la verdad es que no noto ninguna diferencia. Un amigo local, al que no había visto nunca antes me vende dos GPG. Pequeños momentos de arrebato. Euforia de lata. No son alemanes ni mucho menos. No se pilla química alemana en la calle. Me bebo una ampolla en el baño y salgo bien. No muy bien, sólo bien. Química casera vietnamita, lo que nosotros llamamos «cestería». Cuando digo nosotros me refiero a los agentes químicos autorizados. Legales. Así es como nos llaman en la calle. Dios sabe que abrasaremos la tierra con diez o doce papeles sellados y un millón de reglas que la compañía ignora con auténtica vehemencia.

Una chica camboyana me dice un montón de cosas que no entiendo. Luego insiste en llevarme a uno de los karaokes privados pero como no quiero morir de pena, le pido a su mama Sam permiso para llevármela al hotel. Mama Sam es la vieja puta

que controla el negocio de las chicas. Mama Sam acepta a cambio de un ajuste en el precio. La chica coge un extraño abrigo de pelo dorado y se despide de sus amigas como si se fuera de vacaciones a la playa, yo también me despido de todo el mundo, sonriendo y agitando las mano como un torero estúpido.

Hay más luces en la calle Sukumit que en muchas ciudades austríacas, aun y así, detrás de la alegría barata del GPG veo un millón de nubes negras.

En el tuc tuc de vuelta me bebo la segunda ampolla. Me encojo en mi asiento esperando la subida. Avanzamos despacio rodeados de ciclós, de esas pequeñas motos ruidosas y molestas, de coches, de helicópteros, de niñas y niños que no duermen nunca. La chica y yo, solos, juntos, perfectamente tristes.

La chica Se llama Lin Tho. Cuando pasa el monorraíl sólo se oye el ruido de los puentes, temblando, después, al momento, vuelve a oírse todo lo demás.

Lin Tho no habla mucho. Tampoco tiene por qué. El entusiasmo se reserva para el amor. Lin Tho tendrá a su chico en la jungla. Es el amor lo que cuenta, lo demás no es nada. Aun y así, cuando llegamos al hotel, con el GPG tomando las decisiones, follamos. Lin Tho es guapa y tiene un cuello estupendo, pero su cabeza está en Camboya, abrazada un soldado de la guerra del opio.

La mitad de las chicas camboyanas del Pat Pong y Sukumit follan con los imbéciles para sacar a sus chicos de la cárcel. Los señores de la guerra venden a sus presos para seguir pagando las joyas de los arsenales japoneses. En fin, que en cuanto Lin Tho sale del cuarto, me pongo a llorar. No porque quiera, sino porque el GPG vietnamita es una mierda sin la bajada limada. La química casera es como una silla de bricolaje, se divierte más el que la hace que el que se sienta en ella. Todo es tan triste por un momento como un circo con los trapecistas ahorcados. Luego, milagrosamente para tratarse de cestería, la pena desaparece de golpe. Bravo por los aficionados de Saigón. Pensé que sería peor. Me quedan aún seis horas para el control neurológico.

Me duermo enseguida a pesar del ruido de los helicópteros.

Hay una mujer que debes de ser tú. De pie, con una máquina de fotos colgada del cuello, extraordinariamente delgada. Llevas botas de goma y una falda larga de príncipe de Gales y una camiseta negra ajustada y estás sonriendo aunque sonreír no parece lo apropiado. No sé por qué. Detrás de ti está el lago o a lo mejor un mar muy muy tranquilo. En una mano sujetas una vara de junco. Lo que me hace pensar en un viaje por el río. Malasia o Vietnam. La otra mano, la que no sujeta nada, está cerrada con fuerza, como un puño que tiene algo escondido dentro, algo que no puede dejarse caer. Hay una distancia infinita entre el puño y tu sonrisa. Un cuerpo vencido por la anarquía.

Cuando hablan de ti, no sé de qué hablan.

Estoy mirando el techo del Wat Pho, el más grande y el más antiguo de los templos de Bangkok, cerca del buda tumbado. Las inmensas paredes blancas y el techo de madera encierran, o al menos eso cuentan, toda la sabiduría y la tradición de la medicina thai y por supuesto las manos de los mejores masajistas de esta parte del mundo y aunque fuera, los atascos y el humo asustan a los niños de uniforme a la salida del colegio, aquí el tiempo se detiene y te corre por la espalda como un millón de arañas contentas.

Después del baño, las viejas masajistas te restriegan de arriba abajo con ramas de brezo hasta que la piel pierde la memoria y es otra piel nueva la que ocupa su sitio con la promesa y la alegría del que, sin saber bien cómo ni por qué, espera tiempos mejores.

Muy buenas tardes, dice la hermana de Feunang, que está tumbada sobre una mesa de roble, desnuda, muy cerca de mi mesa de roble y, por un momento, no sé quién es ni por qué me habla, pero enseguida ella dice: Soy la hermana de Feunang, y luego, una vez fuera, a la puerta del templo, los dos vestidos, por supuesto, y el sol tumbando los dragones de la puerta de la ciudad prohibida porque ya es de noche, me dice:

—Feunang ha muerto.

En su habitación de las Gem Towers, encima de la ciudad entera, me cuenta que Feunang decidió quitarse la vida con una infusión de opio exagerada antes que olvidar el recuerdo de su madre muerta, porque el valor de Feunang ante el olvido era menor que el valor de Feunang ante el dolor del recuerdo o el dolor de la muerte.

La habitación de la hermana de Feunang es también blanca y grande y desde su ventana se ve el río y al otro lado del río los aviones y detrás de los aviones la jungla de Birmania. La hermana de Feunang viste aún de luto y es guapa y me ofrece sake y noches-lentas, que son los mejores derivados de morfina de Asia y después por supuesto follamos.

No hay nada tan bueno como follar con una mujer triste y es por eso y que dios me perdone que las viudas y la madres y las hermanas de los muertos son siempre, con diferencia, los mejores polvos.

La hermana de Feunang se sienta entonces en la cama, desnuda, y me dice que su madre vive aún dentro del programa de reencarnación creado por Feunang.

—No le queda mucho. Sin el registro del iris de mi hermano, el programa entero se consumirá en menos de dos semanas.

Por supuesto le pregunto si ella sabe que su hijo ha muerto.

—Sí, sí que lo sabe y no entiende por qué ha renacido para ver morir a su hijo y se pregunta también si no era mejor la otra muerte, la primera, la muerte que le alcanzó sabiendo al menos que los suyos se quedaban aquí, destrozados pero enteros.

Cuando la madre de Feunang nos llama desde el salón, ella me cuenta que su

madre, como todas las madres, duerme poco y con el sueño ligero de los cazadores y que como todas las madres, por silencioso que uno sea, siempre sabe cuándo hay extraños en casa.

Ella se viste con una bata blanca de seda, una bata de Milán, y no es que yo sepa tanto de batas sino que ella misma me lo dice. Yo me pongo los pantalones y después los dos salimos al salón, que esta oscuro, iluminado sólo por la luz azul del monitor.

La madre de Feunang me saluda y me sonríe y me recuerda, porque la memoria de los programas reencarnación es tan buena como la memoria de sus dueños y la memoria de la madre muerta de Feunang era, según parece, prodigiosa.

Lo recuerdo a usted y recuerdo sus esfuerzos por librar a mi hijo de mi propio recuerdo. Y no sabe usted cuánto me duele que mi pobre Feunang no llegara nunca a utilizar la magnífica química que usted vino a traerle.

—Buenas noches, señora. Sepa usted que yo también lo siento.

Así que nos sentamos a su lado. Al lado de la madre de Feunang. Tan cerca del monitor que puedo ver sus ojos como no los había visto antes y en sus ojos está la pena de una mujer que ha vuelto de la muerte para ver algo que no quería ver, para tener una vida que ahora ya a nadie le importa.

La hermana de Feunang no mira al monitor como Feunang lo miraba y eso es algo que las dos mujeres saben.

—Ella nunca me quiso de vuelta. Me quiso mientras estuve aquí, pero luego no. Ella nunca habla conmigo, sólo espera que el tiempo pase y que desaparezca para siempre y no hay manera humana de culparla. Un programa reencarnación sabe lo que es y aun así no puede evitar sentir lo que siente, la muerte de mi hijo acaba conmigo para siempre y así debe ser. No crea usted que me importa. Aprendí a esperar la muerte una vez y eso me ayuda a esperar ahora. Es el dolor por la muerte de Feunang el que ocupa todo mi tiempo estos últimos días, porque ése es un dolor que no conocía.

La madre de Feunang habla sólo conmigo porque sabe que su hija no la escucha.

La hermana de Feunang mira al monitor como el que mira un álbum de fotos, como el que no ve nada más que la memoria intacta del pasado.

—Ahora que está usted aquí me gustaría que se asegurara de que ella olvide todo esto. Todas las muertes y también esta reencarnación absurda. Es lo único que me queda, mi única hija, y aunque ella no lo crea, aún aquí dentro, sigo siendo su madre.

La hermana de Feunang sale de la habitación.

La imagen en el monitor la ve marcharse y después me ve a mí sentado frente a ella y luego mira hacia la ventana como si pudiera ver Bangkok al otro lado y yo me pregunto si en realidad puede verlo y ella enseguida me dice que no. Que no puede. Que no ve nada más que el cristal de la ventana.

—No puedo ver Bangkok desde aquí, no puedo ver la ciudad que es ahora, sólo

puedo recordar la ciudad que era antes.

Después me pregunta si voy a quedarme mucho tiempo y lo pregunta con la molesta cortesía de un guía turístico.

—No señora, no mucho.

—Aproveche el tiempo entonces —dice la madre de Feunang y después cierra los ojos, así que le pregunto si está cansada y ella dice que sí y luego, como una perfecta anfitriona viva, me dice que coma un poco antes de irme, porque los chicos ahora apenas comen nada y también dice: Cuide usted de ella mientras esté aquí y luego por favor márchese sin hacer ruido.

Después la madre de Feunang se duerme porque es tarde y al salir del salón, la hermana de Feunang me acompaña hasta el ascensor y cuando el ascensor llega, se despide con la mano, sin desearme buena suerte ni nada.

Se acabó el buen tiempo. El monzón aplasta Bangkok y difícilmente se puede respirar sin una bombona, así que, contra mi costumbre, me compro una de dos horas en el world trade center de wireless road. Bangkok se ha convertido en un mall. Asia entera es un centro comercial gigante con la nerviosa vida de los ríos girando alrededor. Sólo el agua salva a Asia de la derrota definitiva. Y el calor y los mosquitos. A la mierda con todo. No hay donde poner los pies. A las barricadas.

La vida es un mall que sólo cierra una vez y para siempre.

A las siete llegan los resultados de mi análisis.

Positivo por supuesto y por supuesto suspendido.

Me he sentado a cenar junto a la ciudad sagrada. Cerca del buda que no puede verse con una sola mirada.

Al volver al hotel, el agente encargado del material ya está en la habitación, esperando.

Es un occidental. Probablemente sueco o danés, definitivamente escandinavo.

Sonriente, eso sí. Los escandinavos tienen la manía de sonreír solamente cuando no tiene ningún sentido hacerlo.

—El material ya ha sido retirado, el registro también.

—¿Qué pasa con los pedidos pendientes?

—Ya tenemos a alguien en la zona. Tranquilízate y descansa. Si sigues así vas a batir un récord de suspensiones.

—Creo que ésta es la primera.

—Siempre es la primera.

No me gusta estar dentro de mi habitación con alguien a quien no he invitado, así que saco mis cosas y llamo a un taxi.

—¿Adónde vas?

—Al aeropuerto.

—¿Y después?

—No lo sé. Donde vayan los aviones. Lo siento pero no me gusta tu trabajo y si no me gusta tu trabajo, lo más probable es que tampoco me gustes tú.

—No te preocupes a mí tampoco me gusta el tuyo. Estuve en química tres años, Europa del Este, luego pedí el traslado a gestión.

—Nadie pide el traslado a gestión.

—Yo sí.

—¿Por qué?

—No lo sé, Supongo que le tengo cariño a la memoria.

La compañía debe de estar definitivamente en manos de un imbécil. No se contrata judíos en una fábrica de salchichas.

—¿Cuánto me queda?

—Has fallado demasiados controles y la jodiste en Arizona, por otro lado has trabajado mucho, te mueves deprisa y conoces la zona, además hay que tener en cuenta que nadie se mata por venir a Indochina, así que están dispuestos a darte una o dos oportunidades más. Sólo es información de pasillo. Pero ya sabes cómo es esto.

Por supuesto, todos sabemos cómo es esto: La puerta dice lo que el pasillo sabe.

La puerta es como los agentes llamamos al grupo de mando. Cuando la puerta se abre, la decisión ya está en la calle. Si alguien te comenta que estás muerto en el pasillo puedes buscarte otro empleo, porque la puerta saldrá con una suspensión en menos de una semana. El pasillo es tan seguro como una carrera de caballos con un solo caballo.

—Entonces sigo vivo en el pasillo.

—Entonces parece que sí.

Cuando salgo de la habitación mi amigo danés se queda sentado en la cama con su tremenda sonrisa colgada de la cara, como un ratón muerto en la boca de un gato.

Y dicen las canciones que después de la lluvia viene el sol y luego la lluvia. Mentira. Después de la lluvia sigue la lluvia y en el monorraíl camino del aeropuerto sólo puedo pensar en el tiempo vacío que me queda por delante y en la extraña lista de suspensiones que se me atribuyen y en el estúpido agente danés y en su estúpido amor por la memoria.

Cuando uno barre las hojas muertas del jardín, es el jardín lo que importa.

Y hace tanto calor que uno juraría que es agosto pero es noviembre. La habitación tiene el suelo de madera y las paredes empapeladas. Empapeladas de arriba abajo. Papel azul y verde. Rayas gruesas azules y rayas finas verdes. Nada nuevo. El hotel está literalmente construido sobre el agua del lago grande de Hanoi. La piscina se sujeta a dos metros de la superficie del lago. Agua sobre el agua. Un hotel absurdamente racional. La clase de futuro que se imaginaba el pasado. Ese futuro

perfecto que nunca acaba de llegar. Todo el mundo me conoce. He estado por aquí antes y sin embargo no hay nada que resulte familiar. Tampoco nada sorprendente. En la piscina sólo hay cinco japoneses sentados en una hilera de hamacas blancas debajo de palmeras artificiales. Hombres de negocios. Por supuesto suena esa música insignificante que suena por todas partes, aviones, ascensores, salas de espera. Una música que parece imaginada.

Los días son a veces tan tristes que sencillamente no merece la pena. No merece la pena correr, ni esperar, ni vigilar. Días tan tristes que no se merecen ni un esfuerzo, ni el más pequeño movimiento. Los días así hay que dejarlos correr, como los trenes nocturnos. A pesar de todo, me lanzo de cabeza a la piscina y nado un buen rato y cada vez que saco la cabeza para tomar aire, veo cinco japoneses y dos palmeras, una a cada lado de la piscina, y el agua gris del lago y el cielo oscuro sobre el lago.

Cuando salgo, un camarero me ofrece una copa y acepto un tequila y luego me siento a esperar en mi hamaca, allí otro lado de la piscina, justo enfrente de mis cinco japoneses. Me bebo mi tequila mientras ellos se beben sus extraños combinados. Cinco contra uno.

Sea cual sea el juego, en este momento me parece un juego imposible de ganar.

Tu madre reparte las cartas en una sala privada junto al comedor. No puedo verla pero sé que está ahí. Veo salir jugadores abatidos durante la cena. Todos japoneses. No los mismos de la piscina, otros distintos. No es extraño, Hanoi está lleno de japoneses en viaje de negocios. Uno de ellos, un hombre mayor vencido por una mala suerte anterior a ésta, me dice que esta jugando fuerte, tu madre, y que está ganando.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Ella siempre gana.

—¿Usted no juega?

—No sé.

—¿No sabe jugar?

—No sé perder.

El hombre se sienta a mi lado. Primero pregunta:

—¿Puedo?

Yo no respondo y luego él decide por su cuenta y se sienta a mi lado.

—Es una mujer terrible.

—Eso también lo sé.

—¿La conoce usted mucho?

—Creo que sí, pero no sé bien por qué.

El hombre pide una cerveza para él y otra para mí. Durante un rato bebemos en silencio. El comedor se va quedando vacío y mi amigo japonés y yo seguimos con la cerveza, una detrás de otra, hasta que son tantas que son muchas. Entonces él dice

algo en japonés. Algo que no entiendo.

—Perdóneme usted pero no hablo japonés.

—Tengo que llamar a mi mujer pero esa buena señora me ha ganado el teléfono celular con dobles parejas. ¿Puedo utilizar el suyo?

—Lo siento pero no me gustan esas cosas.

—Mi mujer me quiere, por increíble que parezca.

—Eso está muy bien.

—Estos hoteles son peligrosos. La decoración es tan normal y al mismo tiempo tan extraña que, llegado el momento, el suicidio parece la única solución natural.

Después el hombre se levanta y se va, no sin antes darme las buenas noches.

—Buenas noches, amigo. No juegue usted con ella.

—Descuide.

Por la mañana. Nada más despertarme ya sé que ese hombre ha muerto. El chico que trae el desayuno me dice que han encontrado el cuerpo sin vida dentro de la bañera.

El cuerpo sin vida me parece la manera perfecta de describirnos a todos nosotros.

Llegan los días vacíos. Los días de estar solo, sin ninguna ocupación, sentado en las plazas, mirando a los barberos y a los adivinos, a los masajistas y a las parejas paseando en ciclomotores. Llegan días como éstos y no hay nada que uno pueda hacer con ellos. Se amontonan sin remedio. A dejar entonces que pasen estos días y luego otros, hasta recuperar la actividad, los registros, los pedidos, las visitas, los encuentros, el trabajo.

Primero me digo:

Ahora el trabajo lo es todo.

Y enseguida:

No es suficiente.

Y he vuelto a Ho Chi Minh porque volver es como taparse los ojos con la manta, algo que no cambia nada pero que, al mismo tiempo, reconforta. Y para el que vive ya para siempre en el extranjero, no queda más remedio que volver a lugares extraños. Saigón, para el caso, es un lugar tan extraño como cualquier otro.

Así que estoy en la terraza del rex saludando a algunos desconocidos cuando el camarero me trae un combinado imposible, una de esas bebidas de colores con chispas y sombrillas a las que son tan aficionados en estas tierras y por supuesto la rechazo, porque, sea lo que sea lo que me ha pasado, estoy seguro de que nunca fui un hombre capaz de beberme esas cosas. Pero resulta que invita la casa y no hay peor desprecio que rechazar un regalo, así que me callo y me lo bebo, aunque al tiempo

me pido, eso sí, una cerveza. Son las ocho y la terraza del rex ya está encendida, lo que quiere decir cientos de bombillas de colores formando arpas y sirenas y la corona gigante que domina la fachada girando en todo su esplendor, comprendo que es una expresión estúpida, pero no veo otra manera de decirlo, y todos los animales de cartón piedra: elefantes, ciervos, tiburones, osos, serpientes, mostrando su mejor cara al turista y al profesional. Hasta hace nada me incluía en esta segunda categoría, ahora, suspendido al parecer por enésima vez, no sé muy bien dónde ponerme. En fin, bienvenido a Saigón en cualquier caso y que la mala suerte que me sigue se descuelgue de una vez, desconcertada, en uno de estos giros absurdos que suele dar la vida y que definitivamente acompañan a cada quema de memoria.

¿Otra cerveza?

El camarero me mira a los ojos como si tratara de darme a entender algo que al principio se me escapa pero que enseguida recojo como un papel que se cae del bolsillo y termina siendo una entrada para el fútbol.

Pasan las horas, dos, tres y cuatro, hasta que dan las doce v cambian el turno en la terraza y el precioso camarero vietnamita, un chico de unos veinte, delgado, elegante, seco, lo cual ya es raro en este país mal ganado al agua, el precioso camarero, digo, y yo nos vamos juntos hasta mi habitación y lo hacemos, debajo de las luces desconcertantes de la corona giratoria del rex, no porque me muera por tirármelo, sino porque al parecer era un compromiso previo evidentemente ya olvidado y porque desde el final del virus, la gente, aquí y allí y en todas partes, se muere por follar, atropelladamente, para recuperar supongo todos aquellos años de ridícula abstinencia.

Por la mañana vuelvo a estar solo.

Y son más de las doce del mediodía en Ho Chi Minh y hay un atasco de bicicletas debajo de mi ventana y suenan los timbres, y los adivinos y los masajistas no dan abasto en la calle Catinat y la revolución ya está olvidada, como todo lo demás, a pesar de las cámaras de vídeo y de su estúpida manera de archivar los gestos más insignificantes, los paisajes más vulgares, los días más absurdos. Y es siempre tan triste estar tan solo.

Paso la tarde en la piscina y al décimo o decimotercer largo, nadando con auténtica vehemencia, me doy cuenta de que esta última suspensión, que creí la primera, pero que por supuesto no lo es, me ha convertido en un hombre anfibio, en un tipo siempre sumergido frente a hileras de japoneses tumbados sobre hileras de hamacas bajo sombrillas de colores.

En el vestuario de la piscina del rex, que por cierto está también en la terraza, un vendedor local, desnudo, con el bañador en la mano, me ofrece tres cápsulas de TT y, por supuesto, se las compro, porque es todo tan triste y porque creo que hacía mucho

que no pillaba TT en Asia. Por alguna extraña razón algunas drogas viajan mejor que otras. El TT no es más que un relajante suavemente eufórico muy parecido al pondinil, que es perfectamente legal, pero un poco más emocionante, no sólo por estar en la lista negra sino porque viene provisto de unas suaves caricias en los huesos propias de los derivados de las anfetaminas trabajados con el reposo suficiente. Inocente terciopelo para pasar la tarde. Y un paseo en barca por el delta mirando los cargueros subir y bajar y las barcazas de cristal llenas de turistas americanos y los niños de la orilla tirando monedas al río y rezando deseos en voz baja.

Suspendido y solo. Entregado a la corta euforia del TT como un adolescente europeo en un viaje de fin de curso.

Definitivamente hay drogas para hombres y hay drogas para niños y la industria química está haciéndolo todo al revés y al mismo tiempo está consiguiendo que cada día, de la manera más extraña, sea otra vez el día que estaba escrito. Como una bruja que miente y en cambio acierta, siempre, por torcido que sea el destino, porque una sensación, más que un acontecimiento o una idea, es absolutamente inapelable. Supongo entonces que todas estas sensaciones enlatadas, pero no por eso menos reales, serán siempre el destino de todos nosotros, aunque también puede ser que el TT esté desviado, porque éstos y no otros son los pensamientos absurdos y certeros de los derivados. Lo que en los laboratorios llaman la sombra de las patas de araña. Los perfiles que al final marcan un compuesto tanto o más que el efecto primario. Las pequeñas espinas de la felicidad química.

Al cerrar los ojos, veo un tifón al otro lado de la ventana y luego a una mujer sentada a la mesa, pero en la mesa no hay nada. Tiene las manos cruzadas, tan seria que resulta graciosa. La actitud de alguien que de un momento a otro va a decir: Tenemos que hablar.

Estoy en uno de esos bares de Dong Khoi, en el centro de Ho Chi Minh. Son las diez de la noche. Al otro lado de la ventana no hay nada. Los TT de la noche anterior han traído toda esta pena barata que he tratado de aliviar con un poco de hierba, un lexatin y seis cervezas. Un avión se ha estrellado contra un zoológico a las afueras de Lima, Perú. Lo he visto en el telediario. Los leones se han comido casi todos los cadáveres.

Hay un hombre sentado al fondo del bar con un cuchillo en la mano. Un cuchillo de caza, uno de esos grandes que se utilizan para despellejar jabalíes. Supongo que se utilizan para eso, tampoco soy un experto. Un cuchillo impresionante en cualquier caso. A su lado hay una mujer de unos cincuenta con un cuerpo veinte años más joven. Un cuerpo impresionante. No hay mucha más gente en el bar. Dos vietnamitas

vestidos con traje y corbata y un hindú grande como un saco grande de cemento. El hombre del cuchillo tiene el cuchillo clavado en la mesa. Cuando se da cuenta de que estoy mirando, levanta la mano y saluda. Luego llama al camarero. El camarero se acerca y entonces él le dice algo al oído. Después el camarero vuelve a la barra.

—El caballero quiere invitarle a usted a una copa de champán.

Acepto la copa y después por supuesto me voy hasta su mesa para darle las gracias.

—Siéntese, amigo mío.

Me siento frente al hombre, la mujer y el cuchillo.

—¿Está usted solo?

—Sí.

—Lo siento. Éste es un mal sitio para estar solo. Todos lo son en realidad. Mi mujer estaba diciéndome que si tuviera que follarse a alguien en este bar empezaría con usted.

—Gracias.

—Somos del sur, ¿sabe?, no de este sur, del sur de Estados Unidos. Buena gente. Yo soy un pastor de la iglesia de los cumplidores de promesas. ¿Ha oído hablar usted de nosotros?

—Sí, creo que sí, en Arizona probablemente, aunque no hay manera de estar seguro.

—Mantenemos nuestras promesas y eso es más de lo que se puede decir de los demás hoy en día.

La mujer me sonríe. Lleva un vestido pequeño y tiene las tetas muy grandes.

—Primero he pensado en follarme al hindú, pero creo que hace demasiado calor para manejar tanta carne. Así que luego he pensado en usted.

—Se lo agradezco.

—Podemos subir a nuestro hotel, está al final de la calle. Mi marido nos esperará aquí.

Por supuesto, acepto. La mujer se levanta y yo me levanto también y cruzamos el bar y luego la calle.

El hombre sigue bebiendo champán y mirando su cuchillo.

La habitación del hotel es amarilla. Las paredes, la moqueta, la colcha sobre la cama, todo amarillo. La mujer me dice que me la saque y luego me dice que me la toque y mientras lo hago ella se mete la mano en las bragas y se toca hasta que, pasado un buen rato, se corre. Mirar cómo se corre una mujer es como mirar un tren eléctrico, no hay nada que hacer, pero es divertido. Luego se quita la ropa, se pone a cuatro patas sobre la cama y me dice que se la meta y yo por supuesto se la meto. Una mujer como ésta es seguramente el resultado de un montón de magníficas operaciones de cirugía plástica, pero eso no cambia nada. Un cuerpo que lucha es

siempre mejor que un cuerpo vencido.

Grita muchísimo. De una manera exagerada que da un poco de vergüenza. Mi polla, que no es demasiado grande o al menos no tan grande como haría falta, entra y sale, se escurre y se cae, baila dentro de ella como un bebé dentro de una piscina hinchable.

Cuando volvemos al bar, el hombre sigue sentado en el mismo sitio. Los vietnamitas y el hindú grande ya no están. En su lugar hay otra gente. Turistas y vendedores de relojes, también una niña de diez o doce años bailando junto a la máquina de vídeos.

Acompaño a la mujer hasta la mesa pero no me siento.

—Cumplidores de promesas. Nuestra memoria es sagrada. No se puede cumplir lo que no se recuerda. Con este mismo cuchillo he matado ya a tres de esos asesinos de memoria.

Había oído hablar de esta gente en Bangkok y puede que antes. Asesinos de asesinos de memoria. *Promises keepers.* Cumplidores de promesas, paletos de la América blanca. No sabía que hubieran llegado tan lejos.

—Agarré a un escandinavo en el aeropuerto de Bangkok con una maleta llena.

—¿Llena de qué?

—No lo sé, no hay manera de abrir esos trastos sin el código. Pero llevaba un buen montón de registros en su agenda electrónica. ¿Qué tal ha estado ahí arriba?

La mujer le dice que ha estado bien, aunque lo dice sin mucho entusiasmo. No me siento dolido ni nada por el estilo. La mujer dice también que le he pegado, lo cual no es cierto. El tipo parece satisfecho.

—Ahora, si no le importa, prefiero que se marche. Tengo que hablar con mi mujer.

Me voy encantado y mientras me voy, me fijo en cómo se miran. El hombre del cuchillo y su mujer. Los violento cumplidores de promesas.

Él la mira a ella, como un hombre asomado a un pozo y ella le mira a él, como alguien que se cayó a un pozo y ya lo daba todo por perdido.

El amor es un millón de enfermedades distintas.

Así que salgo del bar camino de mi hotel, los helicópteros pasan rozando las antenas. El cielo está negro. Hace calor y es tarde. El pobre escandinavo está muerto y mi maleta me ha seguido hasta aquí de la manera más extraña. Tal vez aún pueda seguir en el negocio, después de todo.

He pasado la mañana en la playa, detrás del mercado de Can Gio. No es una buena playa, pero no hay nada mejo cerca de Saigón. El agua esta limpia y en un día claro pueden verse las colinas de la península de Vung Tau. Por supuesto no era un día claro, así que lo único que se veía eran las viejas plataformas de Vietsovpetro.

Plataformas petrolíferas rusas olvidadas hace años. Los rusos se lo dejaron todo olvidado como quien se deja los guantes en un café. Con la misma elegancia. Una niña que vende piñas me ha contado que los americanos están pensando en ponerlas de nuevo en marcha, aunque ella personalmente no cree que quede petróleo en esta zona. No lo dice por decir, lo dice porque lleva tiempo recogiendo conchas en la playa. He escuchado su análisis atentamente. También le he comprado una piña.

La niña se ha quedado un rato a mi lado. Preparando la piña. La cortan en pequeños pedazos. Con rápidos cortes oblicuos. Luego te la dan cogida por las hojas. Era una niña muy guapa y muy buena con el cuchillo. Me ha parecido que ambas cosas iban bien juntas.

Creo que me he quedado dormido en la arena. Me ha despertado un avión. El ruido de un avión. Por supuesto me he sentido culpable. Inmediatamente. Porque uno siempre se siente culpable cuando se queda dormido y al despertarse de golpe hace como si no fuera cierto. Como si alguien dijera:

¿Te has dormido?,

y uno, sin pensar, lo negara.

Por supuesto alrededor no había nadie.

Por la noche, más tarde de las dos, estoy bailando con una chica vietnamita educada en Europa que lo recuerda todo y todo me lo cuenta. Los campos verdes de Holanda, el cielo negro de Londres, la música de moda, el nombre de todas revistas, un doctorado en lenguas muertas en Cambridge, una bicicleta robada y un chico de Brixton terriblemente enamorado. La chica se llama Hiang pero en Londres todos la llamaban Fu, por su extraordinario parecido con un actriz japonesa muy muy famosa que no sé cuál es y que ha hecho películas en Hollywood y todo. Fu es una chica inteligente a la que un tipo se ha estado jodiendo al otro lado del mundo y que ahora ha vuelto a casa porque sus padres son mayores y sólo dios sabe si aguantarán el invierno. Sobre todo su madre, una mujer buena desgastada por nueve partos, todas niñas, todas perdidas por el mundo, dos en Australia, otras tantas en París, una en Roma, dos muertas en un accidente de avión y la otra, Fu, viviendo en Londres desde hace años, triste, herida pero aún viva, con ganas de olvidarlo todo cuanto antes. Me siento casi obligado a decirle que ése es precisamente mi negocio, pero ella insiste en su desprecio por los alteradores químicos de memoria, y ésa y no otra es la palabra que utiliza, me refiero a «desprecio». Le explico que en cualquier caso soy un agente suspendido dios sabe si definitivamente.

Eso espero, dice ella, y justo en ese momento me doy cuenta de que yo no estoy seguro de saber lo que espero.

Después me como otro TT y follamos.

Luego veo amanecer junto a Fu, el cielo de Saigón se pone azul al mismo tiempo

que el agua del río se va poniendo roja y me imagino, porque es algo que ya he visto antes, que va a ser un día horriblemente caluroso.

Es la misma habitación amarilla. El cuidador de promesas está en el baño lavándose la polla. Una polla un poco más grande que la mía, llena de venas, lo comento porque en polla y en las manos las venas siempre resultan atractivas. Una polla mucho más oscura que la piel de su estómago. Su mujer esta tumbada en la cama, desnuda, con las piernas abiertas y los ojos cerrados, como una niña después de hacerlo por primera vez tumbada sobre la hierba junto a la piscina. Pero desde luego no era la primera vez y no hay hierba y mientras yo se la metía, su marido trataba de clavarme su polla llena de venas en el culo, pero afortunadamente no la tenía lo bastante dura, así que la notaba escurrirse fuera una y otra vez como un gusano distraído. Al final se ha corrido pero a pesar de sus intentos no me ha dado, lo ha puesto todo perdido eso sí. Como si llevara un par de años sin correrse. Vete a saber. La maleta, mi maleta, estaba por supuesto nada más abrir el armario. Porque estos dos son demasiado idiotas para saber el dinero que vale una química o porque confían tanto en dios que no se preocupan demasiado por nada. He pensado en su tremendo cuchillo un par de veces mientras follábamos, pero esta vez, afortunadamente, el cuchillo no ha aparecido. Al pasar por delante de la puerta del baño, por debajo del ruido del agua del grifo, me ha parecido oír al tío rezando.

Estos son así. Amontonan sus cicatrices una encima de otra y no quieren ni oír hablar de la química. El tipo lleva una camiseta de la congregación en la que está escrito: BENDITA CULPA.

Se ha corrido con ella puesta.

En el pasillo sonaba una alegre canción japonesa. Todos los empleados me han sonreído y había muchos, porque en Vietnam siempre hay un montón de gente por los pasillos de los hoteles que uno nunca sabe muy bien a qué se dedican, pero que probablemente están ahí por si los necesitas. Gente encantadora en cualquier caso.

En el ascensor he abierto el maletín utilizando mi clave. Todo seguía en su sitio.

He pensado un momento en el pobre escandinavo degollado en los lavabos del aeropuerto de Bangkok. He pensado en él como se piensa en un conejo colgado de un garfio. Es decir, sin mucho interés. Con alegría incluso, seguramente por el efecto de las grapas, que enganchan una agradable sensación de bienestar a cualquier pensamiento. Precioso ascensor, alegre día, adorables camareros vietnamitas, magnífica moqueta. La clase de sustancia que lima los bordes de los domingos y los convierte, no en algo fabuloso pero sí en algo más que soportable. Química dulce, como dicen en el comité de clasificación.

Al llegar a recepción me ha apetecido tanto un martini que no he tenido más

remedio que parar en el bar. No me ha parecido probable que el viejo guardador de promesas apareciese por ahí. A la mayoría de las parejas les gusta besarse un rato y decirse cosas después de follar.

Preciosa lluvia desde las ventanas del bar. Precioso ruido de pequeñas motos en el bulevar Le Loi. Preciosas mujeres rondando por la recepción.

Otro martini, muy deprisa eso sí, porque tampoco conviene tentar a la suerte. Sobre todo si la suerte maneja un cuchillo de matar jabalíes.

Sólo al mirar la pared del bar y ver una foto enmarcada, la sombra de un árbol sobre la puerta del garaje de un chalet blanco, una de esas clásicas casitas americanas, tengo la sensación de que las grapas empiezan a bajar y de que todo poco a poco se va a ir volviendo normal, o sea, peor.

Sin conexión aparente otra imagen me viene a la cabeza. Es una fotografía en blanco y negro. En la fotografía se ve a una mujer en el mar, sólo la cabeza fuera del agua, las manos sobre la cara, llorando o a lo mejor quitándose la sal los ojos.

Me bebo mi segundo martini y salgo del hotel. Voy andando despacio, bulevar abajo, camino del río. Considerando seriamente mi nueva condición de agente libre. Considerando la oportunidad y el riesgo. Vigilando, mirando alrededor sin ver otra cosa que la misma gente que llena el centro de Saigón día y noche.

Limpio, solo, desprovisto del reciente exceso de confianza. Abandonado por un instante por la química, guiado sólo por dos martinis y por la luz de los barcos que sube por la avenida desde el río.

Ho Chi Minh no es la ciudad ideal para un agente ilegal. Demasiado agitada. Aquí todos dicen más de lo que saben con tal de quitarse a la policía y a los reguladores químicos de encima. La noticia de la muerte del escandinavo habrá puesto a la compañía sobre la pista del material perdido. Ni una venta en la zona entonces.

Cerca del mercado Thai Binh, le compro dos insignias del ejército comunista a una niña de diez o doce años. No porque las necesite, sino porque a veces resulta imposible decir que no a estas niñas tan guapas. Sé que es ridículo, y nadie que no haya estado delante de una, de una de estas niñas preciosas, podría entenderlo, pero es imposible no pensar en una vida entera a su lado. Como es imposible oír hablar de cien millones y no pensar, aunque sea por un segundo, en lo que haría uno con ellos.

Me siento en un puesto de té que no es más que diez sillas de playa alineadas en la calle y me bebo un té y luego una botella de licor de arroz. Mi maletín, eso sí, siempre sobre las piernas. Química más que suficiente para enterrar el bulevar, la lluvia, los niños, el camino hasta el río y el río entero.

Borracho por el licor de arroz. Animado por la vergonzosa alegría con que un soldado vivo le quita un reloj de oro a un soldado muerto, veo avanzar un futuro

mejor, cimentado en esta vuelta afortunada en la espiral de mi propia desgracia.

Ahora que soy un vendedor suspendido cargado de material clandestino, castigado por severas crisis epilépticas, sin contacto utilizable en la zona, con todos los ojos de la compañía, y todos son muchos, puestos en mí, seguramente, como principal sospechoso de la muerte del educado y sonriente agente de gestión. ¿Qué me queda por hacer aquí?

Definitivamente, no mucho.

Los barberos siguen en la calle, con el espejo clavado a un árbol, y parece como si uno los estuviera recordando cuando en realidad los está viendo. Algunas cosas son así. No parecen nunca vistas por primera vez. Los barberos sin trabajo se sientan en sillas plegables delante de sus propios espejos. Mirando sus propias caras. Ahora un niño se sienta en la acera junto a su hermano pequeño y le explica cosas, cosas importantes Seguramente, hasta que pasan unos turistas a su lado y entonces se pone de pie de un salto y les tira de las mangas para llevarlos junto al río. En el río están los botes esperando. Los botes de los padres, los hermanos, los tíos de los niños. Los botes que suben y bajan por el delta, ofreciendo magníficos trayectos por el río rojo.

Por supuesto todo está lleno del ruido tremendo de los helicópteros, y las torres que sujetan los helipuertos le dan a Saigón, que aún es una ciudad plana comparada con Kuala Lumpur, Bangkok o Hong Kong, el aspecto de una mesa patas arriba. Dicen que a los vietnamitas no les gustan los rascacielos. Dicen que ningún vietnamita soporta dormir muy lejos de la tierra donde están enterrados sus antepasados. Puede que sea cierto, en cualquier caso no conviene hacer demasiadas suposiciones sobre lo que pasa por la cabeza de esta gente. Subestimar a los vietnamitas le ha traído muchos disgustos al mundo libre.

El sol ya está en la mitad del cielo. La campana de la catedral francesa da las dos y luego una tras otra todas las demás horas. Cae la tarde y cae la noche y me quedo quieto en la cama esperando a mañana.

No hay nada más que contar.

3

LEBHU CHULIA
Y LA SUERTE INFINITA

Bangkok.

Han pasado dos aviones comerciales volando bajo y volando juntos. El incremento reciente de los siniestros aéreos se debe principalmente a esta conducta desquiciada por parte de los pilotos, que combaten la falta material de espacio aéreo con imaginación y arrogancia.

Pero qué sería de los aeropuertos sin estas pequeñas alegrías.

El próximo monorraíl aún tardará diez minutos, así que me acerco a uno de los puestos de bebidas, junto a la vía, y me pido una cerveza. A lo largo del andén hay unas doscientas pantallas de televisión y en todas las pantallas hay peces de colores.

Me queda un día y medio en Bangkok hasta que salga el primer vuelo a Penang, la ciudad más hermosa de la hermosa isla de Georgetown, al oeste de Malasia. Penang es una ciudad alegre, llena de dinero, pero aun en estos primeros años del milenio, mucho más tranquila que Kuala Lumpur o Singapur. Un buen puerto para trabajar sin llamar la atención de la compañía, que a estas alturas debe de tener controles detrás de cada olvido artificial o natural. Si un anciano olvida el nombre de sus hijos, la compañía querrá saber cómo y por qué, si una puta de Pat Pong olvida el tiempo que lleva haciendo esto y olvida su promesa de no besar a los hombres, a ninguno, y olvida el título de su canción favorita, la compañía querrá saber quién anda detrás de tanto olvido, y si la luz de los anuncios luminosos frente a los puentes, parpadea, la compañía querrá saber qué se ha olvidado mientras tanto, mientras por un segundo la ciudad entera se iluminaba sólo con la luz negra de las salas de baile y la luz blanca en las habitaciones de los que no pueden dormir o aun dormidos tienen miedo.

Decido, con muy buen criterio, no pasar la noche en las cabinas del aeropuerto, porque en esos nichos apenas le caben a uno los pies y porque resulta mucho más estimulante, para el cuerpo y para el alma, darse una vuelta por infierno amable de Cao San Road. Ahora no tengo que registrar mis movimientos ni justificar mis gastos. Ahora puedo mirar las calles y dejar que los mensajes se acumule en el correo electrónico como cartas en la puerta de un muerto. Ahora el placer es la primera y la única de mis prioridades. Ahora podría pasar la noche bailando y la noche siguiente también, si quisiera.

Pero no quiero.

Ahora puedo olvidar la imagen de la mujer, tu imagen cada vez que aparezca.

Y después olvidar haberlo hecho.

El monorraíl entra en Bangkok y la gente se amontona en las estaciones y debajo de las estaciones, esperando un sitio en el andén. Bajo por las escaleras, primero al nivel de la autopista y luego al nivel de la vía lenta y aún otro nivel más hasta el suelo. Las barras de luz bajo los paraguas iluminan la cara de los cocineros y los clientes, a uno y otro lado de los puestos de pescado hervido. En Cao San Roa se

juntan todos los colgados del sudeste asiático esperando dinero, billetes de avión de saldo hacia cualquier esquina del planeta, visados, lo peor de la química amateur, cualquier cosa para seguir el viaje. Can Sao Road es la gran estación para los viajeros en tránsito, el limbo, la sala de espera. Nadie quiere quedarse aquí mucho tiempo, y el que se queda aquí mucho tiempo sabe que las cosas no van bien, aunque por supuesto guarda siempre la esperanza de que todo mejore. Como se espera a que pare la lluvia. Con la misma esperanza imprecisa. Cao San Road no es nunca el final del viaje.

Los vendedores de cerveza se pasean arriba y abajo de la avenida con sus neveras de plástico colgadas del cuello. Me compro una lata de cerveza local, cojo una habitación en un hotel no demasiado sucio, me doy una ducha, me cambio de ropa y bajo a los callejones, detrás de los bares llenos de extranjeros que pasan las horas viendo películas americanas en televisiones colgadas del techo con cadenas. Compro un ramo de coca, algo parecido al DMT, y una bolsita de marihuana. Por supuesto me subo a dos preciosas tailandesas a la habitación. Bebemos, fumamos, nos metemos casi toda la cocaína y un poco del nefasto DMT. Me las follo a las dos con desesperación. Follar sin amor siempre es un acto desesperado, sobre todo para un viejo niño católico. Les pago más de lo que piden y menos de lo que merecen. Con la química que llevo en la maleta, el dinero va a dejar de ser un problema durante una buena temporada. Una de las chicas se larga enseguida, la otra se queda conmigo. Me cuesta dos o tres horas más quedarme dormido. Veo amanecer y miro pasar los vagones del monorraíl desde la ventana. Por un momento tengo la sensación de que ésta va a ser la mejor semana de mi vida y hasta puede que la última.

Me duermo pensando en la mujer que aparece en los sueños y fuera de ellos.

Sé cosas de nosotros y guardo otras cosas que imagino, como si fueran cartas firmadas con sangre.

Por fin estoy dispuesto a olvidarlo todo.

Me despierto en una suite del san gri la, el mejor hotel de Penang, la vieja capital inglesa al oeste de la isla de Georgetown, con un espantoso dolor de cabeza y una magnífica vista sobre el estrecho de Malaca. Me tomo dos buenos días, el milagro químico contra la resaca. El dolor de cabeza desaparece y las olas en la bahía se animan como niños borrachos. Ya no hay nada que la química no pueda esconder ni nada que la química no sea capaz de trae de vuelta. Llevo puestos unos preciosos pantalones de piel de leopardo y hay por lo menos seis buenos amigos, por supuesto desconocidos, en la habitación. Tres mujeres, dos chicos y un travesti tailandés tremendamente parecido a la princesa de Gales. Están todos dormidos. Hay botellas de cliquot por el suelo y encima de todas las mesas y hay bandejas llenas de comida y una bicicleta. En la televisión hay un grupo de fanáticos rezando a las puertas de cabo

Cañaveral, en sus pancartas esta escrito: DIOS NO NOS QUIERE AHÍ ARRIBA. Los buenos días se han llevado el dolor pero no han traído nada bueno. Después de comer un buen plato de arroz frío con gambas agripicantes, saco una cerveza del minibar y me bebo una ampolla de GP Recibo la primera sacudida en la ducha. Me seco y me vuelvo a poner los pantalones de leopardo y una camisa negra de seda japonesa. Uno de los chicos se ha despertado. Un simpático malayo que no lleva más que unas air jordan y un collar de flores. Me saluda muy contento sale a la terraza a mirar las olas. No sé cuánto tiempo llevo en Penang. El chico ha encontrado un canal musical en la televisión y baila desnudo en la terraza. Son las seis de la tarde. Estoy bien. Me muevo dentro de mi propia vida con la arrogancia de un completo extraño. No reconozco nada y mi habitación es la habitación de un extraño. Mis amigos son los amigos de un extraño. El chico vuelve a entrar. Me pide una pulsera de oro que llevo puesta y que no había visto antes. Se la doy. Me da las gracias diez o doce veces y me abraza y me besa y se la pone sin dejar de bailar. Es una pulsera gruesa como una serpiente gorda. Le pregunto al chico de quién es la bicicleta y el chico señala a uno los niños dormidos. Un regalo. Al parecer soy un tipo estupendo que le anda haciendo regalos a todo el mundo. Somos todos muy felices. Eso es lo que él ha dicho. No sé si «todos» se refiere sólo a ellos. Le pregunto si yo también soy feliz y él dice que yo soy el más feliz, el hombre feliz que hace felices a los que van con él. Suena bien. La princesa Diana también se ha despertado. Sonríe. Y dice algo tailandés. El chico de la pulsera de oro se tumba a su lado. Ella le acaricia la cabeza como si fuera un perro y él le lame los dedos de los pies como un perro. Saco mi maleta, que está debajo de la cama, entre un montón de zapatos. Hay más zapatos que gente. Busco unas botas de mi número. El chico encuentra una bota de tacón cubano, negra y luego busca y busca hasta que encuentra otra y me ayuda a ponérmelas. Hace un día precioso. Me despido del chico, de la princesa y de los cuerpos dormidos. Soy el hombre feliz que hace felices a los que van con él. Bajo al bar del hotel. El san gri la tiene una docena de bares y restaurantes, alrededor de un inmenso vestíbulo atravesado por columnas doradas. Cocineros de Hong Kong. Cocinero de Pekín. Cocineros de Las Vegas que se quedan mirando cómo sangran las hamburguesas. Lo mejor de lo mejor. Me quedo con el salón europeo. Hay un viejo francés sentado al piano cantando una vieja canción francesa. Me pido un martini. Aunque ya no se lleva, aún me gustan las canciones. Al principio creo que todo el mundo me mira, pero enseguida me doy cuenta de que todo el mundo mira, en realidad, mis pantalones. Me bebo el martini y pido otro. No hay nada mejor que beber en el bar de un hotel, también puede uno beber tranquilo en los aviones y en los aeropuertos y en todos los otros sitios sin memoria.

Cojo un cicló en la puerta del hotel y voy dando un lento paseo hasta Chinatown. Por supuesto aún veo su cara junto a las tiendas chinas de telas y junto a las fachadas

de colores cubiertas con dibujos de dragones y flores, pero su cara en las fotografías. La cara de una mujer en una fotografía se recuerda mucho después de haberla olvidado a ella. Recuerdo el sonido de la polaroid y los segundos de espera hasta que la imagen aparece en el papel. No recuerdo el sonido de su voz ni la recuerdo a ella. Sólo la imagen que aparece poco a poco, hasta instalarse definitivamente en la fotografía.

Los ancianos musulmanes conducen sus ciclós con la velocidad insignificante de los negocios importantes. Tan despacio que parece que es la ciudad entera la que se arrastra su lado. Penang es la ciudad más lenta del sudeste asiático La única que se mantiene al margen de la velocidad absurda del crecimiento económico que alimenta el orgullo de todas las ciudades vecinas. Las torres se levantan en Penan con pereza, sin la vanidad de las torres de Hong Kong o Singapur. Los niños pasean por los pasadizos de los centros comerciales con la cabeza baja, arrastrando los pies, mirando los escaparates de reojo.

Penang tiene la velocidad exacta.

La gente de Penang no persigue los aviones con los ojos y los aviones aterrizan en Penang con la discreción de lo ladrones nocturnos.

Penang es el paraíso de los lentos.

Cuando cierran las tiendas, se abre el mercado nocturno con la calma con la que se enciende una vela con la llama de otra vela.

Hay una banda de música frente al templo de Lebhu Chulia. Música de tambores de lata. La procesión recorre Chinatown en busca del fantasma, porque esta gente cree que hay un fantasma escondido en la manga, en la manga de todo el mundo, y cree también que el ruido de los tambores y el paso de los estandartes y las banderas despierta a los fantasmas y los hace salir y se los lleva calle abajo, de vuelta al templo, donde pueden seguir durmiendo sin hacer daño a nadie.

Penang recoge a sus fantasmas y negocia con ellos con calma y sin miedo.

Me siento en un puesto junto al puerto. Los ferrys se cruzan en la bahía, los pinchos de pollo satei y la cerveza vienen solos y son baratos. Ya es de noche y no hay nada de qué preocuparse.

Ahora tengo dinero en el bolsillo. Ahora tengo una maleta con química suficiente para hacer mucho mucho más. Ahora puedo vivir los días, uno tras otro, y olvidarlos, uno tras otro, para que no estorben. Ahora sé que mañana, pase lo que pase, no habrá pasado nada.

Después de cenar doy un paseo por la playa y, después de pasear, cojo un cicló hasta una de las discotecas de Lebhu Victoria. Por el camino nos cruzamos con una docena de jugadores de rugby australianos, vestidos con chándal, todos iguales, y con unas simpáticas nórdicas que nos sonríen desde su cicló y nos dicen cosas que ni yo ni el viejo conductor hindú entendemos. Puede ser amor pero también puede ser que

estén buscando la carretera de la playa. Si todo lo que parece amor en realidad lo fuera, dios mío, éste sería un mundo distinto y mejor, y hasta las más oscuras pesadillas vendrían seguidas de días insoportablemente felices. Pero, en fin, no divaguemos, que si bien es cierto que las campanas de la catedral tocan a gloria no lo es menos que las mismas campanas, de cuando en cuando, tocan a duelo. En la entrada de la discoteca hay un enorme neón con la forma de una chica desnuda metiendo los pies en una copa de champán. Uno tiene que andar siempre persiguiendo las señales y la mayoría de las señales son confusas pero, afortunadamente, algunas señales son así de claras.

En una zona oscura del párking, saco mi bolsita de coca y me pego una sacudida y enseguida una amarilla para nivelar la primera bajada, En la puerta hay un montón de chicas malayas haciendo cola. Yo por supuesto no tengo que esperar, mis amigos porteros me reciben con sonrisas navegables, mientras apartan a la muchedumbre para hacerme un hueco en la puerta. Todo muy suave. No hay nada como saltarse la cola de una estúpida discoteca para sentirse estúpidamente contento.

Me bebo una cerveza y me felicito una vez más por un día perfecto. Limpio y perfecto.

Me siento como un asesino después de quemar sus guante de goma. Convencido de que las huellas que encuentren en mi propia vida no serán las mías.

Música muerta con DJ recién traídos de Londres. Música muerta es lo que les gusta a los chicos ahora. Ritmos mecánicos condenadamente lentos condenadamente buenos. Le llaman música muerta porque engancha dulcemente con los derivados de la morfina, como un flautista de Hamelin cansado, arrastrando ratas dormidas.

Ratas dormidas con los ojos bien abiertos, porque la nueva química guarda pequeños destellos continuos de euforia debajo de la almohada. Mucho mejor que los antiguos somníferos de vaca, que dejaban a los niños dormidos al volante y al rato, con demasiada frecuencia, muertos contra los videocarteles luminosos de la autopista, estrellados contra los anuncios de sus películas favoritas.

Un chico dé Kuala Lumpur me coloca diez ampollas azules sin insistir. No hace falta mucha imaginación para saber que la vieja cocaína pasará por encima de las suaves amarillas y se asomará al final de todas las cosas y nada mejor, entonces, que un par de ampollas azules para acercarme al suelo, con la suavidad de las ratas dormidas contentas, y desde ahí volver a empezar con el vértigo feliz de las primeras rayas hasta dar otra vuelta entera y volver a encontrar el miedo que espera siempre detrás de la euforia, o a lo mejor follarme a alguien y aprovecharme un rato del miedo ajeno, o a lo mejor beber, o a lo mejor pasear felizmente en cicló hasta el hotel y dormir entonces, solo o con alguno de los amigos que he dejado dentro y que probablemente siguen ahí, esperando, como la novia de un soldado.

Otro día en las alegres costas de Malasia.

Muerto por repetición.

La realidad química tiene también las uñas largas.

En las alegres discotecas de Penang los chicos bailan despacio su música muerta y los jugadores de rugby australianos levantan a las chicas malayas del suelo como si fueran copas de burdeos.

Me pregunta un amigo si quiero subir a ver a su gente, así que subo al segundo piso que cuelga sobre la pista de baile y en uno de los reservados me encuentro con un montón de argentinos en viaje de negocios y los argentinos tienen de todo sobre una mesa de cristal, coca, por supuesto, pastillas y ampollas y agujas azules y al parecer sólo les falta mi química y todos saben quién soy y lo que vendo y tienen dinero suficiente para comprarse una isla, y por mucho menos, pero mucho en cualquier caso, les vendo una cantidad respetable de erosiones de memoria a largo y corto plazo y me preguntan por ayer pero yo de ayer no sé nada y me preguntan si quiero algo y agarro un surtido y una botella de moet.

Hablamos en español del Río de la Plata y no sé de qué hablan. Uno de ellos, que se llama Alejo y que al parecer me recuerda sentado en un club del centro de Buenos Aires a menos de diez pasos de la mesa del mismísimo Maradona, me pregunta por mi mujer y yo por supuesto le digo que mi mujer ha muerto, en un accidente, aunque estoy seguro de que no es cierto y el hombre se muestra entonces sinceramente afectado y luego dice:

Era una mujer muy guapa.

Y yo, mirando al suelo, a la moqueta azul bajo la mesa de cristal, respondo:

Sí, sí que lo era.

Aunque en realidad no sé lo que digo.

Me he perdido en las colinas de Georgetown. Me he cansado de la euforia compulsiva de las anfetaminas. Me he dejado el sombrero en una casa de putas. Me he quedado dormido en el cine. Me he jugado cien dongs con un niño en el muelle y los he perdido. Por más piedras que he tirado no he conseguido derribar ninguna gaviota.

Él ha derribado dos.

Me he encontrado con una mujer que dice ser tu madre y que al parecer tiene una suerte asombrosa.

Me he dejado engañar por un vendedor de agujas azul y he soportado toda esa estúpida tristeza lo mejor que podido. Me han invitado a cenar unos comerciantes birmanos pero luego uno de ellos me ha pegado un puñetazo por algo que he dicho y por tratar de hacérmelo con su mujer en los servicios de un restaurante francés del centro. Otro de los birmanos, uno que se parecía muchísimo a alguien que he olvidado casi por completo, un primo lejano a lo mejor, ha sacado un cuchillo. No ha

hecho gran cosa con él. No parecía un hombre capaz de matar a otro, aunque eso así, a ojo, nunca se sabe.

Me he marchado sin tomar postre. Me he sentado cerca de una mezquita y he escuchado la oración de la tarde. He bebido una botella pequeña de whisky que llevaba encima. Me he metido medio gramo de cocaína. Me he tumbado en la hierba del parque frente a la biblioteca, pero luego, enseguida, me he levantado y me he ido.

Se ha puesto a llover y ha llovido un buen rato. He mirado la lluvia desde la terraza de un café de Lebhu Chulia. Cuando ha dejado de llover he vuelto a los bares irlandeses y he bebido cerveza y he hablado de fútbol muy deprisa con un hincha del Liverpool. Me he tomado tres piedras negras para bajar la cocaína. Después de eso, he hablado mucho más despacio. He pasado un par de horas tranquilo y luego me ha pillado otra subida en la pista de baile del santuario, un club para niños millonarios cerca del puerto deportivo. Por supuesto no estaba bailando. Sólo estaba allí quieto, mirando bailar. Como antes miraba la lluvia y como antes aún miraba el cuchillo.

Como se miran las cosas que pueden o no matarte.

Viernes, creo, y mi suite del hotel san gri la está perfectamente ordenada, vacía y limpia. En la televisión aparece la foto de un asesino belga y es la cara de un hombre normal. Los hombres matan a las mujeres porque no pueden soportar a las mujeres reales que viven dentro del cuerpo de las mujeres que desean. El asesino belga ha sido internado en uno de esos campos de reeducación por los que muchos hombres, asesinos de hecho o asesinos potenciales, pasan estos días. Hombres formados en la antigua pornografía o en las viejas religiones, que entran en los campos para sacarse al asesino de dentro. Hombres que matan mujeres. Eso es lo que llevan escrito en sus camisetas. A pesar de que los resultados varían según los casos, los campos de reeducación han demostrado su eficacia. Hombres que matan mujeres hay muchos. La prensa lo llama el nuevo virus. La internacional feminista lo llama el viejo enemigo.

Junto a la cama hay una botella de champán dentro de una cubitera eléctrica. Champán frío por la mañana y ruido del tráfico de Penang colándose por la puerta abierta de la terraza y el ruido del mar colándose por la misma puerta.

Por supuesto he soñado con una mujer dentro de un coche cerrado y, por supuesto, toda la pena de ese sueño desaparece inmediatamente después de una cantidad insignificante de mi propia química.

En la ducha recibo la visita de una de las antiguas sacudidas. La cabeza golpea contra la mampara de cristal después de una desconexión momentánea. Afortunadamente no llego a caerme y enseguida recupero el mando y siento que la actividad neuronal se restablece como las luces de un árbol de navidad después de un parpadeo.

Repito en voz alta: Ayerr sedrá oommtro díííía, para darme cuenta de que aún tengo pequeños problemas con el habla. Lo digo seis o siete veces hasta conseguir una vocalización normal, no alterada.

Ayer será otro día.

Me quedo debajo del agua caliente hasta que se me pasa el susto y luego salgo de la ducha, busco un bote de mielodepresores, me tomo sólo uno y me tumbo sobre la cama con los ojos cerrados hasta que la tensión producida por episodio epiléptico incompleto desaparece.

Mi cabeza vuelve a ser incapaz de soportar toda la química que mi corazón necesita.

Magnífica fiesta.

Un antiguo líder del partido de la prohibición, sección asiática, recuperado por supuesto para la hermandad química, ha estado a punto de estrellar su yate contra uno de esos barcos hospital que operan sin licencia en la bahía. Cirugía estética barata para travestis locales. Implantes de piel de muerto en los labios y reimplantes de bolsas de silicona recuperadas en los cementerios católicos de Hong Kong. Técnicas más que desagradables, supuestamente abandonadas hace años en occidente. Cuando digo que hemos estado a punto de chocar, me refiero a que he visto la cara de alguno de esos monstruos asomados al puente del viejo barco ruso. Afortunadamente el patrón ha recuperado el pulso en el último momento, evitando la catástrofe. Después ha bajado al salón, donde los ejecutivos japoneses se entregan con demencia al sexo y al karaoke, una costumbre nefasta esta última de la que los japoneses deberían haberse librado hace ya una década, ha bajado el patrón, decía, para confesarnos que toda la maniobra había sido cuidadosamente programada en el computador de a bordo para animar la travesía. Muy divertido, sí señor. Al parecer, según me ha explicado luego, estos barcos de lujo llevan instalado el mismo sistema que los grandes buques de un solo hombre. Petroleros de última generación que cruzan el mar de un lado a otro del planeta con un solo hombre a bordo. Una especie de capitán simbólico, que no tiene otra cosa que hacer que mirar al cielo esperando a que lleguen las gaviotas. En fin, mi interés por los avances de la industria naval es muy limitado, así que salgo a buscar algo mejor que hacer y al rato me encuentro mirando cómo un sudafricano le da por el culo a un anciano astronauta muy famoso. Uno de los que volvieron del espacio con algo muy parecido a una voz, flotando en algo muy parecido a una onda de radio. Por supuesto no pierdo la oportunidad y le pregunto al tipo qué coño fue lo que oyeron ahí arriba y el viejo astronauta, sin dejar de resoplar, me dice que era una voz. Lo dice dos veces. Era una voz, amigo mío, digan lo que digan, era una voz. Hay una mujer sentada en el suelo quitándose las pestañas postizas mientras escucha al dueño de la fe rebatir las tesis del viejo astronauta. El

dueño de la fe es un tailandés grande que lleva una camiseta en la que está escrito DUEÑO DE LA FE. El tailandés grande dice que ahí arriba y aquí abajo no hay más que una voz y que esa voz no se esconde, que esa voz mandará a sus ángeles, que nos harán pagar por todo lo que hemos hecho, incluso por todo lo que hemos olvidado. Por supuesto me ha parecido que esto último lo decía mirándome a mí, aunque tampoco puedo estar seguro. Supongo que al final cualquiera se siente un verdugo en casa del ahorcado. Por cierto, no he venido aquí a vender nada, he venido porque un cliente agradecido, un joven industrial chino, me ha invitado y porque últimamente me dejo llevar como las cenizas de un muerto dentro de un tarro.

Llamas blancas, bebidas exóticas, cocaína, GPG, baile sobre cubierta y luna llena.

Seguramente me he quedado dormido y seguramente han pasado los días, pero aún sigo en el barco, en un camarote del tamaño de una suite con una chica japonesa colgada de gujas azules, silenciosa, suave y agradable como una buena noticia al final de un mal día. Chia, que así se llama esta chica tan guapa, me cuenta que su padre murió en una suite del hotel Ritz de París, como todos esos suicidas que salen en los telediarios, y luego, una tras otra, me suelta la larga lista de desgracias que acompañan siempre a la química retorcida de las agujas azules. Desgracias ligeras como la sombra de los geranios agitados por el viento contra una pared blanca. Desgracias en las que cualquiera que este colgado de azul encuentra una extraña satisfacción. Nada nuevo en cualquier caso. La dulce rutina de los adictos a la pena. Muy aburrido, si no fuera porque mi amiga Chia está perfectamente desnuda y empeñada en que nos pasemos lo que queda de noche follando, bebiendo champán y mirando las luces de la costa de Butterworth, plagada de ferrys, barcos hospital, casinos flotantes y vendedores de armas.

La colcha sobre la cama es de color mostaza y la moqueta y las cortinas son rojas y hay flores frescas junto a la cama. Nada muy marinero. Lo cual es de agradecer, porque por alguna razón que no alcanzo a comprender, dentro de un yate resulta muy difícil no sentirse un gilipollas. En la televisión no hay más que uno de esos canales fotográficos en los que se suceden imágenes fijas de objetos insignificantes: lámparas, electrodomésticos, antenas, sillas, ceniceros… nunca personas, de forma que uno puede mirar durante horas sin miedo.

Chia se acaba de dar un baño y el agua esta aún caliente. Me desnudo y me meto en la bañera. Chia esta llorando desnuda sobre la cama, pero no es más que ese reconfortante llanto inducido. Lágrimas de cocodrilo que acompañan a las historias que se va inventando sobre la marcha, todas tristes, algunas lejanamente familiares y otras absurdas. Sé que se las inventa porque ella me lo ha dicho y porque casi nadie que pueda evitarlo tiene ya tantas historias que contar y es evidente que Chia no es

una puta de Camboya, sino más bien una pequeña princesa heredera.

Luego, al rato, Chia me pregunta si estoy bien, porque seguramente llevo demasiado tiempo en la bañera.

Por supuesto respondo que sí, y levanto mi copa de champán, aunque ella no mira, pero no es verdad porque lo cierto es que no siento el agua caliente sobre el cuerpo y eso siempre es una mala señal, neurológicamente hablando.

Chia sigue inventándose historias ridículas y me hace pensar si no sería mejor que esta gente adicta a la pena conservara sus propias desgracias.

Abro el grifo del agua caliente y selecciono la temperatura y veo el vapor pegarse al espejo del baño, pero no siento el calor, ni siento el agua contra la piel.

Al rato Chia vuelve a preguntar: ¿Va todo bien?

Y esta vez ni levanto la copa de champán, ni miento.

No, me temo que no.

Y en lo alto de la torre de correos no hay nadie y puede uno sentarse a mirar tranquilamente a la gente en la calle; musulmanes, católicos y budistas moviéndose alrededor de sus mezquitas, iglesias y templos, y a los turistas, alrededor de los fieles y los ciclós, moviéndose despacio como animales agotados. Penang entero parece un invento, algo que uno imagina desde aquí arriba. Algo que desaparece con sólo cerrar los ojos.

Seguramente mi única fe es la resistencia.

Y luego bajo a comer a uno de los puestos del barrio chino y esos pinchos de pollo satei, con la salsa de almendras saben a gloria y la cerveza sabe a gloria y el tiempo, las horas que no tienen ninguna importancia porque no hay nada que hacer, sabe también a gloria. El camarero sólo te trae cerveza y sólo te cobra por la cerveza y la mesa. La comida tienes que ir a comprarla en los puestos callejeros. Por alguna razón todo huele mal y sabe bien al mismo tiempo.

Aquí el clima es suave y enero es un mes amable con las plantas y la gente. Le pregunto al camarero si va a seguir así todo el invierno y el camarero mira al cielo, pero el cielo no se ve porque hay guirnaldas de colores colgadas sobre los cables que cruzan la calle. Luego dice que lo peor ya ha pasado y por supuesto no sé a qué se refiere. Cada uno habla del tiempo según lo que espera de él, por lo que dos personas mirando al mismo cielo siempre esperan nubes distintas. Unos ven pasar las nubes camino de su casa con fastidio y otros sólo esperan que las nubes estén aquí para quedarse. Ya no va a llover mucho más, dice el camarero, y da la sensación de que en la lluvia, en los días de lluvia, encuentra este hombre un extraño consuelo.

En la televisión, al fondo del bar, sobre una tarima de madera rodeada de flores, aparece un coche ardiendo y junto al coche hay una familia sentada en el suelo, junto a la carretera. Cuando uno ve arder algo suyo, no puede dejar de imaginarse dentro.

No puede evitar sentirse al mismo tiempo medio vivo y medio muerto. Por cierto, esta mañana he cazado en el correo electrónico una circular de la compañía preguntando a los agentes de la zona por mi paradero y por supuesto nadie sabe por dónde me ando y hablan de mí como alguien que ha muerto o como alguien que se ha perdido para siempre. Me ha alarmado ver una breve nota acerca de la preocupación de los míos, porque no sé a quién se refieren, ni por qué se preocupan exactamente. Las últimas constantes erosiones de memoria me alejan cada vez más de todos ellos, sean quienes sean, como una barca que se aleja tanto de la orilla que está ya más cerca de cualquier otro sitio que de casa. También en el correo una nota de Krumper. Alguien que me busca sin fe, como quien dispara al aire. Alguien que por alguna razón, seguramente nada más que la sombra de la intuición, relaciono más con mi futuro que con mi pasado.

Por lo demás sólo un tremendo dolor en la espalda empaña la felicidad de estos días.

Hoy he pillado a un tipo siguiéndome. Me ha seguido desde el templo de Kuan Ying Teng hasta los coffee shops de Lebhu Chulia, donde se reúnen los irlandeses a beber cerveza y de allí al cementerio de St. Georges. Me he sentado delante de la tumba de un marino inglés llamado Lambert Hutchins y me he quedado allí, mirando la lápida, esperando a que el tipo se cansara, pero el hombre, un hindú fuerte y sonriente, se ha sentado a unos pasos, frente a la tumba de una mujer llamada Hortense Robbins, y ha juntado las manos, porque así cree él que rezan los cristianos, y ha hecho como que rezaba sin dejar de sonreír ni un momento. Por supuesto podía haberle dicho algo, su estúpida desfachatez resultaba francamente irritante, pero he preferido no darle el gusto. Así que hemos compartido nuestros fragmentos de falso recogimiento en absoluto silencio. El cementerio de St. Georges tiene una vista magnífica sobre el canal norte, al lado opuesto a la península, y sobre el valle verde que llega hasta el mar, y en el aire, por supuesto, la calma propia de los cementerios. Hortense y Lambert han tenido esta tarde visitas inesperadas y Hortense y Lambert han debido quedarse sinceramente conmovidos ante la devoción de dos extraños, una vez superada la sorpresa inicial que les debe de producir a los muertos el respeto de los que ni de lejos son de su misma sangre. Da gusto en cualquier caso, dejando a un lado el molesto asunto de la persecución verse rodeado de tantas piedras y de tantos nombres escritos hace años por gente también muerta. Cuando los que nombran a los muertos ya se han ido, sólo queda la tranquilidad de los cementerios extranjeros, en los que nada resulta familiar y nada asusta. El calor del sol en los brazos da a uno ganas de echarse una buena siesta. Ni que decir tiene que no me he dormido. Volviendo al engorroso asunto de la persecución, no está bien ni es decente, dormirse delante del espía. Cuando por fin me he despedido de Lambert, el hindú me ha

seguido, como un amigo discreto, hasta la verja de salida, frente a la iglesia, y después, siempre a la distancia de cinco o seis pasos, hemos bajado juntos hasta Gat Lebhu Pranguin, una calle plagada de franquicias extranjeras, tiendas de discos, ropa deportiva, televisores daneses, moda italiana y donuts americanos. Delante de unos levis de segunda mano mi amigo ha mostrado el mismo respeto que frente a la tumba de la pobre Hortense Robbins, lo cual, desde luego, no me ha parecido apropiado. Se diría que este pobre hindú no ha seguido nunca a nadie antes. Tampoco yo recuerdo haber sido perseguido, aunque eso por supuesto no quiere decir nada. La compañía debe de andar corta de personal si emplea a principiantes sonrientes para seguirle la pista a su valiosa química extraviada. También puede ser que se trate de un hindú enamorado. O de un hindú aburrido. O de un comprador asustado. Aún le estoy dando vueltas a las distintas posibilidades cuando me doy cuenta de que llevo más de tres horas, lo que ha durado esta insignificante aventura, completamente limpio, y empiezo a notar la triste bajada de la cocaína, una vez que las dulces anfetaminas rebajadas se han marchado definitivamente. Antes de llegar al puerto me tomo dos llamas blancas y compro una cerveza en un puesto de Lebuh Victoria. Estoy a un paso de brindar con mi fiel desconocido, pero no lo hago porque el hindú ya no está.

Miro a un lado y a otro y busco con verdadero empeño pero no hay nada que hacer porque el hindú, fuera quien fuera, ya se ha ido.

Así que estoy en los bajos del komptar center y el komptar center no es más que otro de esos malls gigantes, lleno de supermercados y tiendas nike, que han convertido el mundo entero en un desfile de tontos. De los sótanos del komptar salen todos los autobuses de Georgetown, que van siempre hasta el ferry, para cruzar el estrecho hacia la península. Por supuesto sólo los que no pueden evitarlo viajan en autobús y por eso las estaciones de autobuses son los sitios más tristes del mundo: porque todos los que esperan, los que suben y los que bajan, los que van y los que vienen, están definitivamente vencidos, aburridos, solos, viejos, tristes y muertos. Yo estoy sentado bebiendo cerveza. Yo estoy esperando tener fuerzas suficientes para volver al hotel. Yo estoy mirando a un conductor de autobuses malayo que me la chupa con verdadero empeño mientras amanece. Buenos días.

Una noche nada agradable por culpa del LSD, algo que seguramente había decidido no volver a tomar mucho antes de haberlo olvidado. El ácido abre puertas y detrás de las puertas ya no hay nada. Aterrador casi todo el tiempo y al final tranquilizador, porque siempre se vuelve de una jornada de ácido con una pequeña victoria entre las manos. No necesariamente un dragón de dos cabezas, sino más bien un pequeño conejo decapitado. Una victoria en cualquier caso. El hombre que se adentra en la

jungla y sobrevive siempre vuelve cantando una canción, aunque, todo hay que decirlo, la jungla está ahora quemada, no en llamas, sino arrasada y negra. En cualquier caso, lo que da miedo no es el fuego, sino lo que queda después del incendio y después del incendio no queda nada. Una cerveza y dos GPG para empezar a levantar el día. Después del LSD, si no te andas con cuidado, vienen todas esas ridículas señales: cajeros de supermercado sonrientes, coches amarillos con matrículas diabólicas, manos con seis dedos, cualquier cosa. Todo tan fiable como una zarza ardiendo en mitad del desierto. Dejo el san gri la y meto mis pocas cosas en un taxi camino del hotel cathay. El san gri la es demasiado popular, todo el mundo que importa en esta parte de Malasia pasa por aquí, y no tengo ninguna intención de ver a mis viejo amigos de la compañía, que siguen moviendo circulares con mis datos por el correo electrónico, con la fe infinita de las madres de los niños perdidos. Así que andando. Al parecer los encargados del hotel recuerdan todas las fiestas que yo olvido. Los travestis desnudos corriendo por el pasillo, las mujeres llorando junto a la piscina, puestas de agujas azules, los niños bailando en la terraza, borrachos de vodka. Demasiado ruido. Demasiadas quejas. Tal y como lo ha explicado el encargado de las relaciones públicas del hotel, y no se puede decir mejor, mi felicidad resulta demasiado evidente. Adiós al san gri la, entonces. Adiós a sus martinis y a su brillante cocinero de Hong Kong y a sus magníficos damplings. Adiós al pianista francés y a las bailarinas búlgaras. Adiós a todo esto.

Bienvenido al cathay, el viejo hotel colonial de espaldas a la bahía, el chelsea del Sudeste asiático, donde duermen los románticos y los hombres armados. Un anciano chino con una camisa de jugador de bolos me acompaña a una de las habitaciones de la primera planta. Deja que entre yo primero, pero enseguida se adelanta para abrir las contraventanas del balcón. Hace un día espléndido. Le doy al viejo una buena propina y el viejo me pregunta si quiero algo más y yo le pido una botella de whisky y antes de que me dé cuenta ya esta el buen hombre de vuelta con una botella y dos vasos. Por supuesto le invito a uno. Se lo bebe de un trago, da las gracias y se larga.

Después, enseguida, todo se apaga. Y un segundo más tarde me desplomo.

Y en la playa de Tenuck Bennang, los niños corren cerca del agua y lanzan al aire golpes como boxeadores enanos y de vez en cuando se lían en peleas poco serias. Sin hacerse daño, pero marcando gestos de verdaderos profesionales. Los mismos niños me han vendido conchas y cruces de madera y casquillos de bala colgados de un cordel de seda, también me han preguntado cómo es Nueva York y cómo es Madrid y cómo es el resto del mundo, y yo he tratado lo mejor que he podido de recuperar viejas imágenes, pero no todas las imágenes estaban claras, no todas las calles estaba

en su sitio, no todas las descripciones eran exactas. Por supuesto me he asustado al comprobar el desorden de mis recuerdos y el silencio nuevo que ha sustituido muchos de los ruidos que creía imposible olvidar. El ruido de los coches en la calle o el ruido de la lluvia contra el suelo. Dos GPG para pasarle al miedo por encima y una cerveza fría para soportar mejor el sol y el calor de este enero absurdo.

Luego enseguida me concentro en mis negocios, porque hay una mujer en la playa, sentada a mi lado, que quiere olvidar a un hombre, a un hombre que ya ha perdido, y no entiende qué puede haber de malo en olvidar lo que al fin y al cabo ya no se tiene. La mujer, al parecer, no había olvidado nunca antes y los que nunca han olvidado no pueden disimular el temor a que haya algo diabólico en nuestras erosiones químicas de memoria, por más que sea evidente y así se lo digo, que es el recuerdo, no el olvido, el verdadero invento del demonio.

¿Está seguro?, pregunta la mujer, que apenas pasa de los treinta y tiene los ojos clavados en la arena como si en la arena estuviese escrito algo que sólo ella es capaz de leer.

Estoy seguro.

La mujer tiene un negocio en el puerto, junto a los ferrys, un pequeño puesto de telas, seda japonesa y tejidos bordados, pero ella no cose, ella misma me lo ha dicho aunque yo ya lo había imaginado porque tiene las manos limpias y blancas. Cuando se da cuenta de que miro sus mano las esconde debajo de la arena. La mujer me cuenta entonces que no nació en Penang, sino en Kota Besud, y que vino aquí con su marido, y que luego su marido se fue, porque las cosas se derrumban de pronto y se acaban, y que el hombre, su marido, se fue sin nada. Sin llevarse nada de la que había sido su casa. Sin llevarse su ropa, ni sus libros, ni siquiera sus gafas, y que por eso ella creyó entonces que volvería pronto, pero que no había vuelto nunca y que entonces ella pensó qué clase de vida tiene un hombre que no quiere llevarse nada de lo que ha tenido, nada de lo que era suyo. Después, por supuesto, ella había seguido viviendo entre todas esas cosas despreciadas durante mucho tiempo, hasta hoy, y ahora ella también quiere irse y olvidarlo todo.

Me alegro sinceramente de ser capaz de ayudarla, así que le digo que no tiene de qué preocuparse porque olvidar es mi negocio. Luego ella rescata sus manos de la arena y saca de un pequeño bolso bordado, un buen montón de dinero.

En la habitación de al lado están celebrando el cumpleaños de Hitler. Las marchas militares atraviesan la pared y se cuelan en mi cuarto. Viejos himnos de la Luftwaffe animan la tarde, calurosa, pero por todo lo demás espléndida. Mi alegre vecino, que no es alemán ni nada por el estilo, sino más bien un birmano confundido, asoma la cabeza por mi balcón, que está suficientemente cerca del suyo, y me invita amablemente a unirme a su fiesta. Según él mismo ha dicho, la felicidad de los

vecinos es siempre una molestia a no ser que uno la comparta. Convencido por sus argumentos y con la natural curiosidad de quien no ha asistido nunca a una fiesta de cumpleaños de Hitler, salgo al hermoso pasillo del cathay, un hotel más que noble; suelos de madera, paredes blancas con remates azules y auténtico mobiliario sueco, salgo al pasillo, digo, y camino descalzo, apenas son seis pasos, hasta la puerta de al lado. Mi amigo birmano tiene allí dentro a dos parejas orientales y a su mujer, una norteamericana colorada por culpa del champán y la gloria de las viejas victorias germanas. Las paredes por supuesto están adornadas con esvásticas y banderas de guerra, junto a la cama una edición ilustrada del Mein Kampf hace las veces de biblia.

¿Champán?, pregunta el birmano nazi.

Por supuesto.

Luego la norteamericana, que resulta ser de San Francisco, me alcanza un espejo de tocador con un buen montón de cocaína encima. Me veo en la obligación de ofrecerles a cambio algunas pastillas pero las rechazan con entusiasmo.

Esas drogas no, dice la chica de San Francisco, la falsa empatía es la más deshonesta de las emociones.

Perfecto. Guardo mis pastillas y al ritmo de un hermoso cantar de la Wehrmacht cruzo la habitación hasta la terraza y me asomo a la cochera del cathay.

Todo está tranquilo, los conductores de ciclós debajo a la sombra de un árbol esperando a los huéspedes del hotel y más lejos la gente que vuelve de Wat Chayamangkalan el templo de los dragones azules y el gigantesco buda tumbado. Todo esta en orden ahí fuera y aquí dentro estos nazis locos no dejan de cantar y de desfilar y de darle al champán y a la cocaína.

Me despido muy educadamente de los seis dementes y una de ellas, una mujer tailandesa vestida como la mujer de un astronauta, se empeña en acompañarme al pasillo, cuando entro en mi cuarto para ponerme las botas, aún la tengo detrás, y luego encima empeñada en besarme, así que nos besamos, nos besamos mucho rato, aunque a ella le parece poco porque al despedirnos aún me reprocha algo; pero como me lo reprocha en tailandés no sé de qué se trata, y por supuesto no le presto demasiada atención.

En la puerta del cathay me esta esperando un cicló. Se va tan bien en estos trastos que le dan a uno ganas de recorrer el mundo entero. Cuando el viejo hindú me pregunta adónde vamos, por supuesto, me conformo con mucho menos.

Al komptar center.

En los baños del Komptar tengo un encuentro rápido y vergonzoso con un musculoso chico de Brunei. Luego, enseguida, y eso es lo bueno de los centros comerciales, que puede hacer uno de todo, subo hasta las galerías de arte en la última planta y me quedo un buen rato viendo a uno de esos tipos que se inoculan

sofisticados virus diseñados por audaces ingenieros genéticos y que exhiben luego los sorprendentes resultados en su propia piel. El hombre está de pie, desnudo, contra una pared blanca en la que está escrito el nombre del virus: ZERO.

Le han puesto zero porque es capaz de reducir a un tipo al tamaño de un donut en un par de semanas. Nada agradable en cualquier caso. Estos nuevos suicidas te hacen añorar a los viejos masoquistas, con sus pesas colgadas del pene y los pezones agujereados con clavos. En fin. Todo avanza. Es el signo de los tiempos.

Por cierto, me he comido una hamburguesa, algo que no suelo hacer, y me he comprado un montón de cosas inútiles: zapatillas de deporte, accesorios para pipa y unas estupendas gafas de sol. Lo he tirado todo, menos las gafas, porque odio andar con bolsas en la mano.

Ya llevaba un rato sentado en una absurda cantina mejicana, bebiendo mezcal, cuando me he dado cuenta de que estaba puesto de rosas, una ligera, agradable, dulce, ridícula sustancia que se trabaja mucho en los países nórdicos y que trae consigo toda esta larga e imprecisa alegría que le hace a uno perder el tiempo, seis o siete horas, en el centro comercial o en cualquier otra parte, sin que aparezca la sombra de la más pequeña de las preocupaciones. Una droga definitivamente inmadura, probablemente un descubrimiento accidental en el desarrollo de un compuesto más interesante, más enérgico, algo que desde luego no es lo mío pero que por alguna razón que no recuerdo, debo haber tomado no recuerdo cuándo y no recuerdo dónde.

La semivida de las rosas, es decir, el tiempo que tarda el compuesto en desaparecer en la sangre, es tan larga que te da tiempo a olvidar por qué o con quién la habías tomado. Sólo te queda entonces esperar a que se cierre la feria. Desgraciadamente, el desgaste neuronal de este invento es terrorífico. La felicidad inútil que proporciona exige un esfuerzo desproporcionado. Algo así como un barco de papel que necesitase de un huracán para dar vueltecitas en la bañera.

En cualquier caso no hay nada que hacer por el momento, así que me pido otro mezcal, sonrío lo mejor que sé al malayo mal disfrazado de Emiliano Zapata y me pongo pensar seriamente si será verdad que Hitler nació en enero.

La última vez que despierto en Malasia veo a un Chico vestido con vaqueros y una camiseta blanca subido a una silla mirando por la ventana, entre las láminas de una de esas cortinas de láminas blancas verticales. Cuando se da cuenta de que le miro, me da una rápida explicación.

—Si no me subo aquí no consigo ver el mar.

Luego se baja de la silla. No tiene más de veinte años; pelo negro, muy corto, habla castellano con acento portugués. Es simpático y es mi amigo. Lo sé porque él mismo me lo dice.

—Soy tu amigo. Estuvimos hablando mucho en el rock garden. También había dos chicas filipinas. Se fueron antes de que te diera el ataque. No hemos follado, tú y yo quiero decir. Ni nada parecido.

Por supuesto estoy desnudo, a los pies de la cama hay un estupendo traje gris de lino y una estupenda camisa de seda blanca.

—¿Y las filipinas?

—Ah, a las filipinas sí… quiero decir que a ésas sí que nos las hemos tirado.

Según lo dice se le iluminan los ojos.

—Me alegro.

La habitación está fría, la ventana está cerrada. Todo el calor está fuera. Las chicas filipinas llevaban sombreros franceses. Eso sí lo recuerdo. Una de las chicas me lo dijo. Sombreros *made in france.* Estaban la mar de orgullosas de sus sombreritos.

No recuerdo haber follado con ellas, con ninguna de ellas. Sólo recuerdo sus sombreros.

En las sábanas está escrito el nombre del hotel.

Paradise bed and breakfast.

—¿Dónde está el desayuno?

—Me lo he comido yo todo… lo siento… no parecía que fueras a despertarte. Me queda un poco de café, pero está frío.

—Nunca tomo café. No es sano. ¿Cuánto he dormido?

—Un día y medio.

—No es tanto.

—En Malasia no.

—¿Y en Lisboa?

—No soy de Lisboa, soy de Madeira —dice el chico con el orgullo con el que la gente sale de un sitio para meterse en otro. Lisboa en cualquier caso es una ciudad admirable, lenta, una ciudad que tiene siempre los ojos puestos en otra parte, Como un niño mirando desde el puente de un barco. Como alguien que sujeta una carta cerrada antes de echarla al buzón, algo que aún está aquí y que al mismo tiempo está ya muy lejos. Madeira es una isla pequeña en el Atlántico. No recuerdo haber estado allí pero eso, como siempre, no quiere decir nada.

Por supuesto siento el dolor en la espalda, pero ahora es un dolor más grande, como si algún médico loco me hubiera arrancado la columna vertebral y hubiera puesto en su lugar un palo de escoba. La habitación es blanca y no tiene más que una cama, una mesa y la silla en la que mi amigo de Madeira se sube para ver el mar.

—¿Dónde esta la televisión?

—Se la cambié a un chino por diez ampollas de GPG.

—¿Te queda alguna?

—Tienes de todo en tu maleta.

Al lado de la cama está mi maleta. Al verla me siento como alguien que sale de un sueño absurdo con un pedazo de oro en la mano. En la maleta hay aún química suficiente para hacerle olvidar al papa dónde trabaja y un poco de todo lo mejor que da la región, e incluso algo llegado directamente de los químicos de Sinjuku, pastillas para modelos japonesas y sus novios poetas. Es bien sabido que ahora a todas esas chicas guapas les ha dado por la poesía.

No he cogido casi nada, dice mi amigo, aunque no veo por qué un tipo que me deja su cama y me cuida como una madre no iba a poder coger lo que quisiera.

Dos buenos días y un GPG no mejoran nada. Casi todos los dolores siguen en su sitio, como la defensa de un equipo de fútbol italiano.

Mi amigo me acerca una botella de champán pero el champán ya está caliente y no es francés y creo que es eso lo que acaba conmigo definitivamente, porque cuando intento darle las gracias me agarra un molesto ataque de afasia y lo que digo, evidentemente, no se entiende.

Y lo que digo luego tampoco.

En Lisboa, desde el monasterio, se ven los tejados de ciudad vieja que bajan hasta el puerto sin orden, como si unas casas les cedieran el paso a las otras, aunque es evidente que las casas han estado siempre donde están. Pero por alguna razón, en Lisboa, piensa uno cosas que no tienen después ningún sentido, fuera de Lisboa.

La situación es ésta: puedo pensar en Lisboa pero, si intento decir Lisboa, no consigo decir nada.

Afasia es el nombre que le han dado al olvido que borra las palabras. Tan divertido como tratar de leer una carta de despedida escrita por un mono. Después de eso no queda mucho que hacer.

Sólo cerrar los ojos y esperar tiempos mejores.

4

TIEMPOS MEJORES

No son fantasmas, porque los fantasmas no llevan botas ni dejan huellas en la nieve.

Estoy sentado en la cama, esperando. La gente alegre del norte cruza la calle bajo mi ventana. Gente alegre del norte de Europa. Los abrigos bien cerrados, la cabeza baja.

Ahora pasa un autobús con un anuncio de cerveza pegado al costado. Cerveza alemana. El texto del anuncio también en alemán.

No son fantasmas, son alemanes.

La ventana está cerrada. No escucho lo que dicen. No escucho tampoco el ruido de los coches, ni el sonido de los pasos en la nieve. Estoy sentado en la cama esperando oír algo. Aún incapaz de decir nada.

La habitación esta vacía. No reconozco la habitación, y no reconozco lo que llevo dentro. No sé de qué química se trata, arena neutral seguramente. La reposada química del sueño. El ruido del descanso. Me zumban los oídos y me duelen las piernas. Me arden las mejillas y me sudan las manos. Estoy aquí y estoy en muchos otros sitios. Como las maletas extraviadas de un pasajero rumbo a un país distinto.

Por supuesto he comido, con bastantes ganas, y hasta le he dado las grrrracias a la enfermera, con esfuerzo, eso sí, pero gracias al fin y al cabo.

Empieza a llover y después, enseguida, me duermo. Cuando despierto, ya es de noche y no tiene sentido estar despierto. En la habitación no hay libros. No hay televisión. No hay nada. Un médico ha entrado a las nueve. Le he preguntado por qué la habitación está vacía y él me ha explicado muy amablemente que aún es pronto para amontonar información y que apenas hace seis días que recuperé el habla.

¿Seis días entre cuántos días?

Los últimos seis días entre un buen montón de días. Por supuesto no recuerdo este sitio, ni la ventana, ni la calle, ni las paredes, ni el autobús, por más que el doctor insista en que el autobús es siempre el mismo. Pero eso al parecer es normal. El médico dice que no puedo retener nada El médico dice que por el momento mi cerebro es un colador agujereado, una red abierta por la que pasan todos lo peces, del tamaño que sean, sin que se quede ninguno. Buenas noches.

Buennnas nnochesss, doctor.

Una red con un agujero tan grande como un autobús alemán.

La habitación blanca esta oscura. Tengo las manos frías, sólo las manos. En la calle no hay nadie. La luz de una videocabina de teléfonos ilumina la carretera. No toda la carretera, sólo un par de metros junto a la cabina, después la carretera desaparece.

Primero pienso en un número:

Siete.

Después vuelvo a pensar en el mismo número:

Tres.

Luego me quedo dormido.

Buenos días enfermera.

Y la mujer se alegra sinceramente, tanto que parece que no le hubieran dado nunca los buenos días, y todo puede ser, porque la gente es muy maleducada. No es que haga muy buen día y hasta puede que llueva aunque también puede ser que no, porque con estas cosas del tiempo uno nunca sabe.

En la sala de reimplantes veo dibujos animados. Hay un conejo tocando el piano vestido con un frac. Como ve que me río, la doctora me pregunta si me gusta. Y yo le digo que sí, porque es un conejo bastante gracioso, con muy mala leche, pero gracioso. Luego la doctora me pregunta si sé cómo se llama el conejo y yo le respondo sinceramente que no había visto a ese conejo en toda mi vida y luego ella me dice que el conejo se llama Bugs Bunny, lo cual por lo que a mí respecta es un nombre tan bueno como cualquier otro para un conejo.

De vuelta en mi habitación para el almuerzo. Veo pasar por la ventana un autobús alemán con un anuncio de cerveza pegado al costado.

La enfermera retira la bandeja de la comida.

No llueve.

Otoño seguramente. Mi cuerpo está bien aparte de un pequeño dolor en el pecho que probablemente no es más que miedo, pero el caso es que al mirar las paredes no sé qué paredes son. Nada de agujas, por favor, odio las agujas. Soy un drogadicto cobarde. Capaz de cualquier daño definitivo, pero temeroso de cualquier daño intermedio. No puedo agarrar una simple idea y dejarla ahí hasta que llegue la noche. Tengo que estar pensando estupideces nuevas todo el tiempo. Cuánto me queda. Qué extraña situación es ésta. De qué color era la ambulancia que me trajo hasta aquí. Cómo eran las calles.

Cuando uno ve pasar una ambulancia nunca se imagina dentro. Cuando uno está dentro también se imagina fuera. Las ambulancias van siempre vacías. Uno está en otra parte, de la misma manera que uno no está dentro de su coche cuando éste se sale de la carretera y da vueltas y uno no siente el dolor de los golpes, ni reconoce el fuego que acaba con su propia casa. Qué tremendamente aburrida es la enfermedad y cuánto le ocupa a uno la cabeza al mismo tiempo. Como las deudas. Qué terror en el pasillo y qué terror al escuchar las voces de los otros y sin embargo al segundo qué indiferencia. Pase usted enfermera. No, no estoy haciendo nada importante. Así que me trago las píldoras y poco a poco va llegando el sueño. No hay que preocuparse de nada. A descansar entonces de la estrecha vigilancia de uno mismo. Si no le importa preferiría que no se fuera usted todavía. Así que la enfermera se queda un ratito conmigo y se está mejor, mucho mejor, cuando alguien te mira, mira también las cosas que tú miras. Tu misma habitación. Desaparece el terror de las cosas

imaginadas, el terror de las catástrofes inminentes. Aún estoy despierto. Quiero que mi mente vuelva. Que construya algo que no se derrumbe a cada instante. Qué destrozo, amiga mía, qué destrozo. Siento aún la química extraña corriendo dentro de mí como un ejército de orangutanes armados. Qué de historias amenazando con aparecer y escapándose luego como los niños que tocan al timbre de la puerta y corren a esconderse. Qué malas mañanas. Qué malas noches. Dios es un enano con un cuchillo escondido en algún rincón de mi cabeza. Dios es una enfermera muerta a mi lado. No se duerma usted, señora. No antes que yo, al menos. ¿Dónde está mi madre? ¿Por qué no hay nadie conmigo? Qué triste. Qué ridículo. Qué imbécil. Morirse debe de ser así. Muy parecido a esto. Algo que sólo le importa a uno. Daría un brazo por una cerveza. Cuénteme el final del chiste, enfermera, y luego puede irse. ¿Y no hemos corrido por la playa como todo el mundo?, ¿y no hemos metido los pies en el agua? Entonces ¿por qué ahora todo esto?, ¿y no lo hemos hecho lo mejor que hemos podido? ¿A qué viene entonces tanto castigo? No me enfado con usted, señora, no es eso. Es que me duele la cabeza y estoy asustado y no entiendo. Qué desastre. Y pensar que estaba uno entre la gente, bebiendo, escuchando historias absurdas, pasándolo francamente bien, andando por los aeropuertos, comprando revistas, mirando los horarios de los vuelos en los paneles electrónicos ¿y ahora qué? No me conteste si no lo sabe. Pues claro que he viajado, he viajado por todo el mundo. Para eso le dan a uno un pasaporte. No se preocupe, enfermera, estoy tranquilo y, en cuanto pueda, me duermo, pero es que en mi cabeza se enciende una bombilla por cada bombilla que se apaga.

Me han dado veinte minutos para arreglarme. Me he duchado con calma. No me duele nada. Me han llevado a la sala de reposo. Eso es todo lo que necesito ahora. Me han frotado la espalda. Me han dado dos píldoras. La sala es pequeña. Sólo hay un masajista y un señor que debe de ser un médico.

—¿Es usted un médico?

Sí; sí que lo es. Porque ha subido y ha bajado la cabeza muy serio como hacen los médicos. ¿Y este buen humor de dónde viene? De la medicación sin duda. Y el miedo ¿dónde está?

—¿Recuerda usted el miedo? —dice mi amigo el médico.

—Pues sí, el miedo sí lo recuerdo, porque el miedo es como el frío. Una vez que se ha tenido nunca se va del todo.

—¿Cómo es que me encuentro en un estado tan lamentable?

—Se ha hecho usted mucho daño. Se ha bombardeado usted con todo lo que ha podido.

—Probablemente. Por cierto, qué buen masaje. ¿siatsu?

—Sí, señor, siatsu.

Eso lo ha dicho el masajista, porque al fin y al cabo el masaje es asunto suyo. Qué agradable que alguien se tome la molestia de acariciarle a uno. Qué buenas manos tiene este hombre.

—¿Me devolverán mi cabeza?

—Haremos lo posible —dice mi amigo el doctor y luego se despide y se larga. Qué hombre más poco simpático Qué preocupación. La cabeza baja, los ojos casi cerrados. Cualquiera diría que he llegado hasta aquí para darle un disgusto. Cúreme usted, amigo mío y déjese de cuentos.

Un buen paseo entre la arboleda para abrir el apetito. Es es lo que me han dicho. Así que paseo. Miro los árboles que son altos y fuertes, no sé bien qué clase de árboles pueden ser. Le pregunto al enfermero que pasea a mi lado como un amigo silencioso, pero él tampoco lo sabe y es que vamos todos por el mundo sin prestarle atención a las cosas importantes. Miro también al cielo, que huele agua, como si fuera a llover. Hace un poco de frío, pero como me han puesto un plumífero estupendo no resulta desagradable, sino todo lo contrario. Calor en el cuerpo frío en la cara, como viajar en descapotable con la calefacción puesta, como jurar con los dedos cruzados, como apuñalar a un tigre con una cuchara de palo. En fin, que se me va la cabeza y no sé lo que me digo. Mucho antes de llegar a la carretera, al final de la arboleda, el enfermero me dice que tenemos que volver. En la carretera los coches avanzan despacio. Me quedo un buen rato mirando los coches. Muchos llevan niños que vuelven del colegio. El enfermero me dice que no mire nada atentamente. Que no me conviene. No sé qué clase de ciencia es ésta. No nos hemos alejado más de cien pasos del edificio. Vaya mierda de paseo.

Le pregunto al enfermero por el nombre de los árboles pero el hombre no me contesta.

Ahora estoy sentado delante de un buen filete y un puré de patatas. Por supuesto pido una cerveza y por supuesto no me la dan.

Seguramente así empezó todo, dice la enfermera. Con una cerveza. Seguramente. A comer entonces. Sin cerveza, que tampoco pasa nada.

Ahora estoy tumbado en la cama. Deje usted la ventana abierta, por favor. Me gusta que entre el aire. No hay problema, dice la enfermera y luego me pregunta qué tal he pasado el día.

Pues no sé bien qué decirle, amiga mía, Supongo que bien, enredado en esta estúpida alegría que no nos va a traer nada bueno.

Un hombre lleva una bolsa de plástico llena de botellas vacías. La bolsa tiene un asa rota y las botellas se caen y ruedan por la carretera hasta que una de ellas golpea contra una cabina de teléfonos y se rompe. Las otras se quedan quietas, frenadas por la nieve junto a la cuneta. Un avión cruza el cielo. No lo veo, sólo escucho el ruido. El hombre en la carretera mira entonces hacia arriba y probablemente ve el avión, porque por un momento se olvida de las botellas vacías y sigue algo, el avión seguramente, con los ojos. Después termina de recoger y se marcha.

La enfermera ha entrado en la habitación para traer un vasito de plástico con tres pastillas dentro. He sacado las pastillas. He llenado el vaso con el agua de una botella plástico que hay junto a la cama. Me he tragado las pastillas.

La enfermera me ha preguntado por el nombre de un conejo.

No llueve.

He soñado con una pantera de bronce sobre un edificio negro junto a una fábrica al otro lado de un río.

Al doctor le interesa especialmente que sea capaz de recordar este sueño, teniendo en cuenta que no soy capaz recordar lo que comí por la mañana al llegar la noche, ni qué vi ayer desde mi ventana.

Es siempre el mismo autobús, dice el doctor. Entonces el autobús se detiene junto a una cabina de videoteléfonos, no porque tenga allí una parada marcada, sino porque el tráfico le obliga porque hay una larga hilera de coches que permanecen quietos un segundo y luego siguen despacio su marcha.

Todos los días veo el autobús por primera vez.

El doctor me pregunta entonces por la ciudad del sueño.

No sé su nombre.

Luego yo le pregunto por la ciudad que veo desde la ventana.

Berlín.

En la gran pantalla de la sala de reimplantes hay una familia sentada alrededor de una mesa. El doctor cambia el canal con el mando a distancia. Ahora hay una carrera de coches. Uno de los coches se estrella contra la barrera pero el piloto sale ileso. Se quita el casco y lo tira contra el suelo. El doctor me pregunta por el color del coche. Un ferrari rojo. Después vuelve a cambiar de canal y aparece un hombre negro cenando. Se ve la cara de ese hombre, que habla y se mete el tenedor en la boca y habla y come sin parar, todo al mismo tiempo. Se oyen risas por debajo de su voz.

El doctor me pregunta por la familia del hombre, pero yo no sé nada al respecto

hasta que aparece un plano más amplio y se ve a toda una familia cenando junto a ese hombre alrededor de una mesa. El doctor cambia de canal. Hay un documental. Tortugas gigantes nadando entre arrecifes de coral. Le digo al doctor que no me importaría estar ahí ahora mismo. El doctor me pregunta entonces si me gusta el mar y yo le digo que sí. Después apaga el televisor y me pregunta de qué color era el coche.

¿Qué coche?

Después me pregunta cómo era la tortuga.

No sé qué decir. El doctor me pregunta entonces si estoy cansado y yo le respondo que no, a pesar de que ya es de noche y al otro lado de la ventana ya no se ve nada.

El proceso puede durar meses. Eso es lo que dice el doctor. Y al parecer esta gente es experta en toda clase de desórdenes de memoria.

—¿Sabía usted que Ronald Reagan, en sus últimos años, era incapaz de recordar la presidencia?

—No sé quién es Ronald Reagan.

—Un presidente de los Estados Unidos. Ese que antes había sido actor.

—¿En qué películas?

—No creo que haya visto ninguna. Yo al menos no recuerdo ninguna.

—Pobre hombre, se olvida de que es presidente mientras los demás se olvidan de sus películas.

—Es sólo un ejemplo para que vea usted que no hay ni una sola huella, por grande o significativa que ésta sea, que no pueda ser borrada. No debe sentirse culpable por haber quemado las suyas, pero tiene que ayudarnos a recuperarlas, si de verdad quiere restablecer un mínimo de armonía en sus procesos mentales. Ahora bien, sabemos que no es una tarea fácil. Las dificultades de esta empresa van unidas a las características del cerebro mismo; diez o doce mil millones de neuronas y sus múltiples estructuras, representan un sistema dinámico, cuya enorme complejidad sobrepasa la de los ordenadores más avanzados. A los análisis centrados en la sinapsis y a nivel molecular, tendríamos que añadir al menos los concernientes al funcionamiento de las configuraciones polisinápticas y polineurónicas. Un acto de la memoria implica la reconstrucción de ciertas constelaciones de sinapsis y de neuronas de entre todas las posibles constelaciones existentes. Neurofisiológicamcnte hablando, el acto de evocación consiste en buscar, reconstruir y reconocer una constelación específica facilitada en una situación anterior. Como puede deducir de todo esto, se trata de algo ligeramente más complicado que encontrar la pareja de un calcetín en la cesta de la ropa sucia.

—Gracias. Ahora ya me siento mejor.

Hoy hay un hombre sentado junto a mí en una silla de metal y cuero rojo. La ventana esta cerrada. Quiero decir que hay una ventana pero que está cerrada, la persiana bajada. Le he preguntado al hombre sentado en la silla roja si la persiana funciona, y si puede uno ver algo desde aquí, y me ha dicho que sí, que la persiana funciona perfectamente y que al otro lado por supuesto está la carretera y más lejos la ciudad. El hombre me ha explicado muy atentamente que mi caso presenta variantes fascinantes sobre la psicosis de Korsakof. Fascinantes es la palabra que él ha utilizado, una palabra que yo, por otra parte, nunca utilizaría. La psicosis de Korsakof, también conocida como síndrome de Korsakof, está provocada por una polineuritis degenerativa y presenta el siguiente cuadro clínico: los pacientes afectados conservan la capacidad de evocar en perfecto desorden recuerdos antiguos, elaborados mucho antes del principio de la enfermedad, pueden adaptarse a las circunstancias presentes en la medida en que les son familiares, responder adecuadamente a una pregunta que se les plantee, repetir correctamente una frase, una serie de cifras o de palabras pero, después de un corto lapso de tiempo, a menudo segundos solamente, no logran evocar más los objetos, acontecimientos o personas que acaban de percibir o las acciones que acaban de realizar.

Todo el asunto me resulta sinceramente interesante. Detrás de mí, por otra parte, hay una ventana, pero está cerrada, la persiana, bajada.

Junto a mi cama hay un hombre sentado en una silla de metal y cuero rojo.

Le pregunto al hombre si cree que la persiana funciona y el hombre me dice que la persiana funciona perfectamente, de lo cual, para qué decirlo, me alegro mucho porque cuando anda uno metido en un hospital, no hay nada como una ventana abierta y una ciudad a lo lejos. Por cierto, el hombre resulta ser un doctor, un neurólogo, un tipo agradable en cualquier caso. El doctor me pregunta si le había visto antes y yo le pregunto:

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Antes… ahora mismo.

—Antes de ahora mismo estaba mirando la ventana y preguntándome si habrá una ciudad al otro lado.

—Berlín.

—¿Qué?

—Berlín es la ciudad al otro lado.

—Antes estaba pensando en Berlín Sin saberlo y después, al girar la cabeza, le he visto a usted en esa silla.

Luego el doctor ha subido la persiana y se ha marchado.

Hoy llueve. Hoy no ha venido nadie a verme.

En la pantalla de la sala de reimplantes, la fotografía del hombre sentado en una pila de troncos junto a un niño ha traído el recuerdo de esa misma imagen. No el recuerdo de ese hombre y ese niño, sino el recuerdo de esa misma fotografía. Tal vez el hombre sin memoria es capaz de ver imágenes del futuro. De la misma manera que los ciegos desarrollan un oído extraordinario y las lesbianas tienen esas lenguas diabólicas y los presos se hacen amigos de los ratones y los astronautas son capaces de cazar en el aire burbujas de leche como si fueran cacahuetes. En fin, que la necesidad le empuja a uno a lo extraordinario.

El hombre y el niño de la fotografía parecen, por supuesto, padre e hijo, sin que haya nada que permita establecer con seguridad esa relación. De la misma manera que la imagen de una mujer sola, vestida con un abrigo rojo cruzando un semáforo en una ciudad desconocida me hace pensar en una mujer abandonada, en una viuda a lo mejor, cuando podría tratarse perfectamente de una mujer enamorada, de una mujer que va a encontrarse con su amante en la habitación de un hotel, o de una mujer que, sencillamente, vuelve a casa de vuelta del trabajo.

La imagen de un hombre a la puerta de un hospital me lleva antes a un hombre enfermo que a un hombre curado.

Al ver la fotografía de un tren pienso en un viaje de ida y no en un viaje de vuelta.

Al mirar la imagen congelada y sonriente de un soldado pienso en alguien que ha muerto.

Las fotografías se suceden en la pantalla con una lentitud incómoda y a veces dolorosa. El médico me dice que la frecuencia de las imágenes se irá acelerando con el tiempo. Que el contenido de las propias imágenes será más y más subjetivo en la medida en que dispongan de más información y en la medida en que mi resistencia lo permita. Por ahora esto es todo lo que tengo. Los gestos y las caras de un montón de extraños encargados de traer de la mano la mano de mis propios recuerdos. Cazadores en el bosque persiguiendo el rastro de animales desconocidos.

Buena suerte a todos.

Son las diez de la mañana y es una mañana estupenda. Cuando la enfermera me pregunta si recuerdo algún sueño, respondo: Nevada, el desierto de Nevada y al final del desierto Las Vegas, la pirámide de luxor y las luces del flamingo, también los gigantes en lo alto de los edificios de la Gran Vía en Madrid, el ave fénix y el ángel sobre el Círculo de Bellas Artes.

Apunta mis sueños con mucha atención, como si fuera a hacer algo con ellos. Luego se va y vuelve con el desayuno. Es una mujer alta, severa, meticulosa. Es una mujer que por alguna razón pasa su vida entre gente que no sabe por dónde se anda. Le pregunto por su familia y me dice que tiene dos hijos. Le pregunto por su marido

y me dice que no tiene. Le pregunto por su trabajo y me dice que vernos mejorar es su mejor recompensa. Le pregunto si cree que mejoro lo suficientemente rápido y se ríe y me dice que sí y también me dice que no me preocupe, que ahora el tiempo para mí no es nada y que lo mismo me da un día que otro y que en menos que canta un gallo estaré perfectamente bien y tendré la mente clara y las ideas en orden y recordaré cada momento como un contable judío recuerda cada cifra, con la misma pasión.

Me ducho, me pongo la ropa limpia que la enfermera ha dejado junto a la cama. Me masturbo pensando en el cuerpo retorcido de una campeona mundial de culturismo. Una extraña mujer que vi en televisión dios sabe cuándo, dios sabe dónde. Después me desnudo, me ducho y luego me pongo la ropa que está sobre la cama.

El médico me ha preguntado por mis sueños pero yo no recuerdo mis sueños, así que no sé qué decirle. El médico me cuenta entonces mis sueños según aparecen en las notas que ha tomado la enfermera esta misma mañana. No sé de qué notas se trata, no sé de qué enfermera se trata. Nevada y Madrid. De eso van los sueños. Las Vegas, el luxor, y el flamingo. Puede ser. Eso es lo que le digo al médico, y es cierto que puede ser, porque recuerdo haber estado allí aunque no recuerdo haberlo soñado. El médico dice que las cosas se me escapan y que cada nueva impresión sustituye a una impresión previa. Con la misma absurda precisión con que una ola limpia la arena después de otra ola. El médico dice que algunos de mis recuerdos anteriores al gran deterioro siguen ahí, otros no. Por supuesto le pregunto al médico qué clase de norma rige la exterminación de huellas mnemónicas. El médico me dice que los episodios incompletos son los que más se resisten a desaparecer. Que son ésos los que persisten, aun cuando casi todo lo demás se ha ido. El médico me dice que a eso le llaman el efecto Zeigarnik. El médico me dice que los sujetos de la experiencia Zeigarnik debían efectuar una serie de 18 a 21 tareas sucesivas de naturaleza diversa; enigmas, problemas de aritmética, tareas manuales y que la mitad de estas tareas eran interrumpidas antes de que los sujetos tuvieran oportunidad de terminarlas y que eran precisamente las tareas interrumpidas las que los sujetos evocaban después con más fuerza, mientras que las demás se perdían a menudo sin dejar huella en la memoria. El médico dice que el efecto Zeigarnik se centra en las motivaciones de terminación.

El médico dice que la evocación de las tareas interrumpidas es sin ninguna duda mejor que la de las tareas terminadas. El médico dice que las tensiones residuales favorecen la retención.

El médico no lo sabe, pero ahora parece seguro que es por culpa del efecto Zeigarnik por lo que, a pesar de todo, aún recuerdo tu nombre.

Qué bien vestidos van los médicos con sus elegantes trajes bajo las batas y qué

expresión de tranquila esperanza. De fe. Qué poca fe, en cambio, en los enfermos. Qué absurdos pijamas, qué ropa deportiva tan grotesca, qué sombreros, qué poca gracia, qué ánimo tan bajo, cuánto paseo por los jardines, cuánto hablar por hablar, cuánto silencio también, y qué molestas ambas cosas. Qué poco sol, cuánta lluvia, qué corto el día y qué extrañamente corta también la noche.

Sabrá usted que aquí más de uno ha perdido la razón por culpa de una repentina mejoría salvaje.

No lo sabía, no. Pero ahora que usted lo dice, no me parece tan extraordinario. Dicho esto voy a buscar la pelota, porque esta breve conversación tiene lugar mientras juego al fútbol con un croata incapaz de acertarle a un tractor con un balón de playa, de manera que por más que yo le lanzo pases medidos, el tipo me devuelve unos pepinazos sin sentido que unas veces van a caer contra las flores y otras veces golpean en los paneles amarillos que cubren casi todo el exterior del edificio.

Una vez dentro, el croata se despide y se marcha resoplando con su balón debajo del brazo. Una mejoría salvaje supone que el orden de todas las cosas enterradas te atrape de nuevo. Qué alegría, qué tristeza, que avalancha de sentimientos innecesarios, que atentado contra la tranquilidad, qué espantosa derrota. En fin, allá cada uno con lo suyo. A eso de las seis, un poco antes de la cena, una chica de Brighton, a la que no creo haber visto antes por aquí, me invita a su cuarto, y al rato estamos follando con verdadero entusiasmo, al menos por mi parte, porque es una chica adorable con un cuerpo precioso que huele increíblemente bien como seguramente olían algunas de las cosas que he olvidado. Una adorable chica negra destrozada por la química infinita de los clubs londinenses. Después de follar me quedo dormido y cuando me despierto, ella está vestida, sentada a los pies de la cama, leyendo una de esas fantásticas revistas inglesas que reinventan el mundo cada quince días.

Ella me dice que tuvo un novio que vivió con el corazón de un mono durante seis años, hasta que un avión de pasajeros se fue a caer justo encima de su casita de Chelsea a sólo dos manzanas del estadio.

Después, al momento, oigo rodar los carritos de la cena por el pasillo.

Las fotografías cerca del río Saigón aparecen ahora como polaroids extraordinariamente lentas que por fin se dibujan sobre el papel blanco, años después de haber sido tomadas. Como si entre el paso y la huella se hubiera extendido una demora absurda.

El médico, que es un hombre de mi edad, alegre y ruidoso, un hombre al que le gusta quitarle importancia a las cosas, me dice que no tenga prisa ni miedo, que la memoria esconde las cosas pero que las cosas, a menudo siguen por alguna parte, y luego me habla de su mujer y me dice que su mujer esconde un diario desde hace

años, un diario en el que lo escribe todo desde que era una niña, y que esconde cada uno de esos libritos para que él no pueda verlos, pero que esos libros están por alguna parte y que, tarde o temprano, dará con ellos. El médico dice que todo lo que está escondido esta esperando, precisamente, ser encontrado. Al otro lado de la ventana se ve a una mujer dentro de una cabina de videoteléfono. Después de hablar un buen rato, la mujer cuelga el auricular y se queda dentro de la cabina hasta que todo lo que ha dicho y todo lo que ha oído encuentra su sitio y luego sale de allí y cruza la carretera sin mirar apenas los coches, como si lo que había al otro lado del teléfono fuera infinitamente más peligroso.

—Y cómo es que al ver su cara, doctor, no la recuerdo y sin embargo al tenerle a usted delante estoy seguro de poder recordarle todo el día, hasta que…

—Hasta que mire usted las flores.

Las flores, amarillas, tulipanes si no me equivoco, están en un jarrón de cristal junto a la cama y al mirar las flores puede ser que el doctor desaparezca pero al darme la vuelta sigue ahí.

—Interferencia retroactiva y proactiva.

—No suena mal.

—Un recuerdo desaloja a otro. Como cuando buscamos una melodía y otra más antigua o más reciente se impone a la mente.

Una vez vi a una pareja, desnudos los dos, hablando frente a la ventana de un edificio frente a mi propio edificio. Detrás de ellos había una enorme pecera con una luz azul dentro. La moqueta roja. La televisión encendida. Un hombre y una mujer hablando desnudos frente a la ventana. Me pregunto qué otro recuerdo habrá sido desplazado por éste. Por supuesto no le cuento nada de esto al médico. Así que el médico se aburre y se impacienta.

—¿Volverá mañana?

—Claro.

—¿Le recordaré entonces?

—No lo creo.

—Antes de que le olvide, ¿puede decirme por qué unas imágenes vuelven sin buscarlas y otras parecen haber desaparecido para siempre?

—Sinceramente, no. Puede que por medio de un proceso de inhibición, de origen afectivo, este reprimiendo usted un recuerdo vinculado a una emoción negativa, pero también puede ser que un proceso de filtrado esté dando prioridad a determinada información desplazando al resto de sus recuerdos a una situación de espera. En uno y otro caso, casi todo lo que no consigue ver no esta perdido para siempre.

—Dígame otra cosa, doctor, ¿soy un buen enfermo?

—No; no lo es, creo que esconde cosas que aún no ha perdido.

Y dicho esto, mi amigo el buen doctor coge y se larga sin antes despedirse, con

esa maldad que distingue a los médicos del resto de los seres humanos.

—Ahora, si quiere, ya puede usted mirar las flores.

Las flores son amarillas, tulipanes seguramente.

Y luego sale el sol y la ciudad a lo lejos parece Berlín y ya no llueve, aunque si mira uno las nubes, no parece que este no llover vaya a durar y los coches en la carretera tienen la prudencia de no correr demasiado, porque el asfalto esta aún mojado por una lluvia reciente de la que no es posible ya acordarse.

La enfermera entra en la sala de reimplantes cantando alegremente una canción alemana y en la gran pantalla, en cambio, hay un jardín japonés. El jardín japonés de Brooklyn para ser más exactos. Y no es que yo sepa tanto de jardines, es que lo pone bien claro en un cartel clavado junto a un pequeño arroyo rodeado de piedras planas. A la enfermera le parece un jardín espléndido y a mí también, así que hablamos un poco sobre la curiosa tradición japonesa de hacer extraños jardines mudos en los que las flores se esconden y las piedras le dan a uno la espalda y hablamos también de lo hermosos que son, sin embargo, estos jardines y lo poco que tienen que ver con nosotros, con todos nosotros o con todos ellos, porque estos jardines japoneses tienen la capacidad de ignorar a los paseantes, una virtud muy japonesa, por otra parte. Después la enfermera deja la sala de reimplantes cantando una absurda canción alemana.

Debajo del agua mirando las pantallas de cristal en el fondo de la piscina y en las pantallas por supuesto imágenes de flores agitadas por el viento y también flores quietas dentro de jarrones de vidrio. Estoy seguro de haber visto una de las piscinas ilustradas antes, aunque por supuesto no recuerdo dónde. No estoy solo ni mucho menos, hay una persona en cada calle. Junto a mí, una señora con un bañador amarillo nadando con tremenda soltura y mucho más deprisa de lo que uno podría imaginarse. En la calle siguiente un chico de quince o dieciséis años. A su lado una joven oriental. Voy mirando sus cuerpos mientras nado y voy mirando las flores en el fondo y por un momento estoy tranquilo. Después, al sacar la cabeza del agua, vuelve el vértigo de no saber cuánto tiempo llevo en este sitio, ni dónde estaba antes de venir aquí. El miedo de un corredor de relevos al que nadie le ha entregado un testigo. En el vestuario hablo con un enfermo que parece conocerme bien, por más que yo no consiga encontrar su cara, ni nada de lo que dice, entre mis desordenados recuerdos. También parece acostumbrado a eso. Cada día tenemos que volver a hacernos amigos, dice sonriendo y dando a entender que no le importa demasiado que así sea. Por supuesto le pido perdón por olvidarle tan deprisa, pero el hombre sonríe y me cuenta otra vez la historia de su vida, que consta de al menos diez capítulos, de los

cuales lo más interesante resulta ser una hija campeona local de patinaje sobre hielo y un intento de suicidio, el suyo, en un hotel de Hamburgo. Cuando le pregunto por su trabajo, me dice que trabaja en una agencia espacial europea y que ha estado muy cerca de la cúpula de la organización del proyecto Ámbar. Un proyecto importante que, según me cuenta, pulverizó el récord de permanencia en órbita gracias a un astronauta húngaro que estuvo cinco años solo en una pequeña estación antes de desconectar voluntariamente el suministro de oxígeno convirtiéndose así en el primer suicida sideral. Mi amigo cuenta también que la muerte de ese hombre, al que apenas conocía, estuvo a punto de arrastrarles a él y a otros miembros del proyecto. Después, se quita el bañador mojado, entra en la ducha, sale de la ducha, se seca, se viste, se peina y se va, no sin antes desearme lo mejor de lo mejor para este nuevo día, que de todas formas terminaré olvidando. Cinco años solo en el espacio es mucho tiempo, incluso para un húngaro. Estoy desnudo en el vestuario. Hay otros hombres entrando y saliendo de las duchas. Yo, en cambio, decido no ducharme. Puede que el olor a cloro ayude más tarde a recordar las flores dentro de los monitores en el fondo de la piscina.

El médico me ha enseñado una canción. La canción dice: *Te esperaré durante mil veranos.* Es una buena canción. He tratado con ganas de no olvidarla. Después, el médico me ha dado una lista de números. Cuando me pregunta por la canción sólo me quedan los números, 7, 10, 43, 5, 12.

El médico me pide que mire por la ventana, pero la ventana está cerrada, la persiana está bajada. Ahora me pregunta por los números, pero no sé de qué números me habla. El médico dice que cualquier impresión, por insignificante que parezca, sustituye a la anterior. El médico dice que mi cerebro ha sufrido demasiadas agresiones químicas, pero que poco a poco el bosque se irá repoblando. Cuando el médico se marcha, me quedo mirando la persiana bajada sobre la ventana tratando de imaginar lo que hay al otro lado. Finalmente pulso el botón que levanta la persiana y veo la carretera, una ciudad a lo lejos, los coches, una cabina de videoteléfono. Cierro los ojos y me tumbo en la cama. No consigo encontrar ninguno de los números, pero después de un buen rato estoy seguro de que la canción era:

Te esperaré mil veranos.

Un hombre me gana al ajedrez y se alegra muchísimo. Le digo que yo seguramente nunca he sabido jugar al ajedrez, pero al hombre le da lo mismo.

—Eso es lo que dicen aquí todos cuando pierden.

—Piense usted lo que quiera.

Me levanto indignado y doy un paseo por la sala de recreo. Una mujer está jugando a uno de esos juegos virtuales de amor. Los romances virtuales son tremendamente populares, uno tiene que escoger un personaje y manejar una

situación de la manera más acertada de acuerdo con las pautas de carácter prefijadas. Un comentario fuera de sitio y estás jodido. *Game over.* Infinitamente más complicado que matar marcianos. ¿Y no viene un tipo y me pregunta si le debo dinero? Siempre hay un listo que intenta sacar provecho de la desgracia ajena. Aquí casi nadie recuerda nada, así que es fácil convencerle a cualquiera de cualquier cosa. No señor, no creo que le deba a usted nada.

—Perdóneme, estaba casi seguro de haberle prestado cien marcos hace menos de una semana.

—Hace una semana yo era el mismo que soy ahora y no le pediría a usted cien marcos ni para salvarme de la horca.

Así que el tipo se larga refunfuñando, lo que por otra parte es una costumbre feísima, y yo me quedo mirando los árboles al otro lado de los grandes ventanales, escuchando la música enana de la megafonía. ¿Y no es absurda esta manía de perseguirle a uno con música por todas partes? Como si te tiraran sopa encima cuando no tienes hambre. Ahora pasan dos gemelos hablando de un regalo de navidad y uno está seguro de que era una bicicleta mientras que el otro cree honestamente que se trataba de un reloj de cuarzo.

Mientras tanto, al fondo de la sala, un anciano acaba de recordar el nombre de su perro.

Que estoy perdido parece evidente, porque los días se van amontonando, y aquí la enfermera, muy simpática, eso sí, y el doctor empiezan a impacientarse, aunque por supuesto disimulan con eficacia mientras me miran de reojo y apuntan cosas en sus pequeñas libretas y hablan con sus colegas y ven al resto de los desmemoriados y entran y salen y vuelven a entrar y las rosas rojas en el fondo de la piscina me sorprenden esta mañana con la misma violencia con la que seguramente me sorprendieron ayer y anteayer y el resto de todos los otros días.

Que nadie sabe muy bien qué hacer conmigo también es seguro, porque cuando le pregunto al doctor como voy a salir de ésta, me dice mirando al suelo: Eso ya se verá, lo cual como diagnóstico se queda más bien corto.

Que todo el daño neuronal al que nos enfrentamos lo haya causado yo solo, guiado por la conducta poco razonable de quien tira el motor por la borda para navegar más deprisa es algo que me ha explicado el doctor con mucha paciencia utilizando esa precisa imagen de la barca y el motor y otra que incluía un bate de béisbol, dos kilos de fresas y el nombre en francés de un instrumento de doce cuerdas, aunque esta imagen se me ha escapado por más que he tratado de agarrarla con la misma atención y la misma fe con las que se escucha una penitencia.

Y ahora entran dos amigos de la habitación contigua que cantan canciones y bailan encima de las camas y nada más verles entrar me doy perfecta cuenta de que

son gemelos y de que sus pijamas son iguales y por un momento tengo la sensación de que somos todos el mismo. También es verdad que un segundo después esa idea absurda se me va de la cabeza con la misma alegría con la que ha venido. Mis dos amigos son definitivamente iguales, pero yo por supuesto soy completamente distinto. Sin que esto nos haga a unos mejores que a los otros.

Mis amigos me preguntan qué tal estoy hoy, y yo les digo que bien, lo cual es casi cierto.

Yo les pregunto a ellos qué tal estaba ayer y ellos me cuentan que ayer gritamos desde la ventana hasta que alguien desde un coche levantó la vista hasta aquí y que después le saludamos con la mano como si fuera un amigo que viniera a visitarnos pero que finalmente el hombre bajó la cabeza y su coche pasó de largo.

Cuando entra la enfermera los hermanos se largan y entonces la enfermera me cuenta que de los dos gemelos sólo uno recuerda, y que el otro lo ha olvidado todo y me cuenta también que los médicos encuentran tremendamente interesante el caso porque, al parecer, cuando un hermano mira al otro, ve el reflejo de lo que es ahora y de todo lo que sido, sin embargo el hermano enfermo sólo ve a un hombre extraño con su misma cara.

Por supuesto yo me olvidaré de ambos en cuanto enciendan la luz de la mesilla, incluso antes, después de perseguir los cables en la pared con la atención suficiente.

Los problemas de los demás, incluso sus caras, eran probablemente algo que trataba de olvidar desde un principio.

Los coches, las casas, las ventanas iluminadas y las huellas de los pies descalzos en la arena, los guantes perdidos, las agendas de teléfonos abiertas y las puertas cerradas en los pasillos de los hoteles.

Detrás de la máquina de refrescos hay una mujer escondida. Sólo dios sabe por qué. Al final del pasillo hay un enfermera sentada en una silla como uno de esos jueces de línea en los campos de tenis, mirando fijamente una raya el suelo, dando fe constantemente de qué pelotas caen a uno y otro lado. Porque algunas están fuera y las otras están dentro y no hay nada más que decir al respecto. La tarde mejor que la mañana, supongo, porque a pesar de que no puedo recordar con claridad la mañana, una ligera pero evidente sensación de alivio está invadiendo cada uno de mis pasos por el pasillo. Como el vapor que desaparece del espejo del baño al abrir las ventanas. Algo que desde luego no va a cambiar el mundo pero suficientemente importante para quien, este es mi caso, se pasa los días esperando la llegada de pequeñas diferencias que separen un segundo de otro antes de que sean todos tragados en cadena por este magnífico agujero negro de mi memoria. El ruido de las pelotas de ping pong, por ejemplo, o el sonido de las televisiones encendidas dentro de las habitaciones van marcando la forma definitiva de los minutos y son los minutos lo

que cuenta, debido fundamentalmente a la ignorancia de las horas. Los minutos son las páginas centrales de un libro que está ardiendo por los dos costados al mismo tiempo. Cuando el sonido de las pelotas de ping pong se detiene, esa parte de mi vida se acaba. El pasillo mismo tiene una llama en cada extremo. No es el miedo a terminar el que me hace andar tan despacio sino el miedo a no haber empezado. Todo muy aburrido en cualquier caso. Aburrido como un muerto frente a un espejo. Aburrido como una cruz sobre una tumba vacía. Tremendamente aburrido. Me siento como uno de esos astronautas hibernados en un viaje que dura cientos de años. Mientras en la tierra la gente ve pasar los veranos, aquí dentro apenas pasa nada. Aquí dentro ni siquiera nos crecen las uñas. ¿Puede imaginarse algo peor? Seguro que sí, no es más que una manera de hablar pero ¿puede imaginarse? Incluso a los muertos les crecen las uñas.

La enfermera se levanta de pronto de su silla, indignada por alguna pelota que ha caído fuera del campo, o tal vez también ella sienta el calor de las llamas que van consumiendo el pasillo.

Una mujer, mientras tanto, sigue magníficamente escondida detrás de la máquina de refrescos.

La lluvia golpea la cabina de teléfonos haciendo un ruido que no puedo oír desde aquí, pero haciendo algún ruido, desde luego. La cabina tiene un monitor dentro de esos que sirven para ver a la persona con la que hablas mientras la persona con la que hablas te ve a ti. Como no hay nadie utilizando la cabina, en la pantalla sólo se ve la cara de la operadora. Una grabación que repite amablemente los pasos a seguir en la utilización del videoteléfono. Ahora la operadora no hace nada. Mira la lluvia. Es un decir, claro, porque una imagen pregrabada no es capaz de ver la lluvia, pero aun y así, de alguna manera, la operadora mira la lluvia y no dice nada. La carretera esta ahora desierta y por lo que a mí respecta puede haberlo estado siempre, porque el primer coche que vea, seguramente al amanecer, será el primero, como es ésta la primera de las noches y su final marcará el primero de los días. Por más que pueda recordar con absoluta facilidad muchas de las noches de los días y muchos de los días de las noches antiguas, no consigo guardar las noches de los días ni los días de las noches recientes.

Mis bolsillos están rotos.

No hay nada de lo que ahora me dan que vaya a seguir ahí mañana.

El edificio blanco tiene dos plantas, por fuera no es blanco ni mucho menos, por fuera esta cubierto con unos grandes paneles amarillos. El jardín no está vallado ni nada por el estilo, aquí uno es libre de irse cuando quiera, esto es un hospital, no una

cárcel. En la planta de abajo, junto al gran vestíbulo, está el comedor y el comedor también tiene paneles, pero estos son verdes como la hierba del jardín. Normalmente, al parecer, como solo en mi cuarto pero hoy he comido en el comedor y hasta he hablado con una mujer que intenta desesperadamente recuperar algunos recuerdos accidentalmente extraviados, por culpa, según dice ella, de la falta de rigor de los laboratorios rusos. Una buena parte de las antiguas mafias rusas que se dedicaban a traficar con material de desecho del ejército y por supuesto con enormes cantidades de plutonio, se dedica ahora al comercio clandestino de química casera. La buena mujer me cuenta que la química rusa ha hecho más daño en la Europa del Este que las inundaciones del 99 y al parecer las inundaciones del 99 desplazaron a más de diez millones de afectados y mataron al menos a varios miles de desgraciados. La buena mujer me dice también que son siempre los desgraciados los primeros que se van con la corriente, venga de don venga el agua. Nadie recuerda nada, dice la mujer. Antes de preguntarme a mi por mis propios recuerdos.

—¿Yo?

—Si, usted, ¿qué es lo que ha olvidado?

Y aunque la pregunta no puede ser más sencilla, la verdad es que no sé muy bien qué decirle a esta buena mujer, porque durante estos días sin recuerdo, el tiempo que llevo en el hospital, mi mente ha dado muestras de un caos mayor y diferente del resto de los hombres sin pasado, al haber aparecido viejas imágenes quemadas mientras otras nuevas desaparecían. Algo que tiene a mis médicos muy distraídos y que han dado en llamar anarquía mnemónica.

¿Qué es lo que he olvidado?

La misma pregunta es absurda, y sin embargo es la pregunta que vuela por los pasillos de este sitio al caer la noche. La pregunta que vuela dentro de las habitaciones cerradas y en el jardín, por encima de las cabezas de todos los que paseamos mirando al cielo cada vez que la lluvia nos da un respiro. También es la pregunta que flota en la piscina y la que nos llevaremos cuando salgamos de aquí. Camino de la ciudad al final de la carretera o de cualquier otra ciudad igualmente extraña.

¿Qué es lo que he olvidado? Y cómo coño quiere usted que yo lo sepa, amiga mía.

Lo único que puedo decirle es que parte de lo que debería haber olvidado sigue aquí y que mientras uno se vuelve loco apagando nuevos incendios son los viejos incendios los que reviven con la fuerza de las imágenes de las viejas películas.

¿Qué he olvidado?

Todas las oraciones, el nombre de mis padres, la sombra de los árboles junto a la valla de mi colegio, el mundial de fútbol del 78, si he ido alguna vez en barco, las heridas de bala, si las ha habido, los hijos, si los hay, sus caras, las caras de un millón

de mujeres, por alguna extraña razón no demasiadas películas, pero desde luego algunas, números, puede que algún idioma, mañanas, tardes, noches, el sabor de muchas cosas y también el color de muchas cosas, cientos de canciones, cientos de libros, favores, deudas, promesas, direcciones, amenazas, calles, playas, puertos, ciudades enteras, he olvidado Berlín y he olvidado Roma, por supuesto no he olvidado Tokio, he olvidado el día de ayer completamente, como olvidaré el de hoy y después el de mañana.

¿Qué más he olvidado?

La he olvidado a usted, señora mía, y he olvidado el jardín y la piscina y he olvidado todas las heridas en mis propias manos pero sintiéndolo mucho y no sabe usted cuánto, no he conseguido olvidarla a ella.

Hoy me he encontrado en la sala de implantación de huellas a un tipo que al parecer es el hermano gemelo de otro tipo y que según me cuenta comparte una habitación junto a la mía. Hemos intercambiado en la sala de espera unas palabras que seguramente a ninguno de los dos nos han sabido a mucho.

—¿De dónde es usted?

—No estoy seguro.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Tres semanas.

—¿Y yo?

—Usted lleva por lo menos tres semanas porque ya estaba aquí cuando nosotros llegamos.

—¿Qué tal está su hermano?

—Bien, supongo, me cuenta cosas todo el tiempo y tiene una historia para cada una de mis cicatrices. ¿Ve usted ésta?

—Sí que la veo, un tajo en la cabeza del tamaño de un dedo.

—Esta me la hice al atravesar una puerta de cristal en una casa de campo a las afueras de Praga.

—¿Es usted checo?

Eso parece. ¿Conoce usted Praga?

—Seguramente. ¿Qué fue de la casa?

—Mí madre la vendió antes de morir. Desde entonces vivimos en el centro, cerca del río.

—¿Hace frío en Praga?

—No lo sé, no me lo han dicho. Supongo que los inviernos son fríos y que en verano puede uno andar en manga corta hasta que llega la noche.

—De eso estoy seguro. No hay lugar en Europa que no tenga un buen verano. O al menos algunas buenas tardes de verano. ¿Conoce usted Skagen?

—No lo creo.

—Es un pueblo pequeño al norte de Dinamarca.

—¿Recuerda usted eso o es algo que le han dicho?

—Supongo que lo recuerdo, porque a mí, al contrario que a usted, todo lo que me dicen se me olvida.

—¿Cómo es Skagen entonces?

—Pues no lo sé bien, pero desde luego recuerdo las dunas, dunas enormes junto a la playa, y recuerdo el mar Báltico juntándose con el Atlántico. Y las olas de un mar estrellándose contra las olas del otro.

—Yo pasaba los veranos en España.

—No me diga, yo aún recuerdo Madrid como mi primera casa.

—Yo no recuerdo la costa del Sol pero al parecer lo he pasado allí estupendamente.

—No lo dudo.

—En la costa del Sol no se duerme nunca y en algún sitio hay un pequeño parque de atracciones con una montaña rusa de madera.

—Probablemente en Fuengirola.

—Probablemente.

Después mi amigo baja la cabeza y se pierde entre su lista de recuerdos implantados con la inocencia de los que en cualquier parte se sienten como en casa. Cuando aparece la enfermera, mi amigo ni la mira y tampoco me mira a mí, mientras me despido camino de la sala de reimplantes. Alguna gente desarrolla un afecto desmesurado por lo que ha perdido. Claro que para mí resulta fácil decir estas cosas porque yo ahora recuerdo perfectamente Fuengirola.

Hoy hace un día precioso.

—Sí que lo hace.

—Ha paseado por el jardín?

—Supongo que sí, porque tengo frío en las manos y aún llevo puestas las gafas de sol.

—¿Qué más ha hecho hoy?

—He estado viendo imágenes en la gran pantalla.

—¿Recuerda algo de lo que ha visto?

—Un experimento llevado a cabo en Holanda destinado a reducir el absentismo escolar.

—Parece interesante.

—Lo es. Se llama el proyecto Vogler. Se trata de una campaña para demostrarles a los niños lo tristes que están todos cada vez que uno falta a clase. Algo así como el cuento de navidad de míster Scruggle. Cuando el fantasma le enseña al viejo cómo

son las navidades presentes, las pasadas y las futuras sin él.

»Un niño decía que fuera del colegio era más feliz que dentro. Que la sensación de estar fuera era de por sí una sensación mejor.

—¿Usted recuerda esa sensación?

—No pero puedo imaginármela. Además el pobre chico sonaba tremendamente convincente.

—Ha visto otras cosas.

—¿Es una pregunta?

—No, sé que las ha visto, yo también estaba allí.

—¿Qué otras cosas?

—Películas.

—Cuál.

—*Con la muerte en los talones.*

—No la recuerdo.

—Es esa en la que a Cary Grant le confunden con un espía y le secuestran, la que termina en las montañas con las caras de los presidentes.

—¿Salía Eva Marie Saint?

—Sí.

—Ya me acuerdo. Nadie se cree que un tipo al que le están pisando las manos no se caiga de una roca, y el avión, en la secuencia del avión y el campo de trigo, se notaba un poco el truco.

—¿No le gusta Hitchcock?

—No me gusta que me engañen. Me gusta *Los pájaros.* Ésa sí que es buena.

—También se notaba el truco.

—Ya, pero ahí no importaba. Todo era culpa de la madre que se quería tirar a su hijo. ¿Sabe el chiste del psiquiatra?

—No.

—Pues resulta que un tío se pasa años acudiendo a la consulta de un famoso psiquiatra en Nueva York y se gasta un montón de dinero, y un buen día el psiquiatra le dice: Amigo mío, ya sé cuál es su problema, en el fondo de su alma usted siempre ha querido mantener relaciones sexuales con su madre.

»El pobre hombre se queda hundido y le contesta: ¿Sabe, doctor?, le hubiera pagado el doble porque no me dijera eso.

Por la tarde un amnésico desesperado ha celebrado su cumpleaños. Le han traído una tarta con cuarenta velas pero el hombre las ha quitado todas hasta dejar sólo una. «No estoy dispuesto a cargar con los años que no recuerdo.» Eso es lo que ha dicho.

Suena razonable.

Me he dormido pensando en Cary Grant. Uno de esos actores antiguos que parece una cabeza atornillada al final de un traje. Un tipo encantador en cualquier caso.

Un progreso miserable en la sala de reimplantes, por qué negarlo.

Sólo dios sabe cuánto tiempo hace que no paso por Madrid y sin embargo al ver las imágenes en la pantalla, el palacio de cristal, las palmeras gigantes en la estación de Atocha, los guerreros armados con lanzas y los ángeles de piedra sobre los edificios de la Gran Vía, siento lo que siente un criminal frente a un crimen extraño, delante de un arma que no es la suya. Nada. Si acaso un ligero alivio, saberse culpable de una culpa diferente. Por supuesto es en la sala de reimplantes donde uno debe empezar a tejer el traje de la memoria con los hilos que esta buena gente ha conseguido juntar. Imágenes, sonidos, algunas canciones con las que el paciente debe atarse los zapatos del recuerdo y salir andando por encima de sus propias huellas. Pero por alguna razón que escandaliza a los médicos, mis huellas mnemónicas se encienden y desaparecen como aviones en el cielo iluminados por los focos del miedo durante un bombardeo. O sea, ahora sí y ahora no. El deterioro neuronal al que nos enfrentamos, cito a mis médicos, es extremo pero desde luego no único. Tenemos aquí a un hombre que cada mañana se peina de manera distinta, incapaz de recordar su propio aspecto y tratamos con éxito a un niño que confundía a su propia madre con cualquier mujer que apareciera por televisión, ya fuera Marilyn Monroe o una de esas nuevas estrellas virtuales.

—¿Cómo se llamaba?

—Quién.

—El niño, ¿cómo se llamaba?

—André.

—¿Era francés?

—Era belga. ¿Tiene alguna importancia?

—Supongo que la tiene para los belgas.

—El caso es que no debe usted tomar nuestra natural preocupación por desconcierto.

—¿Qué fue de André?

—Recuperó la imagen de su madre.

—¿La imagen de su madre?

—Sí, su madre había muerto en un accidente aéreo.

—Así que usted le cambió a Marilyn Monroe o a una estrella virtual japonesa, Riosuke, por ejemplo, por una madre muerta.

—La obligación de la memoria es cargar con las cosas como son.

A veces las cosas como son resultan insoportables. Por cierto no sé sí ustedes saben que Riosuke fue la primera estrella virtual que acabó con su propia vida, mucho antes del suicidio en cadena de todos esos nefastos ídolos del pop digitales. Es más, recuerdo, por asombroso que les parezca, que estando en Tokio vi actuar a

Riosuke en la gran pantalla de Shibuya, días antes de su muerte virtual, y recuerdo que sonaba una vieja canción de Françoise Hardy en alemán, *Wenn dieses lied erklingt*, y casi recuerdo haber llorado, claro que también puedo estar exagerando.

Esto por supuesto ya no se lo digo a los doctores, pero al salir de la sala de reimplantes, que no es más que una sala vacía con una gran pantalla frente a una comodísima butaca de cuero, no puedo dejar de pensar en el pobre André, bombardeado con magníficas imágenes de su madre muerta. Con demasiada frecuencia el trabajo de toda esta gente consiste en arrastrar a la gente hasta los sitios de donde ha escapado. Hasta las tardes de verano en Tokio o hasta los restos de un avión hundido en mitad del océano Atlántico.

Corriendo alegremente por el césped mojado delante del hospital para celebrar con el resto de los pacientes que por primera vez en un buen montón de días no llueve. Por supuesto es algo que no puedo ratificar como no puedo ratificar nada más allá del color de las cosas que tengo delante. De alguna parte ha salido un estupendo balón de cuero y, cuando lo veo venir, lo paro con el pecho con bastante soltura y después de un par de toques se lo paso a una chica adorable que corre tras él como si no hubiera nada mejor que hacer en la vida. Da gusto estar al aire y ver las cosas desde aquí. Qué verde está el césped y tire usted sin cuidado que no hay nada que romper y dicho esto la chica le pega con tantas ganas que el balón me pasa por encima y sigue volando hasta estrellarse contra una de las puertas de cristal del edificio. Al segundo sale una impresionante enfermera alemana, francamente disgustada, así que mi amiga y yo nos ponemos a correr sobre la hierba mojada tan deprisa como nos dan las piernas y tras caernos dos o tres veces y sentir el agua de la hierba en la cara y, claro está, en el culo, llegamos hasta una elegante formación de setos y ahí detrás nos escondemos y nos reímos como locos, tal vez no sea la comparación más apropiada, pero el caso es que nos reímos y nos miramos y aunque apenas si nos hemos dicho nada no puedo evitar tocarle las tetas por encima de un vestidito de campo muy italiano, y al rato estamos besándonos y follando alegremente y dios sabe el tiempo que llevaba sin follar, pero por un momento me agarro a esta chica como si el mundo entero se estuviera dando la vuelta y temiera caerme con el resto de las cosas, derechos todos al infierno.

Después viene un tipo gritando, preguntando por su balón, y yo le digo que no sé de qué me habla, pero que en cualquier caso un buen balón de cuero es una cosa muy seria y que debería tener más cuidado, sobre todo teniendo en cuenta la propensión que tenemos aquí todos a olvidarnos, antes o después, de dónde lo ponemos todo.

Al otro lado de un seto hay una preciosa chica tumbada sobre la hierba sonriendo. Por supuesto me siento a su lado. Nos fumamos un cigarrillo y follamos. Cuando ya hemos terminado, las nubes se cierran educadamente sobre nosotros negras como

zapatos.

Antes de saltar a la piscina me dice la enfermera que, a pesar de mi resistencia, progreso, lo cual es una traición de los sentidos. Igual que en el colegio, donde por mucho que te empeñes en evitarlo, al final, aprendes. Al agua entonces.

Una vez seco, en la sala de baile, porque resulta que aquí tienen una, me niego a bailar como si me fuera la vida en ello y me quedo en un rincón mirando cómo bailan los otros. Y bailan bien, algunos con verdadero entusiasmo. No entusiasmo contagioso pero entusiasmo al fin y al cabo, y por más que algunas chicas y algunos chicos muy guapos vienen a animarme, la verdad es que no me animo, porque sea lo que sea lo que tenga que venir y lo que haya pasado antes, una cosa es segura, la muerte no me encontrará bailando.

¿Y qué es lo que bailan?

Pues música muerta de los DJ de Londres, música triste de los antros de la Boca en Buenos Aires, música roja de España, valses de Strauss, polcas húngaras, danzas árabes, música buena y música estúpida del pasado y del futuro.

¿Y canciones francesas?

No, canciones francesas no.

¿Y qué es lo mejor de las canciones francesas?

Pues precisamente que a los franceses no les gusta cantar y eso, cuando cantan, se nota.

La enfermera viene agitándose al son de una cumbia y, en fin, cualquiera puede imaginarse cómo baila la cumbia una enfermera de Hamburgo.

Baile usted, dice la buena señora, al fin y al cabo, por mucho que baile hoy, mañana ya lo habrá olvidado.

Si la estrangulo hoy, mañana a estas horas, seguramente también lo habré olvidado, pero comprenderá usted que eso no es excusa.

Por supuesto en cuanto oigo los preparativos de la merienda me olvido del baile, porque la verdad es que tengo un hambre de lobo. Asi que salgo otra vez al pasillo y me quedo mirando fijamente la bandeja de donuts, pero al final me decido por un pedazo de applestrudel, porque si algo saben hacer los alemanes es applestrudel y le pregunto a la enfermera si este hospital es alemán y la enfermera me dice que por supuesto que lo es y que no estamos a más de dos kilómetros de Berlin, así que me cojo el applestrudel y un zumo y un par de servilletas y me lo ventilo todo en un momento.

No recuerdo haberme dormido y me he despertado con un trueno. ¿Soy de los que se asustan de las tormentas o soy de los que se ríen en la cara de los relámpagos y duermen a pierna suelta?

Francamente, no lo sé, pero enseguida lo veremos.

La habitación vacía, el sonido de la lluvia, la primera luz del día, las voces de las enfermeras preparando el desayuno, los televisores encendidos, el motor de los coches, las manos limpias, la lámpara apagada, la ventana abierta. Todos los días se parecen a éste.

En la sala de reimplantes, un río, un niño, un coche de bomberos, una cruz, dos gallinas, una boda judía, Maradona, una mujer en un aeropuerto. Recuerdos arbitrarios, un programa no específico, destinado a establecer conexiones inmediatas en la mente de cualquiera.

En el vestuario, junto a la piscina, una rápida aventura con un chico de Taiwán, delgado como una niña.

En el comedor una mujer se ha derrumbado.

Durante el paseo de la tarde he contado tres aviones. El último me ha hecho pensar en una mujer en un aeropuerto y en un niño y en un río, pero esos recuerdos no son míos.

Frente a la gran pantalla, las imágenes de un accidente aéreo me han recordado la hierba mojada durante el paseo.

Luego viene la cena y en la cena un hombre me ha hablado de su casa y de la cara de su padre. Aquí la gente te habla de las cosas que encuentra igual que en los bares la gente habla de las cosas que ha perdido.

Aquí enseguida es de noche.

Una enfermera se llama Anna.

Le he preguntado su nombre cuando ha venido a traerme mi ración de píldoras. Ella ha dicho:

Me llamo Anna, igual que ayer.

—Déjeme explicarle el asunto. Su memoria inmediata se muestra incapaz de almacenar la información que tratamos de reimplantarle y su memoria a largo plazo funciona de manera caótica, como un bombo del que a veces salen unos números y a veces otros, sin que hayamos podido establecer una jerarquía en la importancia de sus recuerdos o en la importancia de sus inhibiciones. El resto de sus capacidades parecen intactas, una vez superado un penoso período de afasia. Los resultados conseguidos en la sala de reimplantes, ya está dicho, han sido francamente decepcionantes.

—Lo siento.

—No es culpa suya. Es usted un paciente, no un candidato. Lo que nos proponemos ahora supone un avance significativo en el desarrollo de la experiencia Penfield.

—¿La experiencia Penfield?

—Se trata de un trabajo comenzado en 1963 por el gran neurocirujano canadiense W. Penfield y se centra en testimonios psicofisiológicos de conservación mnemónica. Aplicando, en grupos de epilépticos, estímulos eléctricos débiles en el córtex del lóbulo temporal, se consiguen asombrosos resultados en la recuperación de escenas correspondientes a recuerdos de pasados acontecimientos. Tras un estímulo en cierto punto de esta región, un enfermo era capaz de encontrar un recuerdo familiar perdido. En el caso de la primera experiencia Penfield el enfermo se encontró en una oficina. «Estoy allí —fueron sus palabras—. Puedo ver las mesa. Un hombre me llama, un hombre inclinado sobre una mesa con un lápiz en la mano.».

—No parece gran cosa.

—Otro enfermo llegado recientemente de su país indica que oye reír a la gente. «A mis amigos de África del Sur».

»Una mujer sometida a similares estímulos eléctricos oye cantar un villancico, en su pueblo, en Holanda. Le parece estar dentro de la iglesia y está emocionada de nuevo por lo hermoso del momento. Como lo había estado años antes.

—Yo no quiero volver a una iglesia.

—Es sólo un ejemplo. Estas reviviscencias parecen, en palabras de los pacientes, «más reales que un recuerdo». Se desarrollan respetando el orden temporal de lo vivido, terminando cuando el estímulo se interrumpe, y pueden volver a aparecer cuando se vuelve a aplicar la corriente en el mismo punto.

»A pesar de sus resultados, la línea de trabajo de Penfield no fue desarrollada convenientemente durante décadas.

—¿Por qué?

—Eternas polémicas sobre la localización de las huellas mnemónicas. Pero nosotros hemos vuelto a retomar el camino del viejo Penfield.

—¿Por qué?

—Porque funciona.

—Cuando dice nosotros, ¿de quién habla? Nosotros suena más bien sórdido.

—Me refiero al equipo del doctor Warthon Thiers.

—Mucho mejor.

Y así es como de un día para otro me veo envuelto en la experiencia Penfield, eso sí, desarrollada convenientemente por el prestigioso equipo del doctor W. Thiers.

Por cierto, la ciudad que apenas se ve desde mi ventana ha resultado ser Berlín.

5

LOS DÍAS DE LA EXPERIENCIA PENFIELD

Estoy en Tokio, en la colina de los hoteles del amor. Ella camina tres o cuatro pasos por delante de mí. Lleva un vestido negro sin mangas y un abrigo corto. Lleva zapatos negros de tacón. En la colina de los hoteles del amor hay treinta o cuarenta pequeños establecimientos que alquilan sus habitaciones por horas. Al entrar, junto a la puerta, tienen un panel con fotografías iluminadas de cada una de las habitaciones disponibles. Junto a cada fotografía hay una llave. Al extraer la llave de su ranura la fotografía se apaga. Todas las habitaciones son diferentes. Entramos en la nuestra y cerramos la puerta. Ella saca una cerveza del minibar. La moqueta es dorada con un dragón bordado en el centro. Hay espejos en el techo y a ambos lados de la cama. Ella está ahora junto a la ventana. Las cortinas son doradas, los sillones son azules, de terciopelo. La televisión está apagada. La radio está encendida. Suena una canción americana al estilo de las grandes orquestas de los cincuenta, cantada en japonés, por supuesto. Huele a perfume. No es el perfume barato de un cine ni el perfume empalagoso de una casa de putas. No es ese olor a perfume que esconde algo peor; sólo un ligero, agradable olor a perfume. No es su perfume en cualquier caso, este olor no se parece nada al suyo, es el perfume de alguien que ocupó, antes que nosotros, la misma habitación.

Ella tiene prisa. Tiene que estar muy pronto en alguna otra parte.

Ella dice. No tengo todo el tiempo del mundo.

Ella dice. No todo depende de ti. Hay al menos un millón de cosas que tú no puedes cambiar y son todas importantes.

Ella cree que entiendo lo que dice, pero lo cierto es que no sé muy bien de qué me habla. Yo enciendo un cigarrillo y ella se enfada porque piensa que besar a un hombre que fuma es como limpiar un cenicero con la lengua.

Ella aún no se ha quitado el abrigo pero yo conozco el vestido y ya me imagino sus hombros.

Hace calor. Las ventanas están cerradas. Si todo el edificio estuviera en llamas, alrededor de esta misma habitación no haría más calor del que hace ahora.

Ella dice que las cosas que no dependen de mí no voy a poder cambiarlas nunca y que las otras, las que al parecer están a mi alcance, probablemente tampoco. Luego se queda tanto rato callada que me asusto, como se asusta un niño despierto en mitad de la noche incapaz de reconocer los sonidos de su propia casa. Ella dice que no soy capaz de construir nada y que el futuro depende de lo que construyamos ahora, de todo lo que aún no hemos construido. Luego se quita el abrigo y lo tira sobre la cama. Yo enciendo el televisor y me cojo otra cerveza. La puerta del baño está entreabierta. El baño es dorado. Ella está ya casi desnuda y casi no me mira. Ella esconde un animal muerto en la mano. Ella es una mujer acorralada entre el recuerdo y las premoniciones. Como un gigante despedazado por dos caballos salvajes. Atado de pies y manos a dos caballos que corren en direcciones opuestas.

Ella dice: Este sitio es horrible.

Pero yo no puedo estar de acuerdo.

Ahora estamos frente a la puerta de uno de esos hoteles del amor, en el barrio de Shibuya. Aún no hemos entrado aunque parece seguro que vamos a hacerlo. Los hoteles del amor están pegados unos a otros, a lo largo de la colina. Elegimos un pequeño edificio francés al azar. Ella me pregunta si ya hemos estado aquí antes, pero yo no sé qué decirle. Lleva puesto un vestido camisero rojo que se ata en la cintura con una cinta. Lleva puesta una gabardina negra sobre el vestido, a pesar de que no llueve ni parece que haya llovido en todo el día. Estamos mirando las fotografías iluminadas en el panel junto a la puerta. Hay pocas habitaciones ocupadas. Saco la llave correspondiente a una sencilla habitación con la moqueta azul celeste y cuadros de animales salvajes en las paredes, pero ella prefiere una habitación blanca con una colcha verde sobre la cama. Una habitación que parece una sala de operaciones. Devuelvo la llave que había cogido y la fotografía, que por un instante se había apagado, vuelve a encenderse. Saco la llave correspondiente a la sala de operaciones y la fotografía, al momento, se apaga.

—¿Dónde has estado todo el día?

No sé dónde he estado todo el día. Ni siquiera soy consciente de que todo el día haya pasado ya.

—He estado dando un paseo.

—¿Todo el día?

No son más que las tres. Lo sé porque hay un reloj en el pasillo. Un reloj dentro de un cuadro con la fotografía de una cascada. Una luz oscila dentro del cuadro y si uno es lo bastante idiota puede pensar que el agua se mueve.

Ella vuelve a decir: ¿Todo el día?

Para ella a las tres ya se ha acabado el día. Si es que así lo quiere. También puede ser que a las diez de la noche el día esté empezando. Eso según convenga. Ella maneja la medida de las cosas.

—He paseado por el parque de Yoyogi-Koen.

—No te gusta el parque.

—Ahora sí. Me gusta sentarme cerca del río. Donde una vez nos tumbamos hasta que se nos llenó el cuerpo de orugas.

Ella dice que se acuerda de las orugas y luego se ríe. Se ríe mientras meto la llave en la cerradura. Mientras entramos en la habitación. Y aún se esta riendo cuando por fin cierro la puerta.

Ella tiene miedo de los accidentes.

—Entre los hierros retorcidos de lo que fue el avión se oye llorar a un niño.

—¿Qué?

—Lo dice el periódico. Entre los hierros retorcidos del avión se oye llorar a un niño. Alrededor de los muertos se extienden desordenadas las fotografías. La gente vuelve de las vacaciones cargada de fotografías. Hay más fotografías de las que se ven en el suelo. Imágenes aún dentro de las cámaras. Algunas podrán ser reveladas y otras no. Algunas fotografías arderán en el incendio que sigue a todos los accidentes.

—No leas esas cosas.

—¿Por qué no? La lluvia no persigue al hombre del tiempo.

—¿Qué coño quiere decir eso?

—Que la fe del accidente es siempre más fuerte que la de las víctimas.

—No todos los aviones se caen.

—No todos los aviones no se caen, sería más exacto. ¿Vamos a seguir volando hasta que nos toque a nosotros?

Ella tiene la manía de leer el periódico en la bañera y el periódico por supuesto se moja y la parte que no se moja se humedece por el vapor y por si eso fuera poco el periódico me impide verla desnuda.

—¿Sabes lo que más me asusta?

No debe saberlo porque no dice nada.

—Tu miedo. Y el entusiasmo detrás de tu miedo.

—Es curioso porque a mí es tu falta de miedo lo que más me asusta.

—Tengo tanto miedo como el que más miedo tiene. Aunque supongo que es un miedo distinto.

—No hay un miedo distinto. Siempre es el mismo miedo.

—No exactamente.

—¿No exactamente?

—No exactamente. Tu miedo empieza cuando despegan los aviones y el mío cuando los aviones aterrizan.

Ahora estoy sentado sobre la cama en la habitación de un hotel de Roppongi. No es uno de esos moteles del amor de la colina, sino un aburrido, pequeño, austero hotel japonés. La televisión está encendida. Están hablando del suicidio en cadena de todas esas estrellas virtuales. Ella está en la ducha. Oigo el ruido del agua desde la cama. Acabamos de follar. Yo aún estoy desnudo. Me imagino cómo sería mi vida si ella no estuviera en la ducha, si ella no fuera a salir de la ducha en cualquier momento. Me imagino a mí mismo andando por las calles de Akasaka. Entrando en los bares. Sentado debajo de los puentes que sujetan las autopistas y las vías del tren.

Me imagino dejando que pasen las horas sentado en la misma cama. Mirando la televisión sin mover un dedo, sólo por la curiosidad de saber qué hace el tiempo con uno cuando uno no hace nada con el tiempo. Me imagino entrando en los almacenes Parko y comprando una camisa que ella nunca haya visto antes y que ya no verá

nunca. Me imagino el color de esa camisa con la misma inquietud con la que un niño recorre un lunes por la mañana, desde el pupitre de su colegio, la distancia imposible que le separa del viernes.

Ella cierra la ducha, pero sé que aún estará un buen rato entretenida con todas las cremas de sus pequeños frascos.

Entonces viene un recuerdo de mi infancia. Estoy junto al cristal de una ventana con una piedra en la mano. Al mirar el cristal entero no puedo imaginarlo roto. Un segundo después de tirar la piedra, la situación es justo a la inversa: mirando el cristal roto no puedo recordarlo entero. Por la misma razón, supongo, por la que uno al terminar de cruzar un puente ya no está seguro de haber estado al otro lado.

Ella sale por fin del baño y vuelve a la habitación como si nunca se hubiera ido.

Qué extraña fe en el pasado. Sus recuerdos son infalibles. El nombre de los perros y el nombre de sus dueños, los números de los autobuses camino del colegio y el color todos los zapatos que tuvo de niña. Una memoria inquietante en cualquier caso. Puedo librarme de todos mis fantasmas y aún estaré a merced de los suyos. Si le extrajeran una bala, la llevaría para siempre colgada al cuello. Ella misma me lo ha dicho.

Nadie llama a la puerta de las habitaciones de los hoteles del amor de la colina de Shibuya, por eso, cuando llaman a la puerta, primero nos alarmamos y luego, enseguida, nos vestimos. Cuando salgo al pasillo, la encargada del hotel me dice algo que no entiendo, pero que definitivamente no debe de ser nada bueno. La puerta de la habitación contigua está abierta, así que me acerco para ver cuál es el problema y el problema resulta ser el cuerpo sin vida de un hombre perfectamente vestido con un elegante traje color crema, tumbado en la moqueta sobre su propia sangre. Las venas limpiamente cortadas con una elegante navaja de afeitar con mango de marfil, caída a pocos centímetros del cuerpo.

Me quedo un momento en la puerta mirando el cadáver de ese hombre con el asombro con el que mira uno un truco de magia, sabiendo que todo es verdad y mentira al mismo tiempo.

Ella sale también al pasillo y se acerca también a la puerta y se queda después mirando al muerto con el mismo asombro.

Por supuesto nos largamos de allí antes de que llegue la policía.

Hoy en Tokio, tremendamente interesado por el color azul de la moqueta mientras ella duerme, colocado de grapas, atento al dibujo de las líneas en el suelo, persiguiendo las líneas en la moqueta azul con la dedicación con la que persigue un adivino las líneas de la mano de un gigante. Ahora parece evidente que mientras uno

de los dos duerme, el otro inevitablemente persigue el futuro a su manera. ¿Qué hacen los padres mientras los niños duermen? Tratar de descifrar las señales. Caminar de puntillas sobre el campo minado, dispuestos a desenterrar las minas con la punta de un cuchillo. Así voy yo, arrastrándome por la moqueta, con la sana intención de desarticular las trampas de mañana.

Saco su abrigo del armario por si mañana hace frío. Pero no su abrigo negro largo de duquesa rusa, sino su abrigo gris corto de estudiante francesa, porque parece casi imposible que vaya a nevar.

Por si llueve, saco sus botas de agua, pero después saco también sus botas altas de cuero, por si no llueve.

De su maleta saco tres vestidos muy distintos, pensando en diferentes temperaturas, todas igualmente posibles.

Busco sus guantes pero no doy con ellos. Encuentro, eso sí, sus gafas de sol y me digo a mí mismo que con toda seguridad será el sol, y no el frío, de lo que habrá que preocuparse mañana.

Salgo al pasillo dispuesto a encontrar todas las salidas de incendios.

Me gustaría pensar que ella hace lo mismo mientras duermo.

Por cierto, en el pasillo me encuentro con un simpático japonés que lucha a brazo partido con la máquina de hielo. Déjeme usted que le ayude, amigo mío. Estas máquinas son inventos del demonio. Mi amigo regresa a su habitación con los cubitos de hielo envueltos cuidadosamente en una toalla de baño. De la máquina de cerveza saco una cerveza. De la máquina de chocolatinas no saco nada.

De vuelta en mi cuarto me tumbo otra vez sobre la moqueta azul, y cuando la inquietud de las grapas desaparece me duermo tranquilamente, como una patrulla agotada duerme sin remedio en mitad de la jungla.

Un verano que no ha sido nada feliz. Sin embargo cuando ella termina de vestirse pienso que si esto no funciona, funcionará.

¿No es Tokio una ciudad imposible? ¿No estamos escalando la montaña por el lado más difícil?

¿Para qué necesito un traje en cualquier caso? Pero ella está empeñada, así que al parecer tengo que tener un traje y hasta una corbata, y no está mal si he de ser absolutamente sincero porque dentro de un traje soy definitivamente otro y eso siempre es bueno.

Delante del espejo de uno de esos prodigiosos almacenes de Sinjuku, no me queda más remedio que reconocer, finalmente, que durante todo este tiempo he desestimado la importancia de la moda. Vestir bien me parece ahora, de pronto, tan importante como hablar bien, comer bien, viajar bien, vivir bien, morir bien. Tremendamente importante en cualquier caso.

¿Probamos con otra corbata?, dice el atento vendedor japonés, que domina el inglés con la torpeza de un encantador de serpientes dueño de una flauta rota.

Probemos.

Y ella por supuesto se ríe. Porque un hombre que se mira asustado en un espejo, dentro de un traje nuevo, despierta la misma ternura que una pareja de recién casados que avanza en silencio por una casa en venta que aún no sabe si será suya.

Perfecto, dice el vendedor cuando he terminado de hacerle el nudo a la corbata.

Perfecto, dice ella mirando más al hombre en el espejo que a mí mismo.

Perfecto, digo yo, finalmente, mirando al mismo hombre. Viendo lo mismo que ellos ven.

Después cenamos en un elegantísimo restaurante francés en Harajuku, después follamos en la pequeña habitación de nuestro hotel en Shibuya y después, finalmente, nos quedamos dormidos.

Ella dice:

—¿Qué carta?

—La carta que has mandado a casa. No hay ninguna necesidad de que sepan lo que está pasando.

—¿Y qué está pasando?

—No lo sé, no he leído tu carta. Pero no puedo soportar que escribas todo el tiempo. No todo es importante.

—Ahora no puedo saber lo que es importante. Después, con el tiempo, todo tomará su propia medida.

Estamos comiendo en un pequeño Sushi-Bar en Harayuku. No me gusta que escriba. Ella lo apunta todo. Escribe en las servilletas y manda cartas a casa. Cartas a su propio nombre. Lo guarda todo. Los paseos, los trenes, los perros, los besos, los accidentes de tráfico, las pastillas. En realidad no sé qué demonios escribe. Pero escribe. Eso es seguro.

Ella dice:

—¿Qué es lo que te asusta tanto?

—Supongo que yo mismo dentro de un montón de años. Tener que cargar con lo que haga o lo que diga ahora, sea lo que sea. Ver mi cara delante de todas las ciudades. Encontrarme con esa cara cada vez que vuelva a Tokio o a Praga o a donde vaya después.

—¿Y mi cara?

—¿Qué pasa con tu cara?

—¿También te asusta encontrarte con ella?

Entonces me acuerdo de una fotografía, junto al río Saigón. Ella lleva una vara de junco en una mano y tiene otro puño apretado. En la cara en cambio una sonrisa.

Estoy en el baño del liquid room y hay una banda neopunk destrozando temas de los Carpenters y hay una chica japonesa de unos quince años tumbada en el suelo casi desnuda y un chico también japonés, algo mayor, vestido con mono de cuero. La cremallera abierta hasta la ingle, la polla fuera, y alguien me acaba de sacudir un puñetazo porque noto cómo el corazón me late en el labio superior y al mirarme en el espejo, veo caer un poco de sangre y la chica parece desmayada, aunque me mira y el chico parece pasado de caballo, y ella no está. No está en el liquid room. Ni en el hotel, pero esta en Tokio, por supuesto, y yo también aunque no estamos juntos y sólo espero que lo esté pasando mejor que yo, porque esto, que seguramente empezó bien, se esta convirtiendo en una pesadilla. Al segundo entran dos matones en el cuarto de baño, no sin esfuerzo, porque la pequeña japonesa tirada en el suelo atascaba casi perfectamente la puerta, y mientras los matones gritan y empujan, acierto a meterme otro puñado de cocaína, justo antes de que uno de ellos me arranque la papela de un manotazo. De ahí por supuesto a la calle. Cruzamos la sala a una velocidad inconcebible teniendo en cuenta que hay tanta gente aquí dentro que resultaría francamente difícil pasar una tarjeta de crédito de un lado a otro del local. Antes de que lleguemos a la calle uno de mis amigos me arrea un cabezazo que no consigo esquivar del todo. Un pequeño momento rojo ocupa completamente mi cabeza. Como una de esas banderas que te cruzan por delante del coche cuando, por alguna razón, se anula la carrera. No sé muy bien a qué venía el cabezazo, porque lo cierto es que yo me marchaba bien dispuesto, sin protestar siquiera. Supongo que a esta gente, estos pobres brutos que trabajan de matones en los bares, al final les resulta más fácil darte un cabezazo que no dártelo. Igual que a Hitler le resultaba más fácil invadir Polonia que tocar la viola.

Estoy sentado frente a la puerta del liquid room y hay un buen montón de gente esperando entrar. Todos magníficamente vestidos, perfectamente obedientes, guardando su turno en la cola.

En el teléfono portátil hace más de una hora que ella ha dejado un mensaje.

El mensaje dice:

Pienso en ti todo el tiempo.

Ella es perfectamente capaz de tener hijos. Un ginecólogo del seguro internacional se lo ha confirmado esta misma mañana. Falta saber si yo soy el hombre genéticamente adecuado. Probablemente no, mi padre es un ex alcohólico y mi madre trabajaba en un circo. Mucha, muchísima alegría en cualquier caso. Porque una mujer que se sabe capaz de engendrar es como una ballena que se sabe capaz de tragarse todos los peces del mar con sólo abrir la boca. Hablando de ballenas, mientras buscamos un

restaurante fino, para celebrarlo, me siento como un pequeño Jonás colocado y por supuesto atrapado dentro de ella. Su tamaño y su poder me intimidan y al mismo tiempo, como Jonás, no puedo evitar sentirme extrañamente seguro. Vivir en su interior me reconforta. Como la cárcel tranquiliza a los cobardes y la horca a los malos bailarines.

Las flores amarillas del jardín imperial de Fukiage están cargadas de buenos presagios. Ella me habla de un viaje en coche de Los Ángeles a San Francisco por la carretera de la costa. Por supuesto ella conducía. Yo sólo sujetaba el mapa de carreteras. Las colinas de Big Sur nos recordaban las colinas de Irlanda. Al parecer fuimos increíblemente felices durante ese viaje. Ella se pregunta si volveremos a ser alguna vez tan felices. Estoy otra vez asustado por la claridad de sus recuerdos y la claridad de sus premoniciones. Ella es un ejército y yo soy un hombre desarmado.

—Sabía que nunca usarías el kimono.

Lo dice por el kimono que me hice en Vietnam, en uno de los puestos de costura de Hoi Hang, cerca del río que desciende hasta China Beach.

Llevo puesto el kimono. Estoy sentado en una butaca roja frente a la televisión, con mi kimono de seda plateado y azul, pero ella sabe que no lo voy a usar mucho más, que probablemente, una vez que me lo quite, no vuelva a ponérmelo.

—¿Cómo sabes tanto?

—No eres hombre de kimono. Nunca lo has sido y nunca lo serás.

—La gente cambia.

—No, la gente empeora. Eso es todo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué?

—¿Por qué no me avisaste en Hoi Hang, antes de que esas adorables costureras me tomaran las medidas?

—Estabas entusiasmado. Tocabas la seda como quien toca un tesoro.

—Aún me gusta la tela. Es una tela magnífica.

—Parecías estar a sólo un kimono de la felicidad absoluta.

—Pero tú sabias que no era cierto. Tú ya me veías aquí sentado dos meses después tratando de adaptarme a este estúpido kimono. Tú ya veías el fracaso del kimono como si hubieras viajado al futuro y hubieras vuelto.

—Que alguien conozca el futuro no quiere decir que sea capaz de cambiarlo.

En la televisión hay una ejecución en directo desde una cárcel de Arizona.

Ella busca su cartera, la encuentra, cuenta su dinero, me da un beso y me propone encontrarnos dentro de dos horas en el ático del bunkamura, lo cual me parece estupendo, porque en el ático del bunkamura hay por lo menos una docena de magníficos restaurantes.

Cuando sale de la habitación no puedo evitar sentirme como un hombre vestido con la ropa de otro. Aun y así me quedo un buen rato sentado, muy tranquilo, dentro de mí precioso kimono.

Estoy mirando los anuncios en la pantalla del taxi. Ya es de noche. Pasamos muy cerca de esa ridícula torre de Tokio que es igual a la torre Eiffel. Treinta metros más alta y treinta veces más estúpida.

Estoy sentado en el bar de una de esas galerías de béisbol en las que los japoneses se encierran en pequeños patios rodeados de altas verjas de alambre y le sacuden a las bolas de béisbol que una máquina va lanzando con infinita paciencia. Diez pequeños patios vallados, cada uno con una velocidad de lanzamiento distinta. La mayoría de los bateadores son oficinistas borrachos. Cuando le fallan a la bola, las corbatas se les enrollan alrededor de la cara. Algunos, a pesar de todo, aciertan buenos golpes, entonces gritan como si estuvieran en mitad de un estadio, son el público y el jugador al mismo tiempo. Casi todos están solos.

Yo no sé jugar al béisbol. No podría acertarle a Panamá con uno de esos bates, pero hay algo que me tranquiliza en la manera en que esta gente acierta y falla y resopla y espera una nueva bola y, de cuando en cuando, conecta un buen golpe y estrellan una pelota contra la verja. Me gusta la idea de jugar solo a un juego que nadie ve, en el que las pelotas, vayan donde vayan, falles o aciertes, nunca van muy lejos.

También hay pequeños campos de golf como éstos, rodeados de vallas metálicas, en las terrazas de muchos edificios. Los japoneses adoran la tensión de los juegos imposibles.

Ella está sentada a mi lado, tiene los ojos cerrados. Hemos estado bebiendo. Los oficinistas entran y salen del bar con sus bates en la mano y le miran las piernas. Lleva una falda corta y sandalias de tacón. Esta sentada en un taburete rojo junto al mío con la cabeza apoyada en la barra. Tiene unas piernas preciosas. Por un momento, me gustaría ser uno de esos oficinistas japoneses que salen de las cestas sudando, con las mangas de la camisa remangadas, y se acercan hasta el bar, sólo para mirale a ella las piernas.

¿Sabes cuál es tu problema?

Ella está sentada en el suelo, bebiendo té y mirando mis fotos. Yo estoy de pie en medio de la habitación, bebiendo cerveza. Por supuesto no sé cuál es mi problema.

—Tú problema es que no eres alguien con quien se pueda contar. No estás en las fotos.

—¿Qué fotos?

—No importa qué fotos porque no estás en ninguna. En las fotos sólo estoy yo. Como sí éstos fueran sólo mis viajes.

Miro las fotos extendidas en el suelo y efectivamente no parece que esté en ninguna.

—Busca un poco. Recuerdo que en Hanoi me hiciste una foto. Debe de estar por algún lado. Y en el avión. Me hiciste una foto en el avión. De eso estoy seguro.

—Aquí está —dice ella—, tengo una foto tuya, dormido en un avión. Eso es todo. Es como si estuviera viajando sola.

—Pero no estás viajando sola. Yo estoy aquí aunque no esté en las fotos.

—Estás aquí, cierto, pero ¿por qué no estás en las fotos? ¿Te has parado a pensarlo?

—No me gustan las fotos.

—Te gustan las mías.

—Las tuyas sí. No me gustan mis fotos.

—Ése es el problema, ¿lo entiendes ahora?

—No.

—Tu problema es que dentro de muchos años podrás negarlo todo, porque no habrás dejado pruebas. Y eso me hace dudar de la fe que tienes, ahora, en nosotros.

—Hay algo que se me escapa.

—¿Qué?

—Bueno, en realidad, todo. ¿Quieres hacerme una foto?

—No quiero hacerte una foto. Quiero que estés en las fotos. Quiero que dejes de luchar por no estar en ellas. Quiero verte a mi lado, en Tokio, dentro de un montón de años.

Aún no hemos desayunado. Ella está en el suelo mirando sus fotos. Yo sigo de pie bebiendo cerveza. Aún no sé cuál es mi problema, pero supongo que no quiero estar en Tokio dentro de un montón de años. Supongo que dentro de un montón de años quiero estar en alguna otra parte.

De pronto en Tokio el viento es tan fuerte que ella cree que hay alguien escondido en la terraza, golpeando los cristales, pero en la diminuta terraza no hay nadie. No hay sitio para nadie, en realidad. Apenas cabría una maceta, aunque sería estúpido, en cualquier caso, dejar una planta al cuidado de los huéspedes, porque los huéspedes en estos hoteles de la colina entran y salen cada dos o tres horas y sólo vienen a follar.

Nosotros también venimos a eso, aunque por supuesto tenemos otro hotel, un hotel normal, en el que hablamos, dormimos y a veces también follamos, pero en estos hoteles de la colina se folla mejor, porque son una y otra vez habitaciones extrañas. Por eso venimos a menudo a follar en el suelo y contra las paredes de espejo. Cuando abro la puerta de la terraza, la habitación entera se revuelve y las

sábanas se levantan sobre la cama y la puerta del baño se cierra con tanta fuerza que por un momento parece que el edificio entero tiembla. Al cerrar la puerta todo se queda quieto. Ella está desnuda y asustada y tiene el pelo en la cara, como si hubiese estado conduciendo un descapotable. Yo también estoy desnudo.

—Dios mío. Por un segundo pensé que íbamos a salir volando.

Después ella enciende una lámpara junto a la cama, porque fuera el cielo se ha oscurecido tan deprisa que los coches en la calle aún no han tenido tiempo de encender los faros, y las farolas, por supuesto, aún están apagadas y todo ha adquirido un tono siniestro, aunque en realidad está lejos de ser de noche.

—Vuelve a la cama —dice ella—, tal vez deberíamos pasar aquí la tarde entera y, si la tormenta sigue, incluso la noche y volver mañana al hotel cuando todo esto haya pasado.

Me quedo un rato junto a la puerta de la terraza mirando la gente en la calle, inquieta por culpa de esta noche repentina. Después vuelvo a la cama y apago la luz de la lámpara.

El suicidio de Riosuke ocupa la gran pantalla de la estación de Shibuya. Riosuke es la más popular de las estrellas virtuales. No canta canciones, sólo mira desde la pantalla mientras suena la música. Sus éxitos tienen títulos como *Mi pequeña tortuga nunca miente* o *Infiernos distintos para gente distinta*. Diez millones de adolescentes japoneses imitan sus gestos. Ahora está muerta. Las nuevas estrellas guían sus propias vidas, no son programas manejables como esas terribles luchadoras armadas que parecen putas del viejo mundo, son complejos programas libres dotados de conducta propia.

La cara de Riosuke ocupa la gran pantalla de la estación de Shibuya, los chicos lloran de rodillas mientras la policía intenta devolverles a sus casas. Llevan tres días llorando y nadie sabe cuánto más pueden llorar.

Riosuke no tiene la belleza artificial de los programas que persiguen la fama como estúpidos perros amaestrados, utilizando exactamente los mismos trucos. Riosuke no es más que una adolescente normal, tan guapa como las niñas que lloran su muerte en el suelo de la estación de Shibuya.

Nadie sabe qué decirle a Riosuke porque Riosuke nunca dijo nada. Sólo se paseó por delante de sus canciones con la gracia de una princesa en el exilio. Tuvo un affaire con un chico de barrio y vivió un año con una tristísima colegiala que ahora ha ocultado su propio programa en algún lugar oscuro de la red. Así las cosas sólo queda su gato. Pero un gato, virtual o real, que para el caso es lo mismo, como testigo no vale de nada.

Estoy mirando pasar toda esta pena como un idiota mira pasar una oportunidad, sin ninguna intención de alcanzarla.

Por supuesto está lloviendo. Los helicópteros de la televisión sobrevuelan la plaza. La estación está cerrada. La calle está cortada. La gente tiene miedo. Todos estos niños darían la vida por Riosuke. Probablemente lo hagan.

¿Y dónde está ella mientras los corazones, de un lado otro del país, se detienen, siguiendo el ritmo del corazón detenido de Riosuke?

Vaya usted a saber. A veces, en Tokio, pasamos días enteros separados, sólo por ver qué es lo que eso hace con nosotros. Como dos científicos imbéciles probando pequeñas dosis de veneno.

La sigo borracho por el aeropuerto Narita cargado con maletas, pero ella va puesta de bengalas y corre como un demonio y yo estoy bajando de un GPG y los pasillos de Narita están cubiertos de brillantes lectores luminosos que transportan versos de Kafu en seis idiomas:

Si tengo que morir
déjame morir entonces
antes de que llegue el invierno.

Alegres versos que se extienden como la leche de un vaso derramada sobre un hule, y no he dormido, y estoy cansando.

Ella se va haciendo más y más pequeña, mientras se acerca al final de un pasillo que seguramente no es más que el principio de otro. El ruidito de sus zapatos se hace un sitio, dios sabe cómo, entre todos los ruidos del aeropuerto. Es más, si uno se empeña en oírla andar, apenas es posible oír otra cosa.

¿Y adónde va?

No muy lejos. Porque lo cierto es que yo tengo los billetes y, cuando los saco del bolsillo de la chaqueta para asegurarme, me doy cuenta de que los billetes son en realidad para otro día, y que para ese día aún faltan tres semanas. Por alguna razón que ahora se me escapa, en mitad de la pasada noche, destrozados por la severa eficacia de los brillantes derivados de las anfetaminas, decidimos que estábamos a punto de perder un avión que ni siquiera está cerca.

La encuentro frente a uno de esos pequeños cementerios que han instalado en casi todos los aeropuertos para los muertos en accidente aéreo que nadie reclama.

El cementerio de Narita no es más que una sala cubierta de pequeñas placas, como esos monumentos a los caídos que hacen después de las guerras. Ella está sentada en uno de los bancos alineados en el centro de la sala.

No te preocupes, le digo, no vamos a tener que volar por ahora.

Ella dice: si mi avión se estrellase, ¿recogerías mis restos?

Hasta el último pedazo.

Con eso se queda más tranquila. Salimos del cementerio y salimos de Narita en el primer tren hacia Sinjuku. En el tren bebemos cerveza y nos besamos y le mentimos a una chica japonesa que pregunta por el tamaño de las palmeras a lo largo del bulevar Santa Mónica.

Ella dice que ya no esta delgada como antes porque las mujeres a partir de los treinta, incluso las delgadas, empiezan a tomar la forma de sus madres.

¿Por qué? Eso nadie lo sabe.

¿Para qué? Para ser madres a su vez.

Ella está desnuda y yo aún no puedo ver esos centímetros que según ella van cerrando las curvas alrededor de la fábrica.

No estás mirando con atención.

Eso es lo que dice, pero se equivoca, porque estoy mirando con muchísima atención. Estoy mirando los huesos de la pelvis que ella ve desaparecer. La línea de su cintura que ella ve redondearse con una sola intención. Estoy mirando, pero aún no veo nada.

Ella dice que los cuerpos de las mujeres esconden sus victorias y sus crímenes a los ojos de los hombres y que por esa razón, los hombres, como testigos, no sirven. Ella dice que las mujeres asisten entre el miedo y el asombro al desfile de su propia naturaleza.

Ella cree que las mujeres, contra sus cuerpos, están siempre solas.

Ella cree que la voluntad sólo rige absolutamente el destino sencillo de los hombres.

Ella dice que probablemente sólo los hombres abandonan sus cuerpos al morir, mientras que las mujeres permanecen cosidas a los suyos como barcos hundidos en el fondo de un río.

Después se viste deprisa porque tiene un hambre terrible.

Mientras hacemos cola en la puerta de un sushi bar, me cuenta que a veces tiene miedo de no volverme a ver y que ese miedo le hace estar sola, aunque yo esté en la misma habitación, sentado delante del televisor, con una cerveza en la mano.

Luego ella dice: Yo no estoy en Tokio todo el tiempo; estoy también en las ciudades en las que he estado antes y en las ciudades en las que estaré luego. Tú en cambio estás en Tokio como si no hubieras estado nunca en otro sitio.

La barra gira alrededor de una cinta que transporta platitos de sushi, como la cinta de un aeropuerto en la que las maletas dan vueltas esperando a sus dueños. La gente, todos japoneses, come deprisa y en silencio.

Al volver a la calle hace frío.

¿Quién sabe cómo serán las cosas después de Tokio? No es extraño que cualquiera que se encuentre suspendido en mitad de un período de extraña alegría renuncie por igual a los rumores del pasado y a los rumores del futuro. Como la madre de una familia cierra las puertas, para que nadie entre, y las ventanas, para que nadie escape, con idéntica preocupación. Así voy viviendo yo estos días a su lado: cerrando a nuestro alrededor todas las trampas. Cerrando las puertas de todas las habitaciones de todos los hoteles, como los compartimientos estancos de un barco que tiene ya una vía de agua y, a pesar de ello, pretende no hundirse.

¿Qué piensa ella mientras tanto?

No lo sé. No lo dice. Y si lo dice el ruido de mi miedo es como siempre demasiado grande y por eso no la escucho.

¿Está enferma o está cansada? Definitivamente algo está cambiando, porque sus días se acaban pronto y, entonces, se derrumba en la cama y dice que le falta el aire, y por supuesto todo el aire de la calle no es bastante y nuestros paseos por Tokio se van haciendo más y más cortos, y la ciudad se va reduciendo a nuestro alrededor. ¿Quién sabe? ¿No es, en medio del amor, el amor mismo lo que uno más teme? ¿Por qué si no toda esa desconfianza por las ciudades futuras?

¿Por qué me empeño en pensar en ella como en una dulce luz que se apaga, cuando en realidad podría sacarme de la habitación, de cualquier habitación a patadas?

El amor es realmente una tormenta de la imaginación.

En cualquier caso, no estaría de más revisar la dosis y la calidad de mis estimulantes, porque me estoy quedando sin respuestas para tantas preguntas siniestras y porque tengo la sensación de que con la punta de los pies, estoy pisándome el talón de mis propias botas.

Finalmente me quedo dormido a su lado, aunque ella por supuesto lleva ya varias horas soñando con dios sabe qué otras cosas igualmente peligrosas.

—¡Ten respeto por la casa!

—No tenemos casa.

—Pero la tendremos.

Estamos en uno de esos moteles de la colina del amor. La moqueta es amarilla, las paredes negras de raso. Hay un espejo junto a la cama. Mientras follábamos, me dado cuenta de que ella se miraba todo el tiempo. No me miraba a mí. Sólo miraba su propio cuerpo y al final de su cuerpo por supuesto estaba el mío, pero ella no miraba tan lejos. Miraba sus propios movimientos con la extrañeza y el interés de quien ve follar a alguien muy próximo. Como alguien que mira follar a su hermana.

Ahora ella esta hablando de la casa que tendremos. Del jardín lleno de perros, dos al menos, del lago frente al jardín, porque una vez pasamos unas semanas en Berlín

frente al lago y ella decidió entonces que ésa era la mejor forma de vivir, de los techos altos, con molduras, de la habitación del hijo que no tenemos. Mientras habla voy recorriendo los cuartos de esa casa que no existe con el mismo miedo de las cosas reales.

Le pregunto por el color de las paredes y ella me dice que las paredes, de momento, son blancas.

Cuando le pregunto por mis cosas, me dice que mis cosas aún están empaquetadas, pero que las suyas hace semanas que están ya en su sitio.

Hay flores en los jarrones de cristal y alfombras de Azerbaiyán junto a las camas.

No veo nada mío. Puede que mis cosas aún estén empaquetadas, pero también puede ser que yo no viva aquí.

Estamos los dos desnudos. Ella está pensando en nuestra casa. Ella piensa que no respeto sus planes. Ella no sabe con cuánta cautela me asomo a todas las habitaciones que describe. No sabe con cuánto esfuerzo busco mi sitio. Con qué desconfianza miro debajo de la luz de las lámparas y a un lado y a otro de nuestras propias sombras.

Mientras nos vestimos, salgo de la casa que aún no tenemos y vuelvo a la habitación en la que estamos. La casa de nadie. Una de esas magníficas habitaciones de hotel que desaparecen en cuanto uno cierra la puerta, al otro lado.

Mi padre, cuando era pequeño, jugaba al fútbol en mitad de la calle Alcalá. Cada dos o tres goles pasaba un coche. Mi abuela fue a comprar leche y la mismísima Pasionaria la cogió del brazo al doblar una esquina y la sumó a una revuelta. Mi abuela siempre ha sido de derechas, pero desfiló con su cántaro de leche con la dignidad de las primeras comunistas. Ahora estoy en Tokio y soy el hombre invisible. Mi abuela no sobreviviría una semana en Tokio. El balón de mi padre tropezaría con los helicópteros. La historia corre más despacio que la ciencia.

Ella está sentada junto a la ventana. Tokio es la ciudad al otro lado y supongo que también a éste. Cuando uno esta cn Tokio, Tokio está por todas partes.

Ella dice: Mi madre vivía en las montañas de Mikuni y esquiaba todas las mañanas hasta el colegio. Mi abuelo bailaba en los salones del Queen Mary. Supongo que ninguno de los dos hemos nacido para esto.

—¿Cuando estás solo piensas en mí?

—Sí, aunque no todo el tiempo. A veces te dejo en el hotel y me siento como alguien que sale del cine en mitad de una película. Yo estoy fuera, pero sé que la película continúa.

Ella dice entonces que al principio necesitaba estar sola a pesar de querer estar conmigo y que ahora en cambio necesita estar conmigo, aunque quiera estar sola.

—Cuando me dejas en la calle doy vueltas por las tiendas y me pruebo todos esos vestidos que en realidad no me sientan bien y hablo con las vendedoras hasta

volverlas locas, hasta que todas pierden sus sonrisas, y me pruebo zapatos de todos los números aunque mi pie es evidentemente siempre el mismo y miro a las otras mujeres como si fueran locas y después, al mirarme en los espejos, no puedo evitar el mismo miedo.

—No es culpa tuya, aquí todo el mundo compra con vehemencia y es difícil no verse arrastrado. En Tokio se compra por la misma razón que en La Meca se reza.

—Algún día cerrarán todas las tiendas y tendremos que subir allí arriba, donde un ser superior le echará un vistazo a los recibos de la visa.

—Seguramente, mi amor, pero eso no será mañana.

Después ella se aparta de la ventana y saca del armario unos preciosos zapatos negros que no había visto nunca. Le sientan tan bien que, cuando sale de la habitación, no queda más remedio que ir detrás. Lo cierto es que Tokio es una ciudad rematadamente buena para comprar zapatos.

Los días rojos son tranquilos. Estar puesto de rojo supone suspensión temporal de la desconfianza natural que producen todos los objetos, los extraños y los propios. Todas las personas y todas las calles. Estar puesto de rojo, supone detener la marea constante de las catástrofes. Como la paz del caballo sin la fidelidad exagerada que demanda el caballo. Como las agujas azules sin toda esa tristeza de lata. Como los días soleados sin la ridícula arbitrariedad de los días soleados.

Estamos en el acuario de Akasaka mirando los peces, que para eso va uno al acuario. La sonrisa de los tiburones nos resulta tan encantadora como el asombro de los niños. Paseamos por los pasillos de cristal, nos besamos muy cerca de un besugo, salimos por accidente en las fotos de los desconocidos y nos mantenemos religiosamente dentro de nuestros propios asuntos. Los días rojos son días que no cuentan en el orden absurdo del resto de los días.

Cuando cierran el acuario caminamos junto a las verjas de los parques cerrados. Por alguna razón que desconozco ella viste mejor que el resto de las mujeres a pesar de que, seguramente, compra su ropa en las mismas tiendas. He desarrollado un amor meticuloso por todas y cada una de sus cosas. Por eso me gusta tanto hacerle la maleta y cargar después con ella como el dueño de un tesoro. El amor es tan real como el resto de las cosas imaginadas. Como el calor que uno siente mirando el nombre de las ciudades en las que nunca ha estado. Como el mar en los mapas o las pesadillas de los astronautas.

Los turistas saludan con la mano desde los barcos del río Sumida Gawa. Los turistas tienen la manía de saludar a los turistas con el mismo rigor con el que los soldados saludan a los soldados. Los turistas no saben que yo siempre he estado en Tokio y que yo no he estado nunca en ninguna otra parte. El ruido de los helicópteros apaga el ruido del agua y el ruido de los barcos. El monorraíl está lleno de oficinistas

dormidos. La música de las videopantallas gigantes despierta a los perros, y los estudiantes sólo confían en sus teléfonos celulares.

Por una vez, ella está increíblemente contenta.

Los días rojos esconden el infierno de todas las cosas. Y ahora está hablando sin parar de las tardes de Hoi Han en Vietnam, corriendo con las bicicletas camino de China Beach entre los arrozales, sorteando a los bueyes, y dice que ésos son precisamente los mejores días de toda su vida. Después del verde infinito de los arrozales, el cemento de Tokio, que parece levantar una empalizada delante de cada paso, le resulta insoportable. Caminamos todo el día como soldados. Está agotada. Yo también lo estoy, seguramente, por más que me niegue a darle la razón. Una pareja es como una barca, tiene que haber uno a cada lado. Si pones todo el peso junto, la barca se vuelca. Es cierto, en cualquier caso, que los vietnamitas nos hablaban y los japoneses no, por eso aquí es más fácil sentirse abandonado y al tiempo, y esto es lo extraño, acorralado.

Ella querría seguir el viaje inmediatamente, pero yo por alguna razón prefiero seguir en Tokio. Ella, por supuesto ha vivido aquí y no se sorprende con todo, y es esa sorpresa, supongo, la que me mantiene a mí tan distraído. Ella no me reprocha nada. Sólo habla de Vietnam con la ilusión de quien ha encontrado, cuando menos lo esperaba, donde menos lo esperaba también, una nueva casa.

El tren atraviesa el parque. El vagón lleva docenas de niños que vuelven del colegio derrotados.

En la estación de Sakuradamon se bajan unos cuantos niños, mientras suben unos cuantos más hasta que nos quedamos casi como estábamos.

Ahora ella me dice que prefiere las bicicletas a los trenes, aunque por supuesto prefiere los trenes a los aviones.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿En qué orden los pondrías? Mi orden es: bicicleta, trenes, aviones. ¿Cuál es el tuyo?

—Bueno, primero los aviones. Me gustan mucho los aviones.

—¿Y luego?

—Creo que sería: aviones, bicicletas, trenes. Joder, no coincide ni uno.

—No.

—En fin, no creo que sea eso lo que acabe con nosotros.

Ella lleva una camiseta azul de manga larga que acabamos de comprar en uno de esos monstruosos almacenes de moda de Ebisu Nishi y está muy guapa, como todo el mundo a nuestro alrededor por otra parte, porque los chicos de Tokio visten como los ángeles. En su camiseta está escrito: ¿SOMOS FELICES?

¿Lo somos?

Supongo que sí.

¿Por qué no íbamos a serlo?

Estamos borrachos de sake, rodeados de zapatillas de colores y perfectos cortes de pelo, no se ve el rastro de ninguna religión, sea la que sea, a más de quince calles, nadie dice nada que podamos comprender, las tiendas están todas abiertas y los bancos están todos cerrados. El cielo debe de ser en realidad algo muy parecido a esto.

Cuando esta ciudad se termine vendrán otras y qué buenos veranos y fríos inviernos veremos en otros puertos y cuántos besos nos daremos debajo de la sombra de los cargueros polacos y en lo alto de la torre más alta de la ciudad de los casinos y en las colinas de Big Sur y en los valles profundos que rodean las puertas de Praga, y será un amor tan grande que los días se harán cortos y las noches largas y si todo esto ha de llegar, inevitablemente, ¿por qué siento que el mundo se termina cuando al meter dos dedos en su vagina descubro la vieja barrera de goma?

¿Dónde están los niños que buscábamos para decorar nuestra futura casa? ¿Dónde está el pequeño monstruo que venía, desde dios sabe dónde, a alegrar nuestro jardín? Ya no le oigo trotar por el pasillo. Ya no le veo venir sudando pegándole patadas a su primer balón de reglamento. Ya no veo las manchas de pintura alrededor de su pequeña mesa de dibujo. Ya no veo las nubes y las ballenas y las ratas gigantes y el resto de todas las cosas absurdas que pinta. Lo cierto es que ya no veo nada.

¿Por qué he metido los dedos?

Porque la cocaína me ha reducido a una de esas medias erecciones, tan estúpidas como un ejército asustado.

Ella ha remojado los pies en los ríos de Vietnam, ha escuchado las historias de los viejos soldados de los túneles de Cu Chi, ha cruzado las plazas de México sin mirar a los asesinos de mujeres, escondiéndose del sol bajo un sombrero de paja, pero ahora sin avisar ha dejado que la mejor de sus promesas sea falsa.

Sé que tendrá un hijo, pero sé que no será ahora y sé que no será mío.

Me quedo mirando cómo se corre y mientras miro, tal vez porque cuando esta protegida detrás de su diafragma es una mujer distinta, consigo finalmente una erección magnífica, seguramente magnífica es una palabra exagerada, pero el caso es que el dueño de una erección tiene siempre toda la fe que necesita. Así que follamos en el suelo, que es rojo. Moqueta roja en toda la habitación y hasta en el baño.

Me corro contra la barrera de goma.

Como un idiota detenido delante de las puertas cerradas del cielo.

Ahora estamos en uno de esos hoteles del amor de las colinas de Shibuya y yo estoy tumbado en el suelo, puesto de balas rápidas recién llegadas de los laboratorios de Chiba, y ella esta aún en la cama y a su lado hay un chico dormido. Uno de esos

diabólicos adolescentes japoneses envenenados por el humo de los strip shows del puerto de Yokohama. Las balas rápidas me mantienen fijo en el suelo como un cristo clavado en la moqueta. Las balas rápidas de Chiba te saquean por dentro con la furia de los ladrones de tumbas y se lo llevan todo a su paso, primero todo lo peor y después todo lo demás.

Ahora ella dice que quiere irse porque, por alguna razón que desconozco, las mujeres se mueren de prisa después de follar con extraños.

Ella se viste muy rápido y yo me visto despacio mirando mi propia ropa con la extrañeza de quien intenta conectar un vídeo siguiendo el libro de instrucciones de una lavadora.

Bajamos por la colina en silencio hasta llegar a la estación de Shibuya.

Volvemos al hotel en taxi. La pantalla del coche esta estropeada. Vamos mirando la pantalla apagada hasta casa.

Tienes que quererme mucho más.

Por supuesto hago como que no la he oído. Entonces ella cierra el paraguas y seguramente ahí se acaba todo.

Desde la ventana del monorraíl se ven las luces de Sinjuku y el corazón apagado del palacio imperial y los elefantes dormidos del nuevo zoo de Uono y los teléfonos encendidos de los niños drogados de Shibuya y la luz intermitente de los aviones y el rencor constante de los veteranos de guerra y la belleza renacida de las viudas y el vapor en las ventanas de los hoteles y la luz absurda de los televisores y la sangre debajo de los coches estrellados y el cielo negro y el precio rojo de las etiquetas en las rebajas y la luz amarilla de las casas de pornografía infantil y la nieve artificial y la punta metálica de los palos de golf y la luz azul de los taxis y el algodón blanco de los guantes de los agentes de tráfico y pequeños puestos callejeros de noodles y los anuncios de tabaco y las caras de las nuevas estrellas de Hollywood colgadas sobre las calles de Ginza y las tumbas en Yanaka y los peces del lago Shinobazu y las maletas de acero en la estación de Akihabara y los huesos de las modelos enfermas en la puerta de los clubs de Roppongi y las velas encendidas por la muerte de Riosuke en el parque de Hibiya Koen y el terror de los marineros en los barcos rusos y el frío en los puentes de cemento y la fe de los casinos y el cansancio de los trenes y la suerte de los perros y un cuchillo, dos ríos, un sombrero, y nada más.

El doctor W. Thiers termina de recoger sus trastos en silencio. A su alrededor, otros seis eminentes neurólogos suben y bajan la cabeza como si estuvieran bebiendo agua de un abrevadero invisible.

La experiencia Penfield ha terminado.

—Dígame usted, doctor, ¿hemos avanzado mucho?

—Hemos avanzado mucho, sin duda, pero no hemos llegado muy lejos.

El doctor Thiers me explica a continuación que todo el material revelado por medio de la experiencia Penfield se mantendrá por supuesto en el más riguroso secreto y no podrá ser comentado por ninguno de los asistentes más allá del terreno concerniente al propio estudio. Esto quiere decir que nadie tendrá acceso a las grabaciones realizadas durante estos días, ni a los datos revelados en las mismas. No he comprendido muy bien esta última parte, probablemente porque mi cerebro esta aún recuperándose de los manejos de esta buena gente; en cualquier caso el doctor Thiers no tiene inconveniente en aclararme los puntos oscuros de su explicación.

—Nadie, amigo mío, ni usted mismo, podrá hincarle el diente a estos destellos de memoria. Eso podría afectar su recuperación y no estamos aquí para eso.

—¿Para qué están ustedes aquí, exactamente?

—Estamos aquí para remover la tierra. Nada más. Usted lleva dentro la semilla y usted ha de hacer crecer las plantas. Usted ha segado los campos y usted los hará crecer de nuevo. Es el proceso natural. Nosotros somos los jardineros, y usted es el jardín.

Qué bien se explica este señor. Da gusto ver cómo ilumina con sus imágenes el pozo de mi desconcierto. Con qué respeto le miran todos. Si no estuviera tan cansado le daría un abrazo.

—Perdone usted mi falta de entusiasmo, doctor Thiers, pero ahora me gustaría dormir, porque siento la cabeza como si me la hubieran abierto y me la hubieran llenado ustedes de piedras.

—Perdóneme usted, amigo mío, por no anteponer su descanso a cualquier otra consideración. Duerma usted cuanto pueda y sueñe, que es el sueño el mejor de sus bálsamos. Pero recuerde, si es que puede, que todas las piedras que lleva ahí dentro son las que usted tenía. Y que nosotros hemos entrado y hemos salido limpiamente, sin desordenar nada, sin coger nada suyo y sin dejar nada nuestro.

Dicho esto mi buen doctor me da la mano con la sospechosa convicción de un vendedor de coches usados y se larga arrastrando detrás su media docena de médicos, con la misma reposada alegría con la que se arrastra la cola de un vestido de novia, camino del altar.

Váyase usted a hacer puñetas, doctor Thiers.

Una dulce enfermera me acompaña hasta mi habitación y me deja allí, entre mis cosas, que son por supuesto las cosas de un extraño.

Por la ventana, a lo lejos, se ve una ciudad. Las luces de una ciudad. Las luces de las grúas por encima de la oscuridad del bosque. Desde la ciudad hasta aquí, viene una carretera y por la carretera, de cuando en cuando, algunos coches.

Por supuesto ignoro cuánto tiempo llevo en este sitio pero, por supuesto, estoy

convencido de que ya va siendo hora de largarse.

La química de los hospitales es excelente, pero no es tuya. Te sometes con obediencia al ritmo de sus cápsulas, al elaborado diseño de sus curas, a la moral que rige la limitación de euforia, pero nunca estás al mando. El dueño de la química es el dueño del presente. Volvamos entonces a coger las riendas de nuestro propio desgaste. Adiós a los hospitales. Adiós al sueño inducido. Adiós al magnífico applestrudel. Adiós también a todo esto.

Me siento como un hombre que camina ileso entre los restos de un avión estrellado y se dice a sí mismo, no sin cierto entusiasmo: Aquí precisamente, es donde empieza mi vida.

6

PARÍS BAR

—No es tan fácil, amigo mío. Nos ha costado mucho encontrarle y nos ha costado aún más tratar de recuperarle, aunque en esto, evidentemente, no hemos tenido demasiado éxito pero, en fin, no es usted el primer agente que perdemos, ni por supuesto el último. Lo que a ellos les preocupa en cualquier caso no es su salud mental, y perdone mi franqueza, sino cierto material perdido a golpe de cuchillo en el aeropuerto de Bangkok, aunque de todo esto, usted, ahora mismo ya no sabe nada.

—No señor. Nada.

Y lo digo, porque realmente no sé de qué me habla este hombre y porque me ha parecido que, en cualquier caso, le convence mucho más mi ignorancia que mi inocencia.

—Ah, aquí vienen las cervezas.

Y es verdad porque al segundo un camarero iraní que va y viene hablando solo, deja un par de cervezas en la mesa, y ni que decir tiene que agarro la mía con verdadera ilusión y de un solo trago, me ventilo la mitad de la botella.

—Vaya sed, amigo mío. Supongo que hacía mucho tiempo que no se acercaba usted a una buena cerveza.

—Mucho, sí señor. Aunque no sabría decirle cuánto.

—Por supuesto, y ésa es precisamente su cruz, aunque supongo, y perdone de nuevo mi franqueza, que usted se lo ha buscado. Lo que me lleva de nuevo a nuestro asunto. Nuestros médicos coinciden en determinar que un deterioro como el suyo sólo es posible con la ayuda de nuestra química milagrosa y que cada uno de los hermosos agujeros de su memoria esta directamente relacionado con la desaparición de nuestro precioso material. Aun y así, nos ha sido imposible arrancarle a usted los datos suficientes para emprender lo que nuestros abogados denominan una acción legal sin riesgos. Espero que se dé cuenta de que aquí el mayor riesgo para nosotros es la publicidad negativa que se genera cada vez que sometemos a un agente destrozado a un juicio público. Por otro lado, la muerte de nuestro agente de Bangkok fue inmediatamente vinculada a la salvaje actividad desarrollada en esa zona por los fanáticos guardianes de la memoria provenientes del oeste americano. Así las cosas, y a pesar nuestro, no nos queda más remedio que confiar en su inocencia, dado que los resultados del proceso de recuperación de memoria han sido decepcionantes y que incluso ha superado usted la experiencia Penfield sin arrojar ninguna luz sobre las fechas y los acontecimientos que nos preocupan. En pocas palabras, amigo mío, es usted libre de salir de Berlín cuando quiera y de hacer con el resto de su nueva vida lo que le plazca, siempre que se mantenga al margen de nuestro negocio. Por lo que respecta a la hermandad química, está usted acabado. Como agente legal está definitivamente muerto y como agente ilegal, si es que decidiera usted seguir este camino envenenado, tendría los días contados. Su cédula de identificación viajara eternamente con la etiqueta SAQUI, es decir, sospechoso de actividad química ilegal,

lo que le hace legalmente susceptible de retención, registro y deportación en todas las fronteras del mundo libre.

»Siento resultar desagradable, pero esto es lo que hay.

»Nosotros no hemos podido pillarle pero al menos nos aseguramos de que no vuelva usted a tocarnos nunca los cojones.

Por supuesto la mitad de las muchas cosas que anda contando este hombre me suenan a chino, aunque si algo hemos aprendido en estos días de violentas transgresiones químicas es que la ignorancia de la culpa no excluye, ni mucho menos, el delito. En cualquier caso y a pesar de lo desagradable que pueda resultar esta conversación cargada de reproches y amenazas imprecisas, no me queda más remedio que estar la mar de contento, porque aquí, en Berlín, no hay un sitio más alegre que el París bar, con el viejo Michelle en la puerta y las chicas bebiendo champán a media tarde y este ambiente de principio de siglo que desafía por igual a la razón y a la memoria.

—Y ahora, para que vea usted que no somos unos monstruos, voy a darle los comunicados personales que hemos recibido en su ausencia, que por cierto no son muchos ni muy alegres.

El hombre me acerca un sobre y yo por supuesto lo guardo sin ver lo que hay dentro, porque sólo los locos se apresuran a saltar sobre las malas noticias.

—Sólo una cosa más, y aquí muestro seguramente más preocupación de la que usted se merece, según el informe elaborado por nuestros especialistas en la casa del recuerdo, su situación neuronal es crítica y la luz que ha estado parpadeando sobre las ruinas de su memoria, puede apagarse definitivamente en cualquier momento, así que me permito recomendarle que vaya usted donde vaya, procure seguir el tratamiento adecuado, eso sí, a partir de ahora no tendrá más remedio que correr usted con los gastos. Una vez que hemos fracasado en la búsqueda de la información que necesitábamos para colgarle a usted de los pulgares, el desconcierto que rige su memoria nos trae oficialmente al fresco.

Qué hombre tan desagradable y qué tranquila eficacia. Si al final resulta que de verdad hay un infierno, no me cabe duda de que estos elegantes portadores de malas noticias tendrán allí su sitio reservado, antes incluso que los asesinos, porque los asesinos han demostrado al fin y al cabo una bravura de la que estos infames burócratas no saben nada y una fe en sus propios crímenes que estos enanos han decidido poner, en cambio, en los crímenes ajenos. En fin, que sí bien es cierto que yo estoy jodido no lo es menos que aquí mi amigo no lo va a tener mucho mejor cuando llegue el día de pagar las cuentas pendientes.

Y es que está el París bar lleno de lo mejor de Berlín. Estrellas de cine y hambrientos aspirantes, vendedores de coca que aguantan la mirada de los extraños con el tesón de las putas, putas que bailan con la arrogancia de los locos, oficinistas

borrachos y soberbios camareros sobrios, condes alemanes y duquesas francesas, lo mejor de lo mejor de lo peor de la sociedad berlinesa, y este aburrido verdugo desarmado que me acompaña, no ve la manera de abandonar por un momento sus estúpidos negocios.

—Confiamos en que deje usted Berlín inmediatamente. Y no nos guarde rencor si le aconsejamos que abandone la nueva Europa lo antes posible. Por poco que recuerde sabrá usted que ahora somos, por fin, una unidad de destino.

Dicho lo cual, mi buen amigo se arregla el nudo de la corbata como si con eso pusiera en orden su vida entera, se despide y se larga, sin apenas haber tocado su cerveza. Y ni que decir tiene que me alegro sinceramente de ambas cosas. Qué bien le vienen a uno un poco de tranquilidad y una cerveza de más, cuando el futuro es incierto y el pasado imposible.

En el sobre sólo hay dos notas. La primera es de mi madre, una mujer a la que definitivamente no recuerdo.

«Espero que estés bien», dice la buena mujer, y luego me deja la dirección de la tumba de mi hermana.

La segunda nota es aún más breve:

«VUELVE. K. L. KRUMPER.»

Aunque esta última incluye por supuesto una ciudad marcada en un mapa de Arizona.

La suerte de Berlín es la suerte del mundo. Al menos para los creyentes de la hermandad química. Los laboratorios de Berlín rigen el destino del alma de los que se han abandonado a la marca sentimental de los nuevos y cada vez más prodigiosos compuestos. Lo dijo un viejo entrenador de fútbol un día antes de ser cesado en su cargo. ¿El futuro? El futuro soy yo.

Así viven los hombres libres. Al mando de su propio ánimo. Como los dueños de miles de caballos obedientes.

El resto sigue a merced de las viejas maldiciones.

Paso la noche en un hotel cerca de Point Charlie, la herida abierta entre las dos viejas Alemanias heladas. Una de las muchas cicatrices de esta ciudad aún agarrada al dolor de la memoria. Y en el hotel, en mitad de la noche, sólo se oye rezar a una mujer en perfecto francés, perfectamente incomprensible para mi pero igualmente demoledor, porque todas las oraciones, las que uno conoce y las que no entiende, están hechas de la misma fe. No la fe en uno mismo, sino la fe en todo lo demás. La fe en el poder de lo ajeno.

Algo que ha sucedido hoy y que por alguna razón aún no he olvidado:

En un café de Alexanderplatz un camarero me ha llamado por mi nombre.

Después en la calle he metido en un buzón una postal en la que sólo decía:

«Pienso en ti todo el tiempo.»

Una postal con la fotografía del hotel flamingo de Las Vegas y una dirección en algún lugar de Tokio.

Berlín amanece sobre un bosque quemado. Cerca del aeropuerto, junto a la carretera, hay un viejo avión abandonado. Tokio está tan lejos de aquí que resulta imposible ir a Tokio. Resulta imposible, incluso, pensar más en Tokio. Como resulta imposible pensar en el nombre de un perro muerto.

7

VIERNES SANTO

El hombre con la cara tatuada no tiene más remedio que correr hacia adelante.

Hay un pequeño conserje con un solo brazo bailando en la recepción de un hotel.

Me he despertado en Madrid, desconcertado, como un tipo que al salir del agua no recuerda dónde dejó la ropa. En la televisión hay una película francesa. Un hombre se hace tatuar la cara en un barracón de la legión española. «Pase lo que pase ya nunca podré volver a casa.» Eso es lo que dice el hombre tatuado. El miedo que tiene ahora le salvará del miedo del futuro. Como una de esas vacunas contra la alergia. Veneno contra el veneno. Una buena película en cualquier caso.

En la recepción del hotel hay un conserje con un solo brazo bailando la música de la radio.

Los costaleros se agachan para sacar el paso por la puerta de la iglesia. Dos mil kilos de cristo. Las rodillas casi les pegan contra el suelo. Las damas de negro llevan claveles rojos y caminan despacio delante del paso. La gente llora y aplaude, en la calle, al ver salir la procesión de jesús nazareno el pobre. Los nazarenos visten de morado. Morado el vestido y morado también el capirote. Muchos van descalzos para regar la penitencia con sangre de su sangre. España lava la culpa eterna. Estoy en casa pero eso ya no significa nada. Devolverle sus cosas a un amnésico es como mandarle cartas a un ciego.

En Filipinas se clavan en la cruz verdadera con verdaderos clavos. En Cuba los penitentes se arrastran de rodillas hasta el santuario de san Lázaro a más de treinta kilómetro de La Habana. En Guatemala sólo los niños son lo bastante puros para ser dignos de cargar con los pasos. Cristo continúa eligiendo sus discípulos a ojo. Se incrementa de manera alarmante el número de errores.

En Sevilla, la lluvia le ha parado los pies a la mismísima Macarena, mientras en Murcia la hermandad de la Veracruz ya anda arrastrando el cristo de la sangre.

¿Y no va derecho a pesar de los pesares el cristo de lo gitanos camino del Sacromonte? ¿No está derecho también el cristo de la buena muerte? La fe de España, una vez, más resulta definitivamente impermeable.

En Málaga también llueve pero eso no detiene las saetas, y en la calle Larios se escucha con la claridad de un trueno:

¿Quién te ha coronado de espinas?

En Madrid, en un club piadoso de la calle Huertas, uno de esos bares de la fe que reproducen en pantallas de televisión la pasión inmediata de todos los rincones del mundo, la única pregunta posible sigue siendo la misma:

¿Nadie podrá nunca detener la fe de este pueblo?

¿Qué demonios mantiene a España clavada en la fe del pasado?

La falta de fe en el futuro, seguramente.

En la Gran Vía, la zona blanca se extiende desde la calle Alcalá hasta la plaza de España. La zona blanca es el área de libre circulación química, en la que puede uno comprar, vender y consumir lo que quiera, sin someterse a los controles de la guardia negra, cuerpos de seguridad del estado encargados de regular la distribución en la margen triste de la ciudad. A falta de un río con el caudal de dignidad de los ríos importantes, Madrid ha conseguido, por fin, tener dos orillas. Por supuesto paso la mañana entera sin dejar la Gran Vía. Salgo del hotel para tomarme un par de martinis en chicote. Después, desde la Puerta del Sol, vigilo a distancia el rumor de las procesiones de viernes santo. En la puerta del cine capitol le hago una fotografía a un alegre turista sudafricano. Por el visor de su cámara, veo el cielo abrirse despacio encima de la Torre de Madrid, un edificio admirable. Sé que he nacido aquí y me imagino que en los días en que ésta era mi casa tampoco encontraba una buena razón para salir de la Gran Vía, porque sólo la Gran Vía se parece a las ciudades que aparecen en los sueños. Los ángeles de bronce, sobre los edificios, bendicen estas calles y fuera de aquí seguramente la ciudad entera desaparece. Como desaparecen los niños en los parques cuando sus madres ya no pueden verlos.

Vuelta a chicote a por otro martini. Los americanos miran las fotos de otros americanos más ilustres en las paredes. chicote, con su magnífica decoración art déco, es el único centro que esta ciudad necesita. La armonía de este bar elegante desafía la locura de este país imposible.

En un striptease de la calle del Barco, detrás del edificio de la telefónica, una tristísima bailarina húngara me jura amor eterno. La chica que viene después, a pesar de haber nacido en Guinea, me jura exactamente lo mismo.

Paso la tarde follando con una pareja de coreanos en mi habitación del hotel emperador.

El chico me pregunta si se puede follar en viernes santo, le digo sinceramente que no lo sé, pero después de darle por el culo le digo que sí, que al parecer sí se puede.

La chica me ha besado como si fuéramos novios.

Sólo dios sabe lo grande que es el cementerio de la Almudena. Dónde empieza y dónde acaba. He pasado la mañana dando vueltas entre las tumbas, tratando de seguir el plano de mi madre. Me he sumado a dos entierros. En el primero, había mucha gente, pero nadie estaba muy triste, Seguramente porque el cura ha dejado bien claro que estábamos allí para celebrar el final de un camino oscuro y el principio de un sendero luminoso. En el segundo sólo había un hombre muy viejo enterrando un perro. Por supuesto es perfectamente ilegal enterrar animales en un cementerio cristiano, pero el hombre tenía una pala y mucho empeño, Por lo que a mí respecta, puedes enterrar una lata de cerveza vacía, Si eso te da buena onda. He seguido

buscando entre las lápidas. Algunas son sencillas y humildes y otras son barrocas y absurdas, adornadas con estatuas ecuestres y ángeles armados con trompetas. Hace un día tan bonito que casi da pena pensar que toda esta gente esté muerta. Al final he conseguido dejar las flores encima de la tumba de mi hermana. Con esto termina mi vinculación con esta tierra.

Mañana Arizona.

8

K. L. KRUMPER Y LOS PÁJAROS DE INVIERNO

En el aeropuerto de Phoenix, por supuesto, he pasado seis horas detenido por culpa de una nefasta consigna, cosida, al parecer para siempre, a mi cédula de identidad. Sospechoso de actividad química ilegal. Después de un concienzudo registro, perfectamente humillante, he conseguido por fin asomarme al sol de Arizona, que como todo el mundo sabe es abrasador, y coger un taxi.

Desde la habitación de mi hotel de Tempe se ven perfectamente todos esos absurdos aviones subiendo y bajando como cartas enviadas y cartas devueltas, cientos de aparatos, aterrizando y despegando en las pistas de cemento. Supongo que son de cemento, tampoco soy un experto. Resulta curioso, en cualquier caso, darse cuenta de que siempre hay exactamente el mismo número imposible de gente tratando de entrar y tratando de salir del mismo sitio al mismo tiempo. Como si el número de promesas fuera exactamente igual al número de promesas incumplidas. El número de alistados, igual al número de desertores. Y en eso ando pensando cuando saco una cerveza del minibar y luego enseguida otra. Estoy limpio, lo cual desde luego no puede ser bueno. Paso un rato sometido a la tristeza natural de las cosas, hasta que consigo que un conserje del hotel me venda unos inocentes estimulantes suavemente eufóricos. Después me pongo el bañador y bajo a la piscina porque intuyo, y enseguida compruebo, que me gusta muchísimo nadar.

En la piscina, un simpático vendedor de cortadoras de césped uruguayo me pregunta si estoy en viaje de negocios y yo le digo que sí, aunque en realidad aún no sé de qué negocios se trata. Luego me cuenta que Arizona es un estado rematadamente malo para el césped y que los delegados de su empresa deben de estar locos si esperan que cubra aquí su cuota de ventas. También me enseña un lujoso catálogo de cortadoras de césped y la verdad es que son unas máquinas deslumbrantes que le obligan a uno, aunque no quiera, a envidiar profundamente al dueño de un jardín.

De vuelta en mi habitación repaso el mapa de K. L Krumper. Si todo va bien, y no veo por qué no iba a ir todo bien, pero, en fin, es una forma de hablar, si todo va bien decía, mañana al mediodía debería estar en Quarztsite, que es una de esas comunidades de ancianos que se mueven por el desierto en sus propias roulottes, persiguiendo el sol durante el invierno. Un millón de viejos, acampados a orillas del río Colorado, junto a la frontera de California.

Qué día tan hermoso y qué desagradable sorpresa. Y es que así viajan siempre las malas noticias, agazapadas como regalos envenenados, como la sombra afilada de las flores, como el rencor escondido en el corazón de los animales muertos, como la venganza aplazada que guardan los niños en los puños apretados mientras duermen. En fin, que me alejo del asunto, algo extraño ha sucedido en el camino a Quartzsite. Resulta que tu madre ha aparecido muerta en un pequeño hotel, cerca de Maricopa, a

menos de cincuenta kilómetros de Phoenix. Estoy bebiendo un batido de chocolate en dennys, uno de esos restaurantes de carretera: que sirven desayunos comidas y cenas 24 horas al dia 365 días al año. Mi conductor espera junto al coche. Al lado de la autopista hay una ambulancia y dos coches de policía detenidos frente a un motel de la cadena best western. Una camarera mejicana que se llama María de la Luz, dios sabrá por qué, dice que han matado a la mujer que ganaba siempre y que su cuerpo sin vida esta aún tirado en el suelo de la habitación desde esta mañana. María de la Luz dice también, que la mujer que ganaba siempre estaba de paso camino de Las Vegas y que sus propinas y su suerte eran famosas en todo el estado y probablemente en seis o siete estados más. Cuando le pregunto si sabe qué ha pasado, María de la Luz dice que sí, que sabe exactamente lo que ha pasado.

—Asesinos de mujeres. Están por todas partes. Los asesinos de mujeres ignoran por igual la suerte y la desgracia de todas nosotras, llevan en las venas el odio de los siglos. El odio de todas las religiones creadas por los hombres. El odio de todas las revistas llenas de mujeres desnudas que guardan los niños escondidas debajo de la cama. El odio alimentado por el miedo de todos los hombres.

Me imagino que no le falta razón a esta buena señora.

Después, María de la Luz vuelve a la cocina a por un sandwich de pavo y dos cervezas y sigue con lo suyo como si no hubiera dicho nada.

Cuando vuelvo al coche hay seis soldadas de la liga por la supervivencia de las mujeres tumbadas en el suelo, junto a la ambulancia, en señal de protesta. Llevan sus camisetas teñidas con sangre. Dos fotógrafos de la policía entran en la recepción como un par de turistas despistados. Un helicóptero de la televisión da vueltas alrededor del motel buscando dónde posarse. En las camisetas de las mujeres tumbadas, debajo de la sangre, esta escrito:

MUJERES MUERTAS

Volvemos a la carretera, camino de Quartzsite. Aún no han sacado el cadáver de tu madre. En una ventana del motel, a través de las cortinas, se ve saltar la luz de los flashes.

Ancianos a caballo, todos al trote, con sus impresionantes sombreros de cowboy y una banda de violinistas ancianos subidos a la trasera de una furgoneta, animando la fiesta.

He llegado a Quartzsite en pleno rodeo. Barbacoas, bailes y banderas. Miles de caravanas plantadas alrededor del pueblo. A lo largo del desierto. Puestos de cerveza, unidades médicas móviles, sombrillas, sillas plegables, globos, perros, serpientes, escopetas, pistola, palmeras y antenas parabólicas. Supongo que así es como termina todo.

Dejo el coche al principio de una soleada avenida. El conductor da la vuelta y se

marcha. Uno de estos viejos jinetes, una de estas viejas que bailan, es K. L. Krumper. Ahora sólo se trata de saber cuál y qué demonios quiere hacer conmigo.

Una señora armada con un antiguo fusil, con mira telescópica y todo, me cuenta que siempre ha sido una magnífica tiradora y que su madre le regaló su primer rifle al cumplir los quince años y que desde entonces ha viajado siempre con un arma escondida. También me dice que su propia hija la llama «la loca del desierto» y que llegó hasta aquí empujada por el frío de Minnesota.

—Allí el frío te agarra por la espalda y te parte por la mitad si le dejas. Muchos venimos al desierto para escapar del frío, por eso nos llaman los pájaros de invierno. Mi hija tiene un marido estúpido, pero eso nos puede pasar a todas, el problema es que mi hija está dejando que la estupidez le empape como la lluvia.

Esta magnífica tiradora, que al parecer ha tenido cinco maridos, ha decidido aparcar su caravana lejos del rodeo porque no le gusta ver a los viejos cayéndose del caballo y partiéndose los huesos.

—Aquí los médicos hacen su agosto. Vienen de todo el país para remendarnos, como esos mecánicos que se encargan de coches que han dejado de fabricarse hace años. Son expertos en reparaciones imposibles. Conocen el nombre de todas esas piezas que ya no se encuentran. También hay brujos, enterradores y curanderos, pero afortunadamente estamos libres de adivinos. Nadie quiere mirar tan cerca. En Quartzsite, el futuro lo conocemos todos. ¿Quiere usted una cerveza?

—Pues sí, señora, sí que quiero.

Así que la buena mujer saca un par de latas y nos sentamos debajo del toldo que tiene sujeto a la caravana y bebemos tranquilamente, como dos amigos nuevos que seguramente tienen muchas cosas en común, pero que aún no saben qué cosas son ésas.

—¿Sabe usted? Me dan una pena tremenda las mujeres que sólo tienen un marido, porque sólo tendrán un recuerdo. Yo en cambio tengo cinco recuerdos magníficos. Y sepa usted que aún me siento en el rincón de las solteras cuando empieza el baile.

Por supuesto le pregunto si nunca ha olvidado nada.

—No, señor, nada importante.

Luego me dice que no cree que olvidar sea decente, pero que no tiene nada contra los que deciden olvidarlo todo, porque no hay dos vidas iguales, ni dos dolores distintos.

Como ya esta bajando el sol, la mujer decide ponerse a limpiar su escopeta. Aunque sinceramente no veo qué tiene que ver una cosa con la otra.

Por cierto, no sabe nada del tal Krumper.

Amigo mío, verá usted muchas de estas botellas de oxígeno en Quartzside City, son como amuletos. Y si esto falla siempre nos quedan las plantas de criogenización del valle de Prescot. Todo el que puede congela allí sus huesos. Ahora que la nanotecnología está dando por fin su fruto, con esos nanorrobots del tamaño de una molécula capaces de arreglar los daños producidos por el frío, sólo los idiotas y los pobres dejan que sus cuerpos mueran para siempre. También los católicos, claro, ésos creen que con reproducirse como conejos ya han cumplido en este mundo y no ven el momento de llegar al otro. Hay que ver qué gente; los católicos pasan por esta vida como el que espera, en silencio, delante de una estación abandonada. Van listos. Sepa usted que yo ya tengo a mi querida esposa congelada en los laboratorios de SICUR y que espero reunir lo suficiente para unirme a ella cuando llegue el momento, y sepa usted también que ese momento siempre llega.

Dicho esto el hombre se marcha arrastrando su botella de oxígeno. Un hombre decidido a no caer en esta guerra.

Visito diez o doce caravanas más. Ex abogados, ex policías, ex carpinteros, ex maridos, ex mujeres, un número alarmante de gente aún enamorada de gente que ya ha muerto, adictos en activo, alcohólicos, ex campeones de tenis, imitadores de Elvis y un vendedor de seguros capaz de convencer a un demócrata de que Kennedy cometió suicidio.

Ni rastro de Krumper.

Se van los días en el desierto y sólo dios sabe cuántos.

—Quince —dice un amable emigrante húngaro que me ha alquilado una cama en su roulotte y que tiene una mano de grafito con la que sería capaz de tocar el piano si alguna vez hubiera aprendido a tocar el piano o si al menos hubiera un piano cerca.

»Lleva usted aquí quince días. Quince desde que dejó el hotel. Llevo la cuenta exacta, no pienso aprovecharme de esa tremenda facilidad suya para olvidarlo todo para cobrarle más de la cuenta. Aunque sería la mar de fácil, porque se deja usted los cigarros encendidos y las botellas abiertas y me anda preguntando siempre lo mismo y todas las noches tengo que traerle de vuelta, porque va usted perdido entre las caravanas como un fantasma.

—No sabe usted cuánto se lo agradezco.

—No tiene por qué. En realidad da gusto ver cómo encuentra usted los días tan distintos, teniendo en cuenta que yo los veo todos iguales.

Ahora el húngaro se pone con la cena. Ahora cenamos. Ahora apagamos la luz y nos quedamos dormidos. La televisión continúa encendida porque mi amigo está convencido de que en cualquier momento, en cualquier lugar del mundo, puede suceder algo importante.

K. L. Krumper es una niña mejicana. No sé por qué pero pensé que sería diferente.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce, pero no siempre ha sido así, claro está.

La caravana de Krumper está a menos de cien pasos de la mía. Pero por alguna razón he estado dando miles de pasos en la dirección equivocada. Como uno de esos acertijos imposibles que hacen los niños, esos que tienen siempre respuestas tan sencillas que hacen sentirte estúpido.

—No sabía que me andabas buscando —dice la niña—, estos viejos son todos muy celosos. De haberlo sabido hubiera mandado a buscarte mucho antes. El viejo lleva mucho tiempo esperándote, como a los otros, pero igual que con los otros no tenía mucha fe en tu llegada. Porque el viejo manda sus mensajes por el mundo, como un náufrago manda papeles enrollados dentro una botella. Ya sabe usted que esos mensajes suelen acabar en la tripa de los peces.

—¿El viejo?

—El viejo K. L. Krumper, claro está.

Así que mi amiga me lleva al interior helado de la caravana, donde sólo hay un monitor azul y una mujer también mejicana haciendo la comida.

—¿Quiere usted pastel azteca?

—No tengo mucha hambre.

—Claro que quiere. No ha comido usted un pastel azteca como éste, por mucho que haya viajado.

—Seguramente, señora, aunque ya no hay manera de saberlo.

La niña se acerca al monitor y en el monitor por supuesto está el viejo Krumper.

—¿Éste es tu padre?

—No, señor —dice la niña sonriendo—, éste soy también yo.

El hombre en el monitor no es mejicano, parece más bien un viejo general alemán. El hombre en el monitor azul está dormido pero enseguida se despierta.

El hombre en el monitor dice:

—Siéntese, amigo mío, y déjeme que le explique algunas cosas.

Los dos últimos días han sido terriblemente calurosos. Los viejos apenas se aventuran fuera de sus caravanas. Algunos pasan las horas en remojo dentro de sus pequeñas piscinas hinchables como albóndigas en un plato de sopa. Otros se duchan desnudos. Llevan viseras de colores y sombrillas. El calor puede con ellos. Puede conmigo también. Al viejo Krumper, en cambio, el calor no le importa. A la niña Krumper tampoco. La niña Krumper corre por el desierto y se ríe de los ancianos desnudos.

—Es la sangre —dice el viejo Krumper desde su monitor azul. Trasplantaron mi

cerebro al cuerpo de esa cría mejicana aniquilada por un coma cerebral. Pero ya no soy yo; al menos no del todo. La sangre toma sus propias decisiones. La sangre nueva de esa niña puede con mi viejo cerebro. Por eso ando todo el día jugando por el poblado. Disparando contra los abuelos con mi pistola de agua. No quiero entrar en la caravana hasta que ya es de noche y entonces me duermo rendida. Le pido a esa loca un poco de esfuerzo, hay mucho que hacer, pero no me escucha. Es la sangre. La arrogancia de un hombre muerto no puede con la arrogancia de la sangre.

Le pregunto al viejo Krumper cuánto le queda, porque no sé quién le mira, no sé de qué mirada depende la vida de su programa de reencarnación.

—Mi vida ahora depende de ella, amigo mío, y ella lo sabe y se niega a mirarme más. Cuando compré a esa niña en coma, diseñé el programa para vivir bajo su mirada. Mi viejo cuerpo estaba invadido por el cáncer. Ahora esa cría mejicana no me necesita y por eso ya no me mira. El programa se agota. Ya no me queda nada. La luz azul del monitor se debilita. Así que este que soy ahora va a morir de todas formas. Después sólo quedará ella. La niña me está matando. Su sangre está tomando el mando de las operaciones. Su sangre va a enterrarme en este desierto.

Por supuesto le pregunto al viejo Krumper por qué me andaba buscando.

—Verá usted, amigo mío, he trabajado en el desarrollo de la química contra la memoria durante las últimas seis décadas. Desde los últimos días de la gran guerra. ¿Por qué? No pregunte usted preguntas estúpidas y así no tendrá que escuchar respuestas estúpidas.

Por supuesto, yo no he preguntado nada.

—Durante la retirada de las tropas de ocupación, una granada de la resistencia francesa me destrozó buena parte de una córnea. En junio de 1947 pasé una semana con los ojos vendados en una clínica oftalmológica cerca de Gotttingen. Al volver a Hannover, cuando me retiraron por fin el vendaje, vi desde mi ventana a unos obreros trabajando en las ruinas de un edificio bombardeado. Los obreros demolían con un mazo, uno a uno, los ladrillos del viejo edificio con infinita paciencia. Recuperé la vista poco a poco al ritmo de los martillazos. Desde mi cama me dejé llevar por la euforia ruidosa de la demolición, hasta que una mañana sólo quedaron unos cuantos obreros cargando con sus mazos agotados sobre un solar vacío. ¿Dónde lleva todo esto? Paciencia, amigo mío. Por cierto, ¿tiene usted un cigarrillo?, me gusta ver cómo fuma la gente.

Por supuesto, enciendo enseguida un cigarrillo.

—Esta condenada niña ni siquiera fuma, pero en fin, así son los jóvenes, siempre llevando la contraria. ¿Dónde estábamos?

—Hannover.

—Ah, sí… Hannover… Viendo ya con absoluta claridad la paz que invadía a esos obreros al finalizar su trabajo, decidí depositar toda mi fe en la demolición del pasado

al igual que otros hombres en toda Europa decidían, al mismo tiempo, depositar la suya en la construcción del futuro. Tenga usted en cuenta que en esos días yo era uno más de los millones de soldados vivos de un ejército vencido. De una Alemania muerta, derrotada por la vergüenza. Había vivido la ocupación de París y había vuelto de París expulsado por las tropas americanas. Regresamos a Alemania en los lentos trenes vencidos, como extraños expulsados del paraíso por extraños. La destrucción del pasado me pareció entonces la única esperanza posible.

Ahora la luz azul parpadea como la luz de una vela.

—Después pasaron los veranos y los inviernos, pero ya sabe usted que ni los unos ni los otros cambian nada. A finales de los ochenta trabajaba para los viejos enemigos americanos en el desarrollo de la erradicación química de los impulsos sexuales. Sabrá usted que entre los insectos que viven en sociedad, los obreros son asexuados, sufren esa reducción para favorecer la producción. No es extraño, por lo tanto, que la CIA emplease a sus mejores químicos en tan extravagantes perspectivas. La aparición del virus del sida ofreció, claro está, una respuesta más efectiva al engorroso asunto de los instintos sexuales, el miedo es un monstruo químicamente prodigioso, así que los fondos que sostenían nuestra investigación se desviaron, como se desvía el fuego en un bosque al llegar a un terreno ya devastado. El fin del virus les ha obligado a volver al camino que dejamos entonces, pero eso ya es otra historia. El caso es que en aquellos días yo ya vivía inmerso en la certeza de que la solución química es la única solución posible para el alma. Supongo que estará usted de acuerdo.

—Sí, señor. Totalmente de acuerdo.

—Perfecto. Pero, por favor, no me interrumpa, que se me va el hilo… Temporalmente detenido, pero aún dueño de la confianza que la todopoderosa industria química alemana había depositado en mí, me encuentro por fin con los espectaculares avances realizados por el KGB ruso en el campo de la amnesia retrógrada sobre antiguos soldados de la guerra de Afganistán. Esto le va a sorprender pero, en contra de la creencia popular, no fue la caída del muro lo que acabó, definitivamente, con la vieja guardia rusa, sino el descubrimiento del alma. Menuda gente, los rusos. Demasiado tristes para la revolución. Adictos a la nostalgia. ¿Ha escuchado usted sus canciones?

No estoy seguro de que Krumper espere una respuesta.

Por un momento pienso en las canciones rusas, pero soy incapaz de recordar ninguna.

—Horriblemente tristes esas canciones. Si no llora uno entre rusos, es que ya no va a llorar nunca. En fin, a lo que íbamos, mientras trataban de borrar las huellas mnemónicas de los soldados llegados del frente, mientras trataban de eliminar las matanzas de niños y otros horrores semejan que hundirían sin remedio a los jóvenes

combatientes en el mar negro de la culpa, los investigadores rusos mordieron sin quererlo más de lo que eran capaces de tragar. Resulta que tras someter a sus hombres a penosos procesos de hipnosis con el fin de localizar los recuerdos atroces que debían ser tachados, como las páginas innobles de un libro por lo demás glorioso, vieja aspiración comunista, los dueños del proyecto laguna, así se denominaba la tarea, se dieron de narices con recuerdos aún más antiguos, con experiencias vividas por sus soldados en otras guerras, en otras vidas. Ni que decir tiene que el KGB reaccionó con espanto ante el descubrimiento de unas almas que aparecían finalmente dentro de sus soldados tras haber abandonado las vidas de otros hombres. La culpa que pretendían aplastar se extendía así en la noche de los tiempos, como una serpiente hundida en el barro de los siglos que se asomaba y se escondía y que seguiría asomándose y escondiéndose hasta dios sabe cuándo. Este descubrimiento, amigo mío, destrozó la espina dorsal de los que habían edificado la revolución sobre la fe en la imposibilidad del alma.

Ahora el viejo Krumper se detiene un segundo para coger fuerzas, como un anciano al final del camino. Después por supuesto, el anciano continúa.

—Y hacía un frío terrible durante aquel invierno, y Alemania se recuperaba de la vergüenza al calor de la reunificación, y el muro caía, piedra tras piedra, como el viejo edificio derrumbado por el mazo de los obreros frente a mi ventana en los días de la posguerra, y en este orden de cosas, apoyado por los avances realizados en la lucha contra el mal de Alzheimer y el imparable progreso en el campo de la serotonina y los neurotransmisores, desarrollé finalmente la primera solución química eficaz contra la tiranía de la memoria. ¡Imagínese usted qué triunfo! ¡Menuda victoria sobre la estupidez de nuestra propia naturaleza! ¡Si no fuera por mí, la gente aún recordaría! ¡Sin remedio! En fin, no nos dejemos llevar por la euforia.

Por un momento, el viejo Krumper sonaba como el mago de Oz un segundo antes de que el perrito de Dorothy tirara por fin de la cortina.

¿Por qué recuerdo *El mago de Oz* cuando no soy capaz de recordar el nombre de mi padre? Sólo dios lo sabe. En cualquier caso, sea lo que sea lo que Krumper y yo sentimos ahora, se parece tanto a la euforia como un cepillo de dientes a la bomba de neutrones.

—Y aquí es donde entran todos ustedes, amigo mío, los verdugos del recuerdo. He perseguido sus pasos con la preocupación de un padre y he perseguido sus destrozos con el temor del creador de monstruos. Por eso ha llegado usted hasta aquí, como algunos otros antes y como otros muchos después. Porque yo, al contrario que ustedes, nunca he olvidado nada, de manera que he guardado durante todos estos años, como un completo imbécil, el tesoro de la culpa.

Por supuesto, me duele terriblemente la cabeza, porque este buen hombre, que es al mismo tiempo una luz que se apaga y una niña mejicana despistada, se ha empeñado en arrastrar hasta un pueblo medio muerto, perdido en Arizona, a los soldados heridos en su guerra santa contra la memora y sinceramente no veo cómo va ayudarle a él, o a nosotros, tanto esfuerzo.

—No hay nada que yo pueda hacer por ayudarle y, desde luego, nada que usted pueda hacer por mí —dice el viejo Krumper—, pero en todas las guerras hay un momento en el que uno se pregunta contra qué está disparando.

—Supongo que le hemos disparado a todo.

—Supongo que sí. En cualquier caso, ha llegado usted demasiado tarde. Si quiere saber algo más, tendrá que hablar con esa cría que arrastra mi cerebro dentro de este nuevo siglo. Pero le advierto que es una niña imposible.

Ahora el viejo azul cierra los ojos, porque es un programa agotado. La mujer mejicana ya ha terminado de preparar la comida, pero nadie parece tener hambre. La caravana está en silencio. La mujer mejicana mira el magnífico pastel azteca como se miran las cosas que no sirven para nada. La niña mejicana está sentada en el suelo leyendo una antología de Robert Lowell, *Por los muertos de la unión y otros poemas.*

El viejo Krumper abre los ojos, volviendo de ese sueño breve de los ancianos que teme más a la muerte que al mismo sueño.

—Estos mejicanos son siempre así. Primero hablan todos a la vez y luego nadie dice nada. Cuando está todo en silencio, puedo escuchar el zumbido del monitor. Cuando ya no pueda oírlo más, todo se habrá terminado.

—¿Y la niña?

—Ah, por supuesto, quedará la niña. Y esa condenada va a vivir al menos otros cien años. Imagínese usted lo que veré entonces. El horror y la gloria de otro siglo. Y mucho vino. Los mejicanos beben mejor que los alemanes, Y cuando beben cantan mejores canciones. No hay nada peor que esas canciones alemanas, pesadas como tractores y aburridas como tractores. Pero dígame usted, amigo mío, ¿qué narices se le ha perdido en este pueblo de fantasmas?

—Es usted quien me ha llamado.

—Claro, yo le he llamado, pero eso ya no tiene ninguna importancia. La tuvo pero ya no la tiene. Sepa usted que la vida entera es un proceso de aceleración. ¿Recuerda cuando era un niño? Claro que no lo recuerda, es un decir, pero de niño una hora sentado en una silla en el recibidor de la abuela, de una abuela cualquiera, de la suya, si usted quiere, una hora sentado, es entonces una semana, un año. Las horas de niño son eternas. Las horas de hombre, en cambio, caen del cielo como la lluvia y no hay nada que pueda uno hacer para detenerlas. Las horas de viejo son aún más rápidas, te atraviesan a la velocidad de la luz. Se va un día en un pestañeo. Lo

que hace un segundo era importante ahora resulta ridículo. Cuando llega la hora de apagar la luz, los niños se callan y se duermen y se acabó lo que se daba. ¡Estaría bueno! ¡Menudo genio tenía mi madre!

—¿Su madre?

—Mi madre, sí señor, una terrible mujerona alemana. Si no nos dormíamos enseguida, amenazaba con vendernos al carbonero. Usted, seguramente, no puede recordar a su madre. Ya ve que le he librado de una buena. ¿Sabe usted qué hora es? No es que sea importante, pero aun y así.

Antes de que pueda contestarle, el viejo Krumper vuelve a apagarse, como la última vela de un pastel de cumpleaños.

El aire caliente del desierto se pega al cuerpo y le hace a uno olvidar deprisa el frío artificial del interior de la caravana. Y así será para siempre. Los nuevos sueños sobre las viejas pesadillas y sobre los nuevos sueños pesadillas aún más nuevas.

La eterna espiral de la resistencia. Se limpia la sangre en la espada mientras se espera la siguiente batalla. El miedo es lo único que nunca se olvida.

Déjame que te cuente cómo termina el principio de esta historia. Después de comer, con mi buen amigo húngaro, algo parecido a un montón de salchichas cubiertas de hojaldre, me he sentado en una silla plegable hasta que la absurda colonia de Quartzside ha desaparecido durante unos segundos para volver a aparecer enseguida, convertida ya en cualquier otra cosa, magníficamente iluminada por la luz de la luna. Como un ejército que entrega todas sus armas ante la llegada de otro ejército. El cambio de guardia entre el corazón de todas las cosas muertas y el corazón de todas las cosas vivas.

La noche sólo es el final para los animales dormidos del bosque.

9

EL CORAZÓN CANSADO

El frío de las noches del desierto te agarra siempre desprevenido. Da lo mismo que puedas o no recordarlo. Entonces los viejos se abrigan y se van a la cama.

Mañana vuelvo a Phoenix.

Se acabó Arizona.

La niña Krumper me ha dicho:

—La luz azul del viejo Krumper se ha apagado para siempre.

La niña Krumper me ha contado también que un mecánico francés experto en la reparación de helicópteros le ha dado su primer beso y que la polla de este entusiasta mecánico le ha parecido la trompa de un elefante, el extremo monstruoso de un animal absurdo.

Todo se termina y todo empieza al mismo tiempo. El milagro de la criogenización le ha regalado a Krumper un pequeño cuerpo mejicano capaz de arrastrar su culpa con un talento insospechado.

Por cierto, en contra de la creencia popular, el cerebro de Walt Disney jamás fue congelado. Al menos eso es lo que asegura esta cría.

Malas noticias para el pato Donald.

La niña Krumper me ha dicho, antes de irse a bailar, que hace mucho tiempo, cuando era aún más joven, antes incluso de la gran guerra, la orden que más le gustaba oír en los viejos buques era:

«Visitantes, abandonen el barco.»

Sólo después de esa orden comienza el viaje.

Nueva York, 4 de julio de 1998.

RAY LORIGA (Jorge Loriga Torrenova). Nació en Madrid en 1967. Es hijo del ilustrador José Antonio Loriga y de la actriz de doblaje Mari Luz Torrenova. Tras trabajar en diversos oficios y publicar relatos en diferentes publicaciones como *Underground* o *El canto de la tripulación*, debutó como novelista en 1992 con *Lo peor de todo.*

Novelista, guionista y director de cine, es autor, entre otras, de las novelas *Héroes, Caídos del cielo, Tokio ya no nos quiere, Trífero, El hombre que inventó Manhattan, Sombrero y Mississippi*, y de los libros de relatos *Días extraños* y *Días aún más extraños.*

Su obra literaria, traducida a catorce idiomas, es una de las mejor valoradas por la crítica nacional e internacional. Como guionista de cine ha colaborado, entre otros, con Pedro Almodóvar y Carlos Saura. Ha dirigido *La pistola de mi hermano* y *Teresa, el cuerpo de Cristo.* Su última novela es *El bebedor de lágrimas* (2011).